

Alfred Rosenberg

**El rastro del
Judío a través
de los tiempos**



**El rastro del judío
a través de los tiempos**
por Alfred Rosenberg

Prólogo original

El "rastreo del judío" fue mi primer artículo, escrito en 1919, apareció en 1920. Dado que los debates pertinentes encontraron interés directo en la lucha posterior, ya no se volvió a publicar después de la primera edición. Pero hoy, cuando todas las cuestiones requieren una investigación más profunda para la educación escolar, este trabajo escrito hace 18 años aportará su granito de arena al conocimiento del judío y de su rastro a través de los tiempos, ya que se basa en su mayor parte en fuentes judías, desconocidas hasta entonces para el antijudaísmo. Aquí -aparte de comprobaciones estilísticas- no he necesitado emprender ninguna corrección, ya que casi todo lo he procesado yo mismo. Se podrían suavizar algunos ataques personales contra políticos en los capítulos finales y acortar algunas secciones sobre la historia de las ideas.

Así que espero que la nueva edición sea de utilidad para el conocimiento de la inalterabilidad de la naturaleza judía. Para el futuro, todo depende de que las generaciones venideras comprendan la profunda necesidad de la lucha de nuestro tiempo para que no se vuelvan cansadas y débiles como las que nos precedieron.

A.R.
Berlín, marzo de 1937.

Cuestiones generales

Diáspora

En realidad, hoy en día debería ser superfluo seguir gastando palabras sobre la naturaleza de la distribución mundial de los judíos, pero los eslóganes, una vez fijados, parecen tener una vigencia y una vitalidad insuperables. Se sigue diciendo, incluso entre personas que se han posicionado sobre la cuestión judía, que los judíos, después de todo, fueron obligados a abandonar su patria, que primero se les arrastró a Babilonia y más tarde a Roma. Ambos casos, siempre nombrados, son completamente ciertos, pero también son los únicos. Pues ya mucho antes de la destrucción de Jerusalén y ya mucho antes del nacimiento de Cristo, véase que los judíos vivían dispersos por todas las tierras conocidas entonces. (Ya antes del exilio, por ejemplo, son demostrables las casas bancarias judías en Mesopotamia). Desde Babilonia, peregrinaban por su cuenta siempre hacia oriente; al mismo tiempo, ya vivían en las islas Jónicas, en Asia Menor y, si hay que creer a los profetas, en España, a la que habían llegado con los fenicios.

Pero la información de esta época sigue siendo escasa; pero los informes de épocas posteriores muestran que los judíos preferían por millares abandonar su tierra natal, donde, después de todo, había que ocuparse para bien o para mal de cultivar y cultivar viñedos, y dedicarse a ocupaciones más fáciles y rentables. Más sobre esto más adelante; que conste aquí simplemente que los judíos establecieron inicialmente colonias permanentes con los fenicios, concretamente en Tiro y Sidón. Se extendieron también por el resto de Siria, viviendo especialmente numerosos en Antioquía, Seleucia, Laodicea y Damasco. Además, fueron atraídos a Asia Menor, donde buscaron morada tanto a lo largo de la ruta de las caravanas como en las ciudades costeras de la península. Así vivieron en Kapadozien, en Phrygien, en Tarso, Tralles. En las islas Jónicas eran especialmente numerosos en Esmirna, Éfeso y Mileto, así como en Halikarnaso y Knidos. Sus colonias se extendían por Chipre, Rodas, Delos, Paros, Creta, Tesalónica, Corinto, Esparta y Ática.

En Italia es Roma de donde poseemos la primera información fiable del año 139 antes de Cristo. También aquí los judíos debieron asentarse mucho antes para poder formar una

comunidad tan numerosa como la que ya existía entonces. En las ciudades del norte de África, especialmente en Egipto, los judíos también vivían en mayor número. Aquí fueron atraídos principalmente a Alejandría, y pronto formaron ya una fuerte minoría dentro del conjunto de la comunidad. Gracias al tolerante gobierno de Ptolomeo Lagi, a los judíos se les permitió vivir de todo, - y así se cierra el anillo de asentamientos judíos alrededor de todo el Mediterráneo. Las colonias mantienen una estrecha comunicación entre sí, atraer a nuevos colonos de Palestina, avanzar cada vez más lejos a lo largo de las rutas comerciales, por lo que entonces Strabo tiene razón, si afirma que alrededor de la época de Cristo ya no había ninguna ciudad que no se vivió en - y dominado por - los Judíos.

Estas breves indicaciones, que pueden multiplicarse como se desee, deben señalar: primero, que la emigración judía de Palestina, iniciada ya en la antigüedad, se hizo cada vez mayor, y segundo, que esta emigración *fue voluntaria*. Ningún pueblo había pedido a los judíos, y mucho menos obligado, que se establecieran en su medio; no, como poseídos por un demonio, los judíos se trasladaron de una tierra a otra, y "después de algunos siglos", como informa el historiador judío Herzfeld, "y sobre todo sin ninguna compulsión visible del exterior, los judíos se establecieron en todos los paisajes desde Medien hasta Roma, desde el Ponto hasta el Golfo Pérsico, desde Macedonia hasta Etiopía, y no existía dentro de esta enorme región de tierras ninguna ciudad comercial importante en la que los judíos no estuvieran representados".

Comercio y usura

El espacio de que disponemos no nos permite seguir más de cerca la inclinación a comerciar en la historia del espíritu judío en detalle y hasta el pasado más lejano, donde podría seguirse más de cerca. Sólo hay que decir que esta inclinación no ha sido fruto de una supuesta exclusión violenta de los judíos por parte de los populares, sino que siempre fue un impulso impulsor constante de la vida judía. En sí mismo, no se puede pronunciar por ello ningún reproche, pues el comercio y los negocios son elementos necesarios de nuestra existencia, pero se puede objetar mucho sobre la naturaleza del espíritu comercial judío, de esto más adelante.

Es un hecho que ya en tiempos de Salomón, y probablemente mucho antes, existían animadas rutas caravaneras que atravesaban Palestina hasta Babilonia, que Salomón cobraba tributo a los mercaderes que pasaban por allí, que estableció bazares en Damasco y otras ciudades, que ya en su época el comercio de caballos con Egipto había adquirido gran alcance, que, finalmente, junto con los fenicios, se emprendió el famoso viaje a la misteriosa Ofir, la tierra del oro en el lejano oriente. Aparte de la ruta principal, que iba desde Damasco a través de la llanura de Jisreel hasta el golfo de Acco, había también otras rutas comerciales muy frecuentadas. Una de ellas conducía de Escitópolis a Sichem, la otra a través de Genäa igualmente hasta Sichem, y de allí a Jerusalén. Entre esta ciudad y la ciudad portuaria de Ailat existía un intenso comercio; otra ruta llegaba hasta la ciudad marítima de Joppe. Los judíos siempre mantuvieron un activo comercio de intermediarios a lo largo de estas arterias comerciales, y jet muchos de ellos, para poder existir en la tierra, tuvieron que ocuparse también de otras maneras.

Cuando ahora fueron conducidos al exilio, se abrieron nuevas oportunidades para el espíritu comercial judío. En poco tiempo, muchos de ellos, sobre todo entre los tolerantes persas totalmente dedicados al cultivo, alcanzaron grandes riquezas. Y cuando por fin se cumplieron los cantos de dolor por la patria perdida, no fue, digamos, todo el pueblo el que regresó a Palestina, sino sólo los pobres y los "piadosos", que se vieron obligados a ello y que constituyeron la menor parte de los expulsados. Los que se quedaron empujaron sus empresas comerciales y bancarias cada vez más hacia el este y todos permanecieron en tierras extranjeras.

Los retornados encontraron una tierra escasamente poblada que esperaba un cultivo enérgico. Si entonces los judíos, también, debían necesariamente llegar a ella, eso no era en absoluto lo que

tenían en mente, para lo cual la pronta puesta en marcha de la emigración masiva hacia las tierras mencionadas proporcionó la mejor prueba.

La gran mentira con la que se nos mima una y otra vez consiste en la afirmación de que, debido a las leyes de dispersión y obstaculización, el judío había quedado excluido de cualquier actividad que no fuera el comercio y, por lo tanto, tenía que dedicarse necesariamente al préstamo de dinero. Todo lo contrario: el judío emigraba *porque* esperaba encontrar en tierras extranjeras el mejor terreno para este beneficio. De ahí que no sea casualidad que fueran precisamente los grandes centros comerciales donde existieron las colonias judías más prósperas, pues si el corazón del judío hubiera anhelado trabajo, entonces se habría trasladado a una tierra con suelo fértil y no a islas pedregosas y estrechos distritos portuarios. Se pueden sacar tantos ejemplos como se desee para este hecho de la antigüedad de todas las épocas y tierras. En las tierras vascas de España, por ejemplo, aún había pocas ciudades. Con la intención de vigorizar el comercio en estas provincias, Sancho el Sabio (1189) elevó la vieja Gasteiz a ciudad y promulgó un edicto según el cual cualquier extranjero que vendiera sus mercancías podría vivir allí libre de toda carga. El resultado fue que un montón de judíos de todas partes de España se trasladaron inmediatamente allí para no perder la favorable oportunidad. Cuando en Persia Abbas Sophir quiso revitalizar económicamente su tierra devastada por la guerra, concedió a los comerciantes extranjeros importantes privilegios. El resultado también aquí fue que, aparte de otras gentes, afluyeron principalmente judíos de todas las zonas. Sucedió exactamente lo mismo en Polonia, Bohemia y otros estados. El judío no tenía sentimiento de patria, no podía adquirirla en ninguna parte, tampoco la anhelaba y se movía como eterno vagabundo allí donde el negocio de los intermediarios y la usura podían florecer.

He aquí un rasgo de carácter innegable, que con el tiempo se desarrolló cada vez más rígidamente, pero que en modo alguno fue impuesto al judío por gente malvada. Al igual que el anglosajón, el escandinavo y el alemán se trasladaron a tierras extranjeras para hacer fértiles regiones desprovistas de gente, al igual que construyeron sus granjas y con el arado en la mano edificaron su vida en tierras extranjeras (hermanos de otra naturaleza mientras tanto investigaban la tierra y el cosmos), así el judío se vio atraído irresistiblemente por el colorido bullicio de las ciudades portuarias, las casas de cambio y los mercados anuales.

Los judíos, como ya se ha dicho, participaron vigorosamente en el comercio babilónico, que transportaba productos chinos e indios a Occidente y abastecía los mercados del Mediterráneo con sus propias mercancías preciosas. Sin embargo, los numerosos amos del comercio que se nombran tienen la reputación más infame. Las tres ciudades de Babilonia son especialmente infames y esto tenía su razón en la actividad comercial judía. Los Judíos estaban juntos con avidez con los Fenicios, pero a menudo se metían en una amarga disputa con sus hermanastros raciales. En Alejandría ascendieron a reyes de las finanzas del país gracias a sus astutos tratos comerciales y monetarios, se convirtieron en recaudadores de impuestos, prestaron necesariamente incluso a reyes su dinero (por ejemplo, hicieron un cambio de moneda para Agripa) y obtuvieron los puestos más influyentes en la corte. A causa de este poder judío, se produjeron varias revueltas populares, sobre todo en el año 116 les fue mal, pero reemprendieron sus negocios con gran tenacidad y pronto habían recuperado de nuevo su antigua influencia.

Y al igual que en Alejandría, los judíos vivían de enérgicos negocios de intermediarios en Cirene, en Etiopía (donde se supone que un judío fue tesorero de la reina Kandake, Apóstoles 8, 27), en Arabia, alrededor del mar Negro, en las islas griegas, donde destacaban especialmente en el comercio de esclavos.

En resumen, los judíos, desde la época histórica, siguieron la afirmación clásica del Talmud, tratado Jebamot Fol. 66a: "Gana 100 fl. en comercio para que uno disfrute a diario de carne y vino, pero 100 fl. en cultivo significa apenas sal y verduras".

Y cuando Rabí Eleazar vio un campo de cultivo en el que se plantaban coles y remolachas, dijo: "Aunque uno quisiera plantar verduras en hileras largas, el comercio es mejor que tú". Cuando

una vez el rabino caminó entre las hileras y vio que se balanceaban de un lado a otro, dijo: "Balancéate, el comercio es preferible a ti".

La usura y la estafa siempre han estado a la orden del día; habría que leer más seriamente a los profetas, que no se cansan de presentar quejas sobre estos rasgos. Las recurrentes advertencias del Talmud a la honestidad también honran al predicador, pero demuestran claramente que no se les hizo caso (además, sólo se aplican a los judíos entre sí). (Además, sólo se aplican a los judíos entre sí.) Y si se exigía no hacer pesas de metal, ya que se desgasta (!), sino de piedra dura o de vidrio, y hacerlo en sal, porque allí se mordisquea, entonces estos mandamientos (¿o habría que decir sugerencias?) no carecen de cierta comicidad y concuerdan con Oseas, cuando dice: "Canaán tiene a mano balanzas engañosas, le encanta aprovecharse."

Si uno toma en mano las descripciones de viajes de las épocas, entonces se encuentra con la manifestación siempre recurrente de que los habitantes de todas las tierras entre las que los judíos existían en gran número todos llenos de quejas sobre el comercio engañoso de los judíos y la usura insoportable. Y si los judíos y los amigos ciegos de los judíos también están siempre dispuestos a explicar esto como pura envidia, entonces esto todavía especula sobre el infantilismo demasiado grande de los lectores. Si la aparición de la judería produce los mismos resultados *en todas partes*, entonces debe existir otra razón que la desfavorabilidad de los habitantes de la tierra. Pero no necesitamos refugiarnos a esta perspicacia teórica, porque los hechos de todas las edades son en su mayoría tan substanciados y tan numerosos que uno puede abrir el primer mejor libro para el apoyo de la opinión nombrada y puede resistir más bien que tener que buscar la abundancia.

Cuando los judíos, como se ha informado anteriormente, se trasladaron a las ciudades de las tierras vascas españolas con el fin de aumentar el comercio de acuerdo con la voluntad de Sancho el Sabio, les resultó más cómodo prestar su dinero con intereses a los campesinos pobres y a la gente de la ciudad para sus empresas. Pero como este interés era naturalmente alto, los vascos tuvieron que hipotecar sus posesiones y se hicieron cada vez más dependientes. Su sentido de la independencia pronto se rebeló contra los invasores extranjeros que sólo buscaban la usura, y el consejo de la ciudad de Viktoria solicitó directamente protección al rey, quien también promulgó un decreto según el cual se prohibía a los judíos dedicarse a los pagarés, "ya que, de seguir así las cosas, se producirían los mayores perjuicios para los ciudadanos cristianos, e incluso la ciudad quedaría totalmente despoblada" (1332).

En Persia, adonde, como hemos visto, también habían sido atraídos muchos extranjeros, "los judíos, con sus medios y artimañas, habían empobrecido de tal modo a los súbditos nativos que el clamor llegó hasta el propio emperador", informa un cronista, y añade: "que el ministro de Estado pensó durante mucho tiempo cómo podía deshacerse de los judíos sin enemistarse con los demás extranjeros."

En Constantinopla los judíos se habían establecido en gran número, donde también habían conseguido grandes riquezas. "La mayor parte del dinero", informa Tavernier, "se encuentra en manos del emperador y de los judíos; pero yo entiendo a los judíos que residen en Constantinopla. Pues en cuanto a los de provincias, son gente miserable, y aún más miserable que los cristianos, porque no cultivan la tierra; y en cuanto no cuentan más que con su regateo, no pueden todos ganar lo suficiente con el comercio." Los judíos adelantan dinero Bassa, como resulta, a menudo monedas falsificadas, supervisan el sistema arancelario, "aunque principalmente engañan a los cristianos", igualmente tienen el arrendamiento de las aduanas en Siria, Palestina y Egipto, y Sargredo proporciona su impresión con las siguientes fuertes palabras: "La avaricia en Constantinopla es como una prostituta baja, como cuyo proxeneta actúan los judíos".

En lo que se refiere a España, los judíos eran conocidos ya en los primeros tiempos como los más inescrupulosos traficantes de esclavos, oprimían a los habitantes del país con su inmenso dinero y se las ingeniaban para derribar las leyes aprobadas para la protección de los cristianos o para impedir su ejecución. Finalmente, se recurrió a las rigurosas medidas del bautismo forzoso y

el destierro. Esto, naturalmente, no dio resultado, y durante siglos asistimos a los altibajos en la lucha del oro con la ley civil, acompañada de fanatismo religioso por ambas partes.

"Desde los tiempos más antiguos", escribe un historiador judío, "los judíos se han dedicado a negocios de cambio de dinero y moneda, a los que los cronistas antijudíos dieron el nombre de usura". El historiador admite al principio de su obra que los judíos "eran tratados igual que el resto de ciudadanos, sí, incluso gozaban de derechos especiales [Infanzonen-Recht]", por lo que la usura no es el resultado de la hostilidad hacia los judíos, sino que, como en otros lugares también, la hostilidad contra los judíos de muchos cronistas se ha convertido en un resultado de la usura.

"¿Dónde existió durante la Edad Media un mercado de esclavos más visitado que en Tudela?", proclama Kayserling con orgullo, y continúa: "El comercio con judíos fue practicado por los judíos de España desde los primeros tiempos; adquirió aquí magnitud e importancia más que en los demás reinos de la península y permaneció aquí sin disminuir, hasta la derrota total de los moros, o, si se quiere, hasta la expulsión de los judíos". Este comercio de esclavos ayudó entonces a Tudela a alcanzar el "rango de importante ciudad comercial". Pero todo el comercio resulta especialmente picante por el hecho de que fueron casi sólo moriscos los que experimentaron la buena suerte del trato esclavista, de ahí precisamente los descendientes de los hombres que siglos antes habían convocado a traición a los judíos a la tierra. Pero el destino se cumplió, pues, como relata Heman en la obra citada, cuando el último reino moro hubo sido derrocado, se decidió la expulsión de los judíos.

En *Roma*, una ciudad que había sido centro de luchas políticas y religiosas a lo largo de todos los siglos, donde más de un conquistador pasaba saqueando y donde las guerras civiles estaban a la orden del día, la vida de los judíos naturalmente no se desarrollaba de forma muy contemplativa. También allí los emperadores y los papas tuvieron que ocuparse de la cuestión judía. O bien había que afirmar sus derechos y libertades, o bien (por ejemplo, en el cuarto Concilio de Letrán en 1215) había que aprobar reglamentos contra la usura judía, o bien obligar a los judíos a pagar en el décimo rechazado, prohibirles transgredir a los clérigos, someter sus estatutos a un tribunal, etc. Los judíos eran ya pronto ricos terratenientes, pero no para trabajar ellos mismos en la tierra, sino, fue Vogelstein-Rieger informa: "El comercio de esclavos se alimentó con tanto afán (sobre todo se importaron muchos esclavos de las regiones galas) con el fin de reclutar mano de obra adecuada para las fincas propiedad de los judíos". La cambiante y fatídica historia de los judíos en Roma no puede tratarse aquí con más detalle, bastan las indicaciones para mostrar que es similar a la de todas las tierras.

También en otras tierras italianas, los judíos alcanzaron igualmente gran riqueza y poder, así, por ejemplo, en Cesena se maldecía encarecidamente que a través de su capital se harían dueños de toda la ciudad, lo que no sorprendería, si se sabe que el magistrado estaba completamente satisfecho, si los "prestamistas hebreos" no se llevaban más del 20%. Los judíos se habían hecho tan poderosos en Livorno que los cristianos tuvieron que celebrar el sábado por su causa, al igual que en muchas otras ciudades.

Venecia, Génova y Florencia parecen haber sido, al menos durante un tiempo, una excepción, ya que se dice que estos mercaderes no eran inferiores a los judíos en astucia. También contra los lombardos se hicieron acusaciones similares a las de los judíos, como por ejemplo en Francia, donde se aprobaron leyes contra ellos. Esto demuestra que muchas veces también los europeos podían ser "no cristianos, más bien judíos bautizados", como se expresaba entonces. Pero precisamente el hecho de que también se tomara partido contra los lombardos demuestra que la usura como tal era un factor fuertemente sentido, que la defensa contra ella se dirigía contra cualquiera que la practicara y que, en consecuencia, el lamento extendido por todo el mundo contra la usura y la estafa de los judíos, aunque se hiciera eco allí donde no siempre se tiene inmediatamente a mano una prueba escrita, tiene su causa bien fundada.

Los judíos se las arreglaban y a menudo trataban de hacerse indispensables para los gobernantes en el sentido de que les adelantaban dinero para sus operaciones militares, promovían su ligereza

y generosidad de la misma manera, pero a cambio extraían altos intereses. De ahí que los reyes también defendieran a los judíos en todas partes, y la agitación popular tuvo que aumentar mucho antes de que cedieran a la petición de limitar los privilegios especiales de los judíos. A menudo protegían a los judíos militarmente, como, por ejemplo, en Navarra, donde un insulto contra un judío era castigado como si se hubiera hecho contra un grande de España; donde un judío no podía ser arrestado por una cuestión financiera; donde, sobre todo, estaba libre de todos los impuestos sobre las mercancías. En Toledo, el rey Sancho (1170), asignó a los judíos para su mayor seguridad la fortaleza como residencia. A esto se añadía que los judíos no tenían que remitir la décima parte sobre los bienes que les llegaban en herencia; si se suponía que un judío debía algo a un cristiano, éste tenía que presentar dos testigos, "de los cuales al menos uno tenía que ser judío." Tudela se rebeló en 1235, fue pacificada con esfuerzo, recibió una nueva constitución, hasta que la vieja estafa se instaló de nuevo.

Finalmente, los reyes de Navarra quedaron totalmente empobrecidos: vuelven a casa sin encontrar una super comida, no pueden pagar el grano comprado a los judíos, etc. Si uno cree ahora que los judíos habrían tenido la más mínima consideración por la difícil situación de sus benefactores, que ciertamente habían defendido los derechos de los judíos tanto como los suyos propios, yerra poderosamente. Todavía se las arreglan para hacerse "indispensables". "Todo fue entregado como garantía: el campesino dio su arado, el caballero su castillo, los reyes las joyas, el obispo su anillo".

Así sucedió en todas las tierras: la frivolidad y el deseo de pompa de los gobernantes se combinaron con la avaricia y la usura de los judíos; ambos sólo pudieron separarse violentamente y el pueblo tuvo que pagar. De ahí que Lutero diga con razón: "Oigo decir que los judíos dan grandes sumas de dinero y que por eso son útiles a los gobernantes; sí, ¿de dónde lo sacan? No del suyo propio, sino de los bienes de los súbditos y gobernantes, que roban y desvalijan mediante la usura... Los súbditos deben dar dinero y dejarse desplumar por los judíos. Los judíos deben reírse de que nos dejemos engañar y tomar el pelo". Y otro alemán hace la siguiente observación filosófica sobre la usura de los judíos: "Si se aprieta una esponja húmeda, ésta da agua, pero antes la ha absorbido en sí misma: los judíos son una esponja húmeda, dan algo al bien común, pero antes han absorbido a los cristianos con su usura. Las arañas tienden a atrapar moscas con sus telas, las alojan, las enjaulan, pero en gran detrimento de las pobres moscas, pues luego las dejan secas para que permanezcan muertas. Tales arañas son los judíos, ellos ciertamente dan algún dinero, se dejan notar como si su comportamiento fuera por el mejor interés del bien común, pero secan a los cristianos con su usura. El dinero de los judíos, que dan para el bien común, son verdaderas telarañas, en las que los cristianos permanecen colgados." El hombre tenía toda la razón para hacer tan melancólicas observaciones, pues Alemania no ha sido una excepción en la órbita de la cuestión judía, y algo similar se repitió aquí en cada ciudad más grande como en Tudela, Constantinopla, en Persia y, como bien hemos visto, en Portugal y Francia.

Aún hoy circula el cuento de hadas de que los judíos han sido oprimidos y menospreciados en Alemania. Esto no es en absoluto así. Antes podían circular libremente por aquí, establecerse en todas partes. Pero no sólo eso, la igualdad con los habitantes de la tierra llegó tan lejos que los judíos sólo podían ser acusados por sus propios jueces. El documento más antiguo que nos muestra este derecho como un privilegio antiguo y lo confirma de nuevo data del año 1230. Además viene la regulación de que ningún cristiano podía reclamar contra un judío, si no estaba en condiciones de presentar al menos un testigo judío para sí mismo. Las sesiones del tribunal judío solían tener lugar en la sinagoga e incluso los prelados de la iglesia católica tenían que acudir allí, si tenían disputas legales con judíos.

Pero los judíos consiguieron extender estos privilegios a todos los ámbitos con la antigua impudicia heredada. En el muy extendido negocio del empeño que practicaban, se suponía que bastaba con que un judío testificara sobre un objeto robado encontrado por él que lo había comprado honradamente. A la demanda de devolución de su propiedad, el propietario legal estaba obligado a pagar el precio que el propietario judío de la casa de empeños afirmaba haber pagado.

La ley de Goslar permite al judío, y sólo a él, el privilegio de prestar dinero contra objetos de los que sabía que habían sido robados. Por lo tanto, mientras que el alemán, en caso de ser hallado en posesión de bienes adquiridos legalmente, estaba obligado a devolverlos al propietario sin ninguna compensación, ¡al judío se le permitía exigirle un precio fijado por él mismo!

La libertad de usura era el objetivo perseguido con mayor tenacidad y normalmente también alcanzado. El tipo de interés legalmente establecido oscilaba entre el 33% y el 125%, pero el realmente exigido era a menudo mucho más alto. De ahí que veamos también entonces una y otra vez a nobles, burgueses y campesinos en la peor dependencia de los judíos; una gran masa de documentos así lo atestiguan. Un conde Walram von Zweibrücken se encontró en manos de 17 usureros judíos, en la ciudad samell de Oberwesel se nombraron no menos de 217 deudores a los judíos, el conde von Öttingen empeñó su corona de oro, los condes Balthasar, Friedrich y Wilhelm von Thuringia están totalmente en manos de cinco judíos de Erfurt. En 1385 sólo un judío de Ulm tiene 43 cartas de deuda que mostrar, hay 55 hipotecas en manos de dos judíos de Erfurt. Cuando un judío de Munich huyó y más tarde fue posible atraparlo, se encontraron con él las joyas de los burgueses, de la nobleza, sí, la platería del rey. Estas exposiciones podrían continuar durante páginas. A través de la usura y el negocio del empeño, el judío se hizo entonces también poderoso en la corte de los gobernantes y prelados, a los que a menudo ejercía como asesor financiero y como recaudador de impuestos. Al lado de este judío de la corte se situaba casi un miembro de la tribu como escriba, que llevaba la contabilidad en lengua hebrea y así era el único que poseía una visión de conjunto de la situación de los negocios.

A partir de estas breves indicaciones ya se pueden sacar las conclusiones necesarias. El poder de los judíos se hizo cada vez mayor, por lo que creció la ira entre la gente y estalló un pogromo. Sin embargo, no hay que creer, como siempre afirman los judíos, que siempre habían sido expulsados y maltratados por los alemanes. Todo lo contrario. El judío podría haber desempeñado todas las ocupaciones hasta el siglo ^{XIII}, todo estaba abierto para él. Pero él mismo no pensaba en trabajar mano a mano con los goyim, se segregaba estrictamente y se relacionaba con los judíos sólo en la medida en que era necesario para el comercio. De la naturaleza del pueblo anfitrión no hay ni rastro. Que, a saber, dado a su ser saqueado por el invasor sin escrúpulos, los alemanes, así como más tarde se enfríe, los Judíos puede asignar a sí mismos. El Judío tampoco era, como el lema todavía afirma, el paria de la sociedad. De hecho, judío y usurero se habían convertido en sinónimos, y el desprecio por esta ocupación estaba más que justificado.

*Y no tengas en tanta estima al judío,
No confíes en él,
Son el ladrón de tu alma,
El abusador de sus mujeres,*

dice francamente una vieja canción, pero no se puede hablar de maltrato constante. El conde palatino Philipp, después de todo, entraba en la sinagoga con su hijo, pero un judío tenía que aceptar una multa de diez florines, si sacaba la lengua a una imagen de la Virgen María; en 1837, después de todo, un sacerdote de Ratisbona tuvo que huir de dos judíos, que querían asesinarlo. Y cuando la comunidad judía se negó a castigar a los culpables, el tribunal cristiano se contentó con prohibir el tráfico con ellos. Según un cronista de Estrasburgo, las personas que insultaban a un judío debían esperar un castigo más severo que las que molestaban a un ciudadano común. Ya desde los tiempos más antiguos, los judíos eran los prestamistas del ayuntamiento y del gobierno; el pueblo tenía que haber llegado realmente a la desesperación antes de rebelarse violentamente contra su poder. Es un hecho que se repite siempre: el dominio de los judíos coincide siempre con el declive del pueblo alemán, su retirada con su ascenso. Después de la segunda cruzada y en la época de la peste negra (a mediados del siglo XIV), la miseria de Alemania alcanzó dos de sus puntos álgidos. El alemán tendente a la ley y el orden ya no era entonces tan capaz de resistir para no dar expresión a su rabia antes reprimida y desprenderse de sus parásitos. Lo que se cuenta

sobre el "envenenamiento", etc. por parte de los judíos, con el fin de descubrir así "razones", es palabrería hueca, bien difundida por personas incapaces de distinguir entre cáscara y núcleo, bien por judíos, que quieren retratar a los alemanes como fanáticos idiotas (como, por ejemplo, Graetz). Los alemanes habían sentido amargamente en sus propias carnes que tenían un enemigo de su pueblo y un explotador sin escrúpulos en la tierra. Que incluso durante la peste negra eran conscientes de lo que se trataba lo demuestra un cronista de Erfurt, que da como causa "el dinero sin fin que barones y caballeros, burgueses y campesinos poseen a los judíos". Pero los brotes de desesperación no ayudaron en absoluto. Pocos años después, las condiciones volvían a ser las mismas, la monotonía de los intereses peor que antes. Si la tierra sufría por la guerra, el, en última instancia, los Judíos tenían el beneficio. Por completo como hoy, "todos los comisarios eran judíos y todos los judíos comisarios; los judíos tienen una ley y una libertad que se llama mentir y engañar, si sólo les beneficia", dice una profunda señal de corazón de la Guerra de los Treinta Años. "La observación se adelanta", dice Liebe, "ese período de confusión de la vida pública, que provocó inmediatamente una parálisis de la vida económica, y dio al tenaz sentido de los negocios una oportunidad para una actividad despiadada, no ha sido desfavorable para los judíos".

Entonces hay que olvidar que todas las persecuciones fueron las excepciones, que siempre fueron señaladas como tales, mientras que, por otro lado hay naturalmente informes mucho más escasos sobre la vida cotidiana, y eso, después de todo, es que fue la caracterización de la Edad Media. La rebelión, que los historiadores judíos hicieron de las "masacres de judíos", está muy ampliada; haría bien comprobar una vez cuánta energía popular hubo durante el tiempo entre saqueada, lentamente succionada hasta la extenuación, cuánta desesperación de alemanes no relatada hay entre ellos. El desprecio general por el espíritu judío se convirtió más tarde en la rebelión tan periódicamente descargada. Los oficios artesanales, que hasta los siglos XIII y ^{XIV} estuvieron abiertos a los judíos, sin que se sintieran obligados a practicar un oficio manual, ahora se cerraron a los judíos por principio. Si antes el judío podía vivir en la ciudad (por lo general, prefería residir en su propio barrio), ahora seguía la segregación, el gueto, la condición existente anteriormente se consideraba ahora la norma. Al judío usurero se le marcaba externamente con un sombrero puntiagudo, no se permitía el tráfico con él, etc.

No obstante, esta exclusión no era tan mala, pero seguía siendo necesaria en aquella época. Que el judío sí se encontraba en lo más bajo de la posición social, se ve ya en el título de "modesto", que también llevaba el campesino y del que informa un retrato de Francfort: "Se ha llegado al punto de que se les pregunta tanto por su orden judía como al emperador turco de Constantinopla". El abad de Tritheim hace en 1516 la siguiente afirmación objetiva aún hoy tan acertada y recomendable: "Es explicable que haya arraigado una aversión entre altos y bajos, cultos e ignorantes, contra los judíos usureros, y apruebo todas las medidas legales para la seguridad del pueblo contra la usura de los judíos. ¿O debería, digamos, un pueblo extranjero e invasor gobernarnos, y de hecho no a través de una mayor fuerza, valor y virtud, sino más bien a través del dinero, cuya adquisición parece ser lo más querido para él? Pero no mediante persecuciones violentas y saqueos debe uno librarse de la plaga judía, sino más bien en que se aparta a los judíos de toda usura y de todo engaño vergonzoso y se les pone a trabajar útilmente en los campos y en los lugares de trabajo." Estas y otras propuestas similares, no condujeron a nada, al igual que en otros lugares. Si, por ejemplo, uno hojea los anales de Núremberg y se pregunta qué movió entonces a los burgueses a expulsar a los judíos en 1499, la lacónica respuesta es: "Los judíos asentados en Núremberg lo tenían bastante bien. Se volvieron arrogantes y desenfrenados. La excesiva usura que practicaban, la insaciable codicia a la que se entregaban y el aumento diario hicieron que finalmente el consejo y la ciudadanía se enfadaran por albergar entre ellos por más tiempo a tan malvados huéspedes y sanguijuelas en detrimento del comercio." Si ya en épocas anteriores, debido a diversas cuestiones económicas y religiosas, habían estallado revueltas, se vio entonces que el problema no iba a resolverse así, y en 1499 los judíos (para que no les pasara nada, bajo protección militar) fueron conducidos fuera de la ciudad,

"en la que se habían sentado tanto tiempo y en la que habían ganado tantas riquezas devorando la usura". Que esta queja estaba completamente justificada, ya se puede ver por el hecho de que en 1310 el Kaiser Heinrich VII. concedió a los Nurembergers un "favor" ["Vergünstigung"], en el que se prohibía a los judíos tomar de los ciudadanos más del 43 1/3% y de los extraños más del 55% de interés *semanal*. Sin embargo, ¡un bonito favor!

En las demás ciudades alemanas ocurría lo mismo y el populacho firmaba con alivio, si los judíos tenían que abandonar la ciudad. Así habla el predicador Hartmann Creidius con motivo de la expulsión de los judíos de *Augsburgo*: "Y es una gran ventaja para la ciudadanía de aquí, que tiene sobre otras ciudades, ya que los malditos judíos chupan la sangre del pobre cristiano no sólo a través de la usura y el precio excesivo, sino también a través de todo tipo de comercio y negocios les quitan el pan de la boca, por lo que muchos ciudadanos, junto con esposa e hijos, tuvieron que terminar en la ruina y con la caña de los mendigos."

Llevaría muy lejos discutir la historia de cada ciudad alemana individualmente, y también sería superfluo, porque lo mismo se repite en todas partes. En 1539 se promulgó un edicto sobre toda Alemania en el que se podía leer que había que prohibir a los judíos la usura, que había que ponerlos a trabajar manualmente para que aprendieran a ganarse el pan con el sudor de su frente como los cristianos. Naturalmente, todo eso fue en vano.

Si uno lee los informes sobre el comercio judío de la Edad Media, tal y como lo han escrito los cronistas alemanes, entonces uno nota en ellos una y otra vez su nuevo asombro ante la agaiana y otra vez recién despertada astucia judía, de la que tienen que hablar. Falsificaciones de cambio, billetes de banco falsos, engaño de jóvenes inexpertos, hijos de padres ricos, a la prodigalidad, billetes de deuda emitidos en lengua hebrea, que se toman en fe y más tarde traducidos no contenían más que una burda frase, cambio de paquetes en la venta, donde los compradores encuentran en lugar de mercancías piedras o paja etc.. A menudo se añade una nota humorística del escriba a todas las quejas, que se burla de la confianza de los alemanes, a menudo busca imágenes para retratar drásticamente la relación entre judíos y cristianos, por ejemplo, cuando está escrito: "Un gobernante que pone judíos entre sus súbditos hace lo mismo que un terrateniente que pone alevines en un dique y luego echa varios lucios grandes, que se comen la cría; ¿quién es entonces tan tonto y hace de la cabra el jardinero? ¿Quién, después de todo, querría hacer de un zorro el pastor de gansos o gallinas? Creedlo, queridos superiores, cuando queráis plagar sólo a los pobres, poned judíos en vuestras tierras".

Excedería el marco de este libro, si quisiera exponer todo esto más detenidamente. Que conste que en todas las épocas y en todas las tierras donde los judíos han vivido en mayor número, surgieron las mismas reclamaciones por parte de la gente sobre la estafa de los judíos y la usura de los judíos. A este hecho y a su incontestable justificación se añade un dato aún mucho más importante: Si naturalmente había también elementos impuros entre los cristianos y si no faltaban ladrones y sinvergüenzas, entonces todos están de acuerdo en la condena de sus estafas; la ley de los judíos, en cambio, hace una marcada distinción en el comportamiento de los judíos entre sí y con los no judíos.

Ley moral judía

Pero de que esto es así, no puede existir hoy la menor duda, aunque naturalmente los judíos se juegan el todo por el todo en presentarse como ungidos con el óleo del humanitarismo. También lo consiguió, pues todos cometemos el error de contemplar el pasado judío desde una cosmovisión germánica o cristiana y nos inclinamos fácilmente a transmitir allí ideas de las que los judíos estaban muy alejados. Si, por ejemplo, hablamos del prójimo y nos referimos con ello a cualquier ser humano, entonces el judío designa con ello sólo a los judíos. Esos mandamientos tan humanos para nosotros, que encontramos en el Pentateuco, que también yacen, enterrados

como oasis en el oeste, en el Talmud, y que aceptaríamos de buen grado por encontrar algo humano incluso allí, simplemente contienen el regusto amargo de la una y otra vez acentuada diferenciación entre judíos y Goyim (no judíos, paganos). (En el tratado Baba Kamma Fol. 113 b leemos: "Dice en Deut. 22,3: con todas las cosas perdidas de tu hermano, lo que significa: debes devolvérselo a tu hermano, pero no es necesario que se lo devuelvas a un pagano". - Rabí Janina ha dicho: "¿Qué significa lo que está escrito en Lev. 25,17: no hay que aprovecharse de los próximos? Respuesta: con el que está vinculado en Thora y reglas, usted debe peever él ". En otros lugares se aught que la prohibición de robar sólo se refiere a los Judios entre sí, sí, incluso que sólo se refiere al robo humano.

La conversación de Jakob con Raquel, recogida en el Talmud, es un verdadero clásico. Jakob le dice a Rajel: "¿Quieres casarte conmigo?". Ella responde: "Sí, pero mi padre es un estafador y no puedes llegar a él". A esto Jakob: "Yo soy su hermano estafador". Entonces ella preguntó: "¿Está permitido entonces que un gran hombre sea grande en el engaño?" A esto él: "Hacia los puros te muestras puro y hacia los falsos infiel, ver Salmo 18,27".

Al parecer, los rabinos no encuentran nada repulsivo en estas máximas de su padre tribal Jakob, ya que repiten esta historia varias veces con fruición. También en otro aspecto no tienen escrúpulos: cuando Amán le dice a Mardoqueo que hay que alegrarse de la caída de un enemigo, éste le contesta "Eso sólo vale para un israelita, pero de ti dice Deut. 33,29: tú los derribas de sus alturas".

Toda la forma de la conciencia judía de la ley, sin embargo, sale a la luz no sólo en estas declaraciones y reglamentos, más bien muy especialmente formativa en la historia de un acontecimiento concreto pintado con placer visible: El rabino Schila reprendió a un hombre que había cohabitado dormido con una mujer egipcia. El mismo hombre fue a ver al rey y lo calumnió con las palabras: "Hay un hombre entre los judíos que juzga sin permiso del rey". El rey le envió inmediatamente un mensajero. Cuando el rabino Schila llegó, los jueces hablaron: "¿Por qué habéis reprendido a este hombre?" - "Porque se ha acostado con una asna", fue la respuesta. "¿Tienes testigos?", le preguntaron. - "¡Sí!", respondió él. Entonces vino Elías en forma humana y lo confirmó. "Si es así", continuaron los rabinos, "entonces está condenado a muerte". A esto el Rabino: "Desde el día en que nos expulsaron de nuestra tierra, tenemos autoridad para matar, pero podéis hacer con él lo que queráis." Mientras los jueces consideraban el asunto, el rabino Schila comenzó a enunciar un dicho: 1 Crón 29.11: "Tuya, eterna, es la grandeza y el poder". Los jueces le preguntaron: "¿Qué has dicho?" Él respondió: "He dicho así: bendito [gebenedeit] sea el misericordioso, que ha creado el reino en la tierra así como el reino en el cielo y te ha dado poder y misericordia en la corte". Los jueces pinchan: "Este hombre es muy caro al honor del reino", y le tendieron un bastón y le hablaron: "Habla tú justicia".

Cuando el rabino Schila salió, aquel hombre se dirigió a él (a quien había reprendido): "¿Acaso el misericordioso hace tal milagro por los mentirosos?". El rabino: "¡Infame! ¿No se llaman asnos?" Como está escrito Ezequiel 23,20: cuya carne se parece a la carne del asno". - Cuando el rabino vio que el hombre iba a decir a los jueces que los había llamado asnos, pensó: "Este es un hombre perseguido y la Torá dice: quien quiera matarte, golpéalo". Cogió el bastón y lo mató. Luego dijo: Ya que me ha ocurrido un milagro a través del versículo 1 Cr.29,11, quiero declararlo: tuya, eterna, es la grandeza, esto se refiere a la obra de la creación, etc. Sigue toda una serie de dichos bíblicos lanzados sin sentido". Este poco puede hablar un lenguaje claro sin mucho comentario; en él está contenido todo: el loco desprecio por todo lo no judío, la mentira sancionada por el profeta Elías y el asesinato aprobado por la Thora. Si le añadimos las palabras del 5º Libro de Moisés 23,20: "Puedes cometer usura contra los extranjeros, pero no contra tu hermano", entonces éste es el motivo económico. El nacional resuena en la historia del emperador persa, que, de forma bastante similar a los europeos de estos días, se acercó a los judíos, extendió los brazos de la tolerancia y dijo: "¡Venid, todos queremos ser un pueblo!". "Está bien", respondió a esto Eabbai Tanchum, "nosotros los circuncidados no podemos llegar a ser iguales a vosotros, así que dejaos circuncidar y convertiros en iguales a nosotros".

Esta separación nacional y esta moral con doble suelo es un hecho innegable del pasado y del presente judíos, tanto en su como en su práctica. No quiero amontonar aquí un montón de citas, sólo las palabras de los eruditos más autorizados y al mismo tiempo completamente pro-judíos: "Es un comienzo conspicuo su descaro, si los rabinos reunidos tratan de convencer al público cristiano de que los judíos están obligados al mismo comportamiento moral hacia todos los seres humanos y etiquetan a la judería como la religión del amor al prójimo". Sin embargo, de este hecho se derivan ideas muy importantes.

Aunque el cristiano, el europeo, se extravíe tanto, sí, aunque a menudo caiga incluso más profundamente que el judío, posee en su doctrina moral incondicional algo que incluso desde la más profunda decadencia le muestra el camino hacia arriba. El mandamiento de la sociedad europea, escrito y no escrito, se opone al robo y al engaño. La tendencia del hombre a entregarse a su egoísmo recibe a través de la moral un contrapeso, el judío, en cambio, recibe a través de su doctrina moral una gran afluencia de energías para su impulso natural, que se une a una energía racial de todos modos tenaz. (Más sobre esto más adelante.) Si el judío ve en la propiedad de un no judío una cosa que por derecho realmente le pertenece, entonces los bienes de los paganos son como el desierto sin dueño, y cualquiera que se apodere de ellos los ha adquirido honestamente, no hay adulterio con una mujer no judía: "Una esposa por matrimonio no existe para los paganos, no son realmente sus mujeres", así significa este robo legalizado contra toda la gente. Toda la usura, todo el engaño, cometido a través de los siglos contra todos los pueblos del mundo, por lo tanto, no debe ser visto como una *desviación*, sino todo lo contrario, como la *observancia* de la ley del Sinaí y los doctores del Talmud. De ahí que ya Lutero escriba indignado sobre este hecho, de ahí que Goethe piense de los judíos: "Tienen una fe que les justifica para robar a los extranjeros"; de ahí que Fichte proclame desesperadamente: "Que los judíos, después de todo, no quieran creer siempre en Jesucristo, que incluso no crean en ningún dios, si tan sólo no creyeran en dos leyes morales diferentes y en un dios antihumano".

Si se ataca a los judíos, no se hace para coartar la libertad de pensamiento, como ellos también pretenden indignados, sino para atentar contra una legislación exactamente contraria a la de todos los estados. Hay que afirmar de una vez por todas que una raza con este sentido del derecho no puede ser capaz de ser justa con respecto a la de los europeos, y que en consecuencia también hay que impedir para siempre que los judíos influyan a través de los cargos públicos que ocupan, pues un juez judío no puede ni puede actuar de otra manera que para proteger y defender siempre y en todas partes sólo a los judíos.

Los ingenuos entusiastas de la humanidad piensan ahora que las leyes judías serían asuntos superados en nuestra avanzada edad. A esto hay que oponer que unos nueve millones de judíos, es decir, casi dos tercios de todos los judíos del mundo, siguen siendo los más estrictos seguidores del Talmud. Por lo tanto, las leyes de todos los estados siempre han sido una espina en el costado del judío y él siempre se ha esforzado por trabajar en contra de ellas o explicarlas con astucia talmúdica para sus propósitos. Por lo tanto, también vemos que los judíos rara vez se han esforzado por lograr la integración como ciudadanos en todas las ocupaciones, sino que siempre han tratado de obtener condiciones excepcionales y leyes excepcionales para sí mismos. Las leyes de un estado ciertamente obstaculizaban mecánicamente a los judíos en la ejecución de sus prácticas, pero cuando esta prohibición se aflojaba bajo cualquier influencia, el judío se abalanzaba como el primero y con gran energía en la brecha. Lo vemos hoy en Rusia y lo vimos hasta 1933 en Alemania. Uno no debe venir con esto, que las ciudades grandes no tienen nada que hacer con las leyes del Talmud. Pues no es el Talmud el que ha hecho al judío, sino que es el judío el que ha hecho al Talmud. Además, este libro domina la vida intelectual judía desde hace ya dos mil años, fue machacado en las cabezas de los niños desde la edad de seis años día tras día y por lo tanto, naturalmente, ha formado aún más en la dirección dada el carácter de todos los judíos, ya sean entonces especuladores ateos de la bolsa, fanáticos religiosos o judíos de ropa talmúdica. Además, nuestros judíos de las grandes ciudades proceden directamente de las pequeñas aldeas de Galicia y Polonia.

Admitamos ahora que, sea lo que sea lo que pongan en el campo los bienintencionados amigos de los judíos, que hay suficientes especuladores cristianos, entonces todavía no se puede negar que precisamente el sentimiento por lo correcto en el alemán se ha mantenido especialmente alto. Un pueblo ya puede digerir un cierto porcentaje de especímenes peores, pero si un espíritu engañoso, con total falta de freno, finamente preparado a través de todas las sutilezas jurídicas y la corrupción, que se adhiere con increíble tenacidad, es apoyado por enormes medios financieros, entonces esto significa un peligro para el pueblo. No se pueden resolver los problemas históricos y raciales con eslóganes sobre la humanidad y la igualdad, como los internacionalistas de hoy, a través de insinuaciones judías, creen poder hacer. Además de esto, es necesaria la realización de la dirección de la voluntad de los judíos, pero nuestro tiempo nublado por eslóganes carece del carácter necesario para ello.

Intolerancia religiosa

Si el judío se segrega intencionadamente de los demás en cuestiones morales, legales y nacionales, es evidente que su pensamiento religioso no es una excepción. Así como su pueblo era el elegido, también su religión era válida para él como la única religión en absoluto.

Jehová, cuya eficacia se limitaba antiguamente sólo al territorio de Canaán, fue creciendo y configurándose en la imaginación de los judíos hasta convertirse en una divinidad cada vez más poderosa y abarcadora. Pero eso no impidió que se le siguiera venerando como dios nacional, que existía para guiar y proteger al pueblo de Israel. Los altos muros que Nehemías había construido alrededor de Jerusalén y que se suponía que separaban físicamente a los judíos de los paganos, eran la expresión de la segregación fundamental interna y de la intolerancia religiosa. Dios es Dios, y nosotros somos su pueblo, ese es el principio y el fin de la fe judía hasta nuestros días. "El judío es el instructor de toda intolerancia, de todo fanatismo religioso, de todo asesinato por causa de la religión, apeló a la tolerancia sólo cuando se sintió oprimido, pero nunca la practicó, y por su ley no le fue permitido", dice Chamberlain en sus "Fundamentos del siglo XIX", un libro cuyo servicio al pueblo alemán sólo los tiempos posteriores podrán valorar. Estas palabras son totalmente incontestables. Desde los tiempos más antiguos, por ejemplo, fueron los judíos quienes persiguieron a los cristianos allí donde pudieron e instaron a los paganos a suprimirlos; cuando Juliano Apóstata reintrodujo el culto pagano, los judíos de Siria aprovecharon la ocasión para organizar la persecución cristiana con doble celo. Cuando más tarde los judíos se hicieron numerosos en Chipre, decidieron masacrar a todos los demás habitantes en una sola noche. Esta memorable decisión costó la vida a 240.000 no judíos. Tertuliano cuenta que en Cartago, en la época de la persecución cristiana, los judíos se daban el gusto de llevar consigo un cuadro que representaba a un hombre con orejas y pezuñas de asno, sosteniendo una Biblia en las manos y provisto de la inscripción: el Dios de los cristianos.

Cualquiera que sea el principio "una y única religión verdadera" ["Alleinseligmachung"] todavía vive en todas nuestras iglesias, eso es sedimento de la influencia del Pentateuco y del profeta Hesekiel. Una fe fuerte sin odio sangriento es una imposibilidad para el judío incluso hoy en día (desgraciadamente, también para muchos cristianos infectados por su espíritu), por no hablar de épocas anteriores. Incluso autores y rabinos judíos dan fe de ello, ciertamente de forma más suave que Chamberlain, pero diciendo esencialmente lo mismo.

Cuando, por ejemplo, Napoleón reunió el famoso congreso general judío [allgemein-jüdische Synedrium] en París en 1807 y con el fin de aclarar cuestiones controvertidas dio a los judíos muchos huesos duros de roer, éstos proporcionaron como respuesta toda una serie de artículos en los que se lavaban tan blancos como inocentes corderos. Pero la introducción a estas respuestas dice: "Alabado sea el Señor, dios de Israel, que ha puesto en el trono de Francia e Italia un gobernante según su corazón". Y a la pregunta de si los judíos veían a todos los franceses como

hermanos, los judíos dieron la respuesta altamente diplomática: que ellos "según la ley de Moisés ven a todos los individuos de las naciones como hermanos, que afirman a dios, el creador del cielo como de la tierra, y que viven entre los que los judíos disfrutaban de privilegios o incluso sólo de una recepción amistosa." De ahí que el judío no se enfrente al francés, al italiano, tampoco al cristiano, más bien se le da libremente la selección del "hermano", que ha querido entender por "privilegios" o "acogida bienintencionada" y que hace depender de la fe del mismo en dios creador del cielo y de la tierra. Pero como este dios, como muestran las primeras palabras, es el dios de Israel, los diplomáticos del primer congreso [Sanedrín] dicen con bonitas palabras lo mismo que el Talmud, que la persona que no reconoce a Jehová como el único es difícilmente un ser humano, y mucho menos entonces un hermano.

Autores más recientes, sin embargo, piensan precisamente así; por ejemplo, un rabino actual dice: "Una cierta exclusividad está naturalmente ligada a la idea de ser elegido. Pues reconocer una verdad significa simultáneamente: intentar mantenerse alejado del error. Israel ha comprendido su fe cada vez más claramente en la oposición a los pueblos. De ahí que la religión de Israel tuviera que comenzar con el particularismo [Partikularismus]". Y más adelante: "La religión judía es la religión mundial, en la medida en que todas las religiones que han hecho del universalismo la meta intencionadamente propuesta han surgido de ella, y en virtud de esto, de que han surgido de ella, se han fijado esta meta". En la conclusión dice además abiertamente que considera a todos los que creen de otro modo como desviados apóstatas de la única fe.

El Dr. Arthur Kuppin también considera que la fuerza de la fe y la intolerancia van necesariamente juntas, cuando dice del judío: "(El) ortodoxismo judío fue desde el principio mucho menos religión que organización de batalla revestida de religión para la preservación del pueblo judío". "El judío no conoce la tolerancia en materia religiosa y no se le permite conocerla; su religión es demasiado importante para él para eso".

El historiador judío Bédarride concluye también su obra con una glorificación de la fe judía, de la raza judía y de la ley judía, que no necesitamos echarle en cara, si tan sólo el pie hendido del desprecio por todo lo no judío no hiciera de nuevo su aparición. Dice: "Los judíos son los administradores de una ley que, remontándose a la cuna de la humanidad, se encuentra en el apogeo de la civilización más avanzada. ¿Pueden abandonar esta ley, que consideran con razón que se eleva por encima de todo, para adquirir otra, que a sus ojos no es más que una copia?".

El campo estrictamente ortodoxo habla, naturalmente, en tonos aún más elevados. Basta con echar un vistazo a los periódicos judíos actuales: según ellos, los judíos son mucho más elevados que todos los demás pueblos, porque fueron los primeros seres humanos que reconocieron a Dios. En el programa de la federación *juvenil "Agudas Jisroel"*, se adopta la afirmación: "Los judíos son el pueblo de Dios". ¡Como punto del programa!

Un erudito talmúdico de Polonia (de donde, después de todo, proceden todos nuestros judíos), habla de la siguiente manera: "Los evangelios no tienen valor de autoridad ni como fuente histórica ni como literatura ética"... "El cristianismo decayó en la exposición de sus principios morales en lo contrario de la judeidad, en el escapismo, en la difamación de toda cultura, de todo progreso", y elogia al rabino Ismael, que dice que los evangelios siembran la envidia, el odio y los celos entre Israel y su hermano del cielo. Como el Dr. Lippe percibe lo contrario del escapismo, se desprende bastante del Talmud, el único libro reconocido por él. Jesaia, por ejemplo, dice al rey Chiska: "Morirás, porque no te has ocupado de procrear". Preocupado por la vida valiosa, habla el rabino Jehuda: "Las cosas prolongan los días y los años del ser humano: quien se entretiene mucho en la oración, en su mesa y en el retrete". Rabí Elsier el Grande dice: "Quien duerme con su madre en un sueño, puede esperar la razón. Quien duerme con una virgen prometida en un sueño, puede esperar la Torá. Quien duerme con su hermana en un sueño, puede esperar la sabiduría. Quien se acueste con la mujer de un hombre en sueños, puede considerar que es un hijo del mundo futuro. Quien vea un ganso en sueños, puede esperar sabiduría. Quien se acueste con ella, se convertirá en principio de escuela. Quien se alivia en un sueño, para él es una buena señal. Pero esto sólo es así, si (después) no se ha limpiado, etc.". Y el rabino Ismael

admirado por el Dr. Lippe piensa de los cristianos: "Y han dicho a David: Salmo 139,21: ¿No he de odiar a tus odiadores (del dios de Israel) y no despreciar a tus rebeldes? Lleno de odio total, odio a tus odiadores, son enemigos para mí".

Para concluir, añadamos algunas palabras más de un antitalmudista, que vale la pena dar a conocer. Walther Rubens escribe: "El movimiento de reforma abierto por Mendelssohn, la identificación práctica del judaísmo con el humanitarismo, esta corriente se ha congestionado, sí, a veces se ha convertido en un movimiento retrógrado..., se alimentan los mismos sentimientos de fanatismo que en tiempos de Spinoza, que desenvainó contra él la daga asesina, aunque los judíos del presente se bastan políticamente para disimular este fanatismo, y el lobo con piel de cordero sólo asoma aquí y allá. El Schulchan-Aruch, esta oscura obra llena de absurdos de todo tipo y leyes fanáticas, es el código invisible de esta dirección."

Estos ejemplos pueden ser suficientes. Deben indicar en qué constitución espiritual los judíos entraron en las tierras de Europa y Asia, cómo se inclinan en el aspecto moral, nacional y religioso y todavía hoy.

A la intolerancia de principio hacia los no judíos se une una persecución no menos aguda contra los miembros de la comunidad que se han vuelto infieles a la ley. Como es sabido, la pena de muerte se aplica a la apostasía, mediante la lapidación, el estrangulamiento o el vertido de metal caliente en la garganta para quemar el alma.

De esto está escrito, entre otras cosas: "Se mete al criminal en estiércol hasta la rodilla; luego se tiende un paño duro dentro de otro blando y se envuelve alrededor de su cuello; un testigo tira de un extremo hacia sí y el otro tira del otro extremo hacia sí hasta que el criminal abre la boca. Mientras tanto, uno calienta el plomo y se lo echa en la boca para que corra hacia sus entrañas y lo queme".

A estas brutalidades se oponían las leyes de los pueblos que albergaban a los judíos, lo que, sin embargo, no impidió que continuaran los intentos en este sentido hasta nuestros días. Pero especialmente en épocas anteriores, los rabinos no conocían la piedad ni con las personas individuales ni con las sectas renegadas. Mediante la excomunión y el boicot económico, los talmudistas consiguieron suprimir cualquier otra agitación espiritual. A este respecto es instructiva la historia de los Karaiten (Karäer o Karaimen).

Desecharon los escritos eruditos de los doctores judíos y se atuvieron estrictamente sólo a la ley del Antiguo Testamento. Dispersos por las tierras, convivieron con otras comunidades judías en amargas disputas. Fueron vilipendiados en todas partes y se publicaron polémicas contra ellos, en las que destacó especialmente un erudito de Toledo, Abraham Ben Doir, que maldijo poderosamente a los Karäer. Pero eso no fue suficiente, se cesó todo negocio y tráfico humano con ellos obstaculizándoles en sus tratos comerciales a cada paso. El resultado fue que los Karäer desaparecieron gradualmente de occidente, en España, por ejemplo, donde eran los más numerosos, ya mucho antes de la expulsión de los judíos de esta tierra. Se desplazaron cada vez más hacia el este y todavía existen sólo como pequeñas colonias en el sur de Rusia, especialmente en Crimea, y en no gran número en Palestina.

Una hostilidad similar prevalece entre los rabbanitas y los saduceos. Dondequiera que el número de una comunidad era mayor que el de la otra, ejercían un terror constante contra la minoría. Generalmente eran los rabbanitas quienes, por ser los más numerosos con diferencia, eran los vencedores incondicionales y oprimían a los saduceos, pero éstos, siempre que podían, no cedían. Así que una vez que ellos y Burgos fueron mayoría y obligaron a los talmudistas a renunciar a muchos de sus libros, por ejemplo, se prohibió terminantemente encender una lámpara en Sabbath como celebración según la práctica talmúdica. Naturalmente, esta prohibición irritó mucho a los rabbanitas, y un tal R. Nehemías, que ya no podía resistirse, encendió una lámpara para sí mismo en Sabbath según la antigua costumbre. Esto desencadenó una salvaje conmoción y habría llegado a un sangriento enfrentamiento, si la administración española, a la que se dirigieron los talmudistas, no hubiera intervenido. La disputa se decidió a favor de los rabbanitas,

el saduceo fue suprimido al igual que el karäer, infligido por la sinagoga con el destierro, y el Talmud con sus seguidores triunfó.

Al igual que con sectas enteras, también ocurrió, como se ha dicho, con personas individuales. Se conoce la historia de Spinoza, que fue excomulgado en medio del tañido del Sofar de la sinagoga de Amsterdam; especialmente típica, sin embargo, es la historia de Uriel d'Acosta.

Descendiente de padres judíos convertidos al cristianismo y criado en esta religión, ya duda, sin embargo, de la veracidad de la misma. Estudia con entusiasmo el Antiguo Testamento, y como éste le dice más que el Nuevo, decide convertirse al judaísmo, deja su ciudad natal, Oporto, en Portugal, donde no se le permite hacerlo públicamente, y viaja a Amsterdam, donde se hace circuncidar. Pero pronto se demuestra que las enseñanzas de los rabinos eran otras que las que Uriel había imaginado tras el estudio del Pentateuco, sobre el que no dejó de hacer comentarios. Eso molestó a los doctos rabinos, y le dieron un ultimátum para que se subordinara incondicionalmente a todas sus opiniones y estatutos o se considerara excomulgado. No cedió y fue excomulgado. Se ordenó a todos los judíos, sin excluir a sus propios hermanos, que lo persiguieran con insultos, que le arrojaran piedras y estiércol y que no le dieran descanso ni siquiera dentro de su propia casa.

D'Acosta escribió un libro en su defensa, en el que negaba la inmortalidad del alma, ya que sí encontraba tal creencia en Moisés, diciendo que allí sólo se habla de una promesa corporal y temporal. Los rabinos acusaron a Uriel de "epicúreo" y atacante de la religión cristiana. A raíz de ello fue encarcelado, pero liberado de nuevo a cambio de un rescate y de la confiscación de libros.

La persecución por parte de los judíos, en cambio, no cejaba y, cansado por los diez años de tormento y aislamiento de sus camaradas populares, decidió hacer las paces y ceder. Cuando el acuerdo estaba a punto de llegar a su fin, su sobrino le acusó de no haber observado concienzudamente todas las leyes dietéticas. Esto despertó un nuevo odio enconado en la comunidad, se le retiraron los bienes de d'Acostas, se sabotó su matrimonio, y cuando el tribunal llegó a afirmar que había aconsejado a dos cristianos que querían convertirse a la fe judía que no lo hicieran, la indignación de los judíos no tuvo límites. Uno de ellos convocó a Uriel a la sinagoga y le exigió una humillación pública y un sometimiento incondicional. Se negó a ello, pero fue excomulgado y tuvo que sufrir durante siete años las mismas persecuciones que antes. Finalmente, ya anciano, se declaró dispuesto a renunciar a sus opiniones y a subordinarse a los rabinos. Acosta, vestido de luto, con una vela negra en la mano, tuvo que afirmar desde el Almemor que por sus pecados se había ganado la muerte mil veces, que se sometía a cualquier castigo y prometía no apostatar más. - Luego tuvo que ir a un rincón de la sinagoga y desvestirse hasta el cinturón, tras lo cual fue atado a una columna, donde, en medio del canto de salmos de toda la comunidad, y por tanto en presencia de ambos sexos, se le administraron 39 latigazos en la espalda. Luego fue liberado de la excomunión, pero Uriel fue obligado a tumbarse frente a la salida de la sinagoga, donde cada una de las personas que salían también le propinaron patadas, que ni siquiera sus familiares perdonaron, sino todo lo contrario, le propinaron las más fuertes.

Desanimado por todos estos terribles maltratos y al mismo tiempo amargado, el anciano decidió vengarse. Disparó contra su hermano, que era quien peor le había tratado; el tiro falló, Uriel se vio descubierto, se encerró y puso fin a su vida a tiros de pistola.

Mientras los judíos eran estrictamente vigilados en otras tierras, en Ámsterdam seguían gozando de plena libertad, y es asombroso ver con qué odio se podía agitar y perseguir a un hombre durante décadas sin que las autoridades intervinieran. Sencillamente, los judíos gozaban de tanta libertad en Amsterdam que Uriel d'Acosta podía decir con razón en su autobiografía, que compuso poco antes de morir "Si Jesús de Nazaret viniera a Amsterdam y los judíos quisieran crucificarlo, podrían hacerlo sin problemas".

A finales del siglo XVII, un predicador itinerante judío, Nehemja Haja Hajim, adquirió gran reputación entre todos los judíos de Europa y consiguió ganarse a muchos piadosos como seguidores. Pero pronto se hicieron patentes sus intenciones, que pretendían demostrar que

también el judaísmo enseñaba la trinidad de dios. Cuando esto se supo, se levantó por todos lados contra esta "mentira blasfema". Nehemja fue amargamente perseguido; prefirió no sufrir como Acosta, sino que huyó a Oriente, adonde las comunidades judías le lanzaron la excomunión, que fue el resultado del inicio de la encarnizada lucha contra la "falsa doctrina".

Cuando Pinchas apuñaló a un hebreo que fumaba en sábado, fue alabado públicamente por ello y obtuvo el sacerdocio hereditario. Abraham Geiger relata el siguiente caso del año 1848: "Uno obligó a un prosélito en Jerusalén, que ya se había hecho circuncidar, todavía postrado en cama por las secuelas de esta operación, no pudiendo todavía tomar el baño de prosélito, a que trabajara en sábado, y le empujó tanto tiempo hasta que realmente escribió unas pocas líneas. Esto despertó el disgusto de otros talmudistas allí presentes, que veían tal comportamiento como indecoroso y además nunca antes lo habían oído en casos similares. Sólo el hombre demuestra que tiene razón por el Talmud. Alguien que entra en el judaísmo y que, aunque circuncidado, aún no ha tomado el baño prosélito, no es todavía judío, y según el Sanedrín 58 b, un no judío que celebre un día según la manera del Sabbat (y sea éste un día cualquiera de la semana), pierde la vida". Cuando, en la primera mitad del siglo XIX, el rabino Drach se convirtió al catolicismo, atrajo la ira de todo el judaísmo francés. Le robaron a sus hijos y él mismo fue amenazado de muerte varias veces. Un erudito pro-judío como Bernard Stade escribe en ocasión del mandamiento en Deut. 17-2 de apedrear a los apóstatas, con respecto a nuestros días Esto no se puede dudar en absoluto, ya que hasta nuestros días el judaísmo correcto pone la sentencia de muerte en la apostasía - todavía en el año 1870, se ha intentado llevar esto a cabo en Rusia en un hombre todavía vivo que se había convertido al cristianismo con el nombre de Elieser Bassin, a quien uno había traído de vuelta por la fuerza de un país extranjero al que había huido". Quien conozca Rusia, no encontrará nada extraño en que, en Polonia y Galicia, sea aún peor; pero que el espíritu es el mismo en Alemania, ya lo vimos antes.

El ya citado W. Rubens dice: "Según el Schulchan-Aruch, en el § 223 del segundo volumen, se hace un deber para los israelitas asesinar mediante violencia o traición a otro israelita que por desafío ignore las observancias religiosas..." "Ciertamente, si las leyes estatales no protegieran al impertinente fumador del Sabbath, en muchos ámbitos sería objeto de los mayores insultos, como podría enumerar suficientes ejemplos de mi propia experiencia. El judío ortodoxo es todavía hoy tan fanático contra sus renitentes camaradas de tribu, como el zelote que sacó su daga contra Spinoza (la línea de Mainz). Hoy en día, el chovinismo judío ha progresado tanto en el arte de la falsificación de la historia que achaca el comportamiento fanático del colegio rabínico de Ámsterdam a la influencia de los cristianos y afirma audazmente que la judería siempre ha tenido como principio la libertad de instrucción. La línea de Breslau tiene un carácter más camaleónico. Puede adaptarse a las exigencias de la época, coquetea con las ciencias radicales, pero no se retracta ni un ápice de ciertos estatutos ceremoniales, sino que trata de apoyarlos con razones racionales, aunque estas razones estén tan deterioradas y podridas que un niño de tercer curso podría hacerlas saltar por los aires."

También aquí hay que subrayar una y otra vez que la situación no cambia en absoluto, aunque el judío renuncie al Talmud como libro religioso, pues el carácter nacional consecuente sigue representando entonces en otros ámbitos una visión dogmática igualmente inamovible. Lo vemos hoy en la vida pública, por ejemplo, en la doctrina de la cosmovisión socialista. No quiero venir a hablar de las medidas y propuestas económicas del marxismo, sino sólo llamar la atención sobre el principio intolerancia que está en la base de toda su naturaleza anterior. Las ideas comunistas ya se habían formado mucho antes de Marx, pero el astuto judío logró soldarlas en una forma rígida. El espíritu y la voluntad judía como centro del carácter judío se discutirá más adelante, permítannos aquí simplemente subrayar esto, al igual que el Talmud, afirmación rechazando rígidamente todo lo demás. Con la misma infalibilidad doctrinaria que la gran sinagoga y Esra, Marx y Lasalle juraron por su manifiesto. Y la rigidez del dogma, que da respuesta a todas las preguntas y excluye los debates, es un éxito, como toda consecuencia. Si llega un momento en que la vivacidad, la elasticidad y el espíritu de resistencia del hombre se debilitan, entonces

siempre peregrina hacia donde, con certeza infalible, se le promete el cielo o el paraíso terrenal; y rígido como nunca se mantiene el, en este caso ateo, espíritu judío, a la cabeza de la predicada y brutal lucha de clases. De hecho, cuando se trata de la *lucha* en sí, todos los líderes judíos desaparecen en un segundo plano, inconscientemente fieles al principio talmúdico: "Si vas a la guerra, no vayas al frente, más bien ve a la retaguardia, de modo que regreses el primero; alíate con quien la hora sonría". Canaán ha recomendado cinco cosas a sus hijos: amaos los unos a los otros, amad la intemperancia, odiad a vuestros amos y no digáis nunca la verdad."

Las masas, desequilibradas, que siempre deben tener una respuesta tranquilizadora para todo, las siguen hasta su propia ruina. Este espíritu, que guía resueltamente a las tropas de la anarquía, diplomática y brutal al mismo tiempo, es la intolerancia religiosa, económica, política y de principios cultivada sobre una base racial; sólo conoce el universalismo de la religión (que significa el gobierno del dios de los judíos), el comunismo (que significa estados esclavistas), la revolución mundial (guerra civil dentro de todos los pueblos) y la internacionalidad de todos los judíos (que significa la dominación del mundo). Es el espíritu de la insaciabilidad desinhibida y sin escrúpulos: la Internacional negra, la roja y la dorada son los sueños de los "filósofos" judíos de Esra, Hesekiel y Nehemia a Marx, Rothschild y Trotzki.

Antes de pasar a un nuevo capítulo, quiero comparar como contraste otro pensamiento a la estrecha fe judía. No se trata de la doctrina de Cristo, sino de los pensamientos de la lejana India.

Aquí también hay libros sagrados reconocidos como inspirados por el ser divino, aquí también el pueblo se ha decidido a lo largo de su desarrollo por ciertos conceptos (en los que no podemos profundizar aquí) sobre la base de su naturaleza nacional. Desde el principio, toda la cuestión de dios se presentó al indio como cósmica, y transfiere su sentir como alma divina a cada criatura de este mundo. Sobre esta base de los libros sagrados, sin embargo, crecieron seis grandes sistemas religiosos, que eran todos ortodoxos, más otros nueve, que sí se consideraban heterodoxos, pero que sin embargo no eran perseguidos en ninguna parte con estrangulamientos, lapidaciones, etc.

El pensamiento indio engloba toda la vida espiritual con un materialismo, que no tiene nada que envidiar al nuestro, hasta el punto de un inmaterialismo, en el que al cuerpo, como cáscara incómoda, apenas se le sigue concediendo la justificación de la existencia.

*Sorber grasa y hacer deudas,
Vive feliz durante un breve periodo,
Donde la vida te lo ha dado,
Primero debes soportar la muerte,
¡Volver nunca lo es!*

canta un grupo y los demás responden:

*Pero quien ha captado el yo en el pensamiento,
Cómo puede que aún desee añorar el cuerpo,
Quienquiera, en las manchas abismales del cuerpo,
Se ha convertido en el yo, el despertar,
Que como todopoderoso, conoce al creador de los mundos,
Suyo es el universo, porque él mismo es el universo.*

Cuando el budismo emprendió la lucha contra el antiguo brahmanismo, a menudo se produjeron enfrentamientos físicos, pero éstos fueron tan leves que se pueden ignorar por completo. Así se entienden también las palabras del rey Acoka, que hizo grabar esto en piedra, visible para todo el mundo: "Uno debe honrar su propia fe, pero no debe regañar al otro. Sólo la armonía hace la piedad. Que los seguidores de cada fe sean ricos en sabiduría y felices por la virtud".

Luego se transmite otro dicho de una época posterior, que nos evoca toda la atmósfera del pensamiento indio: "Un cuadrado de hierba como lecho, un bloque puro de piedra como asiento,

el pie de los árboles como residencia, el agua fría de las cascadas como bebida, las raíces como comida, las gacelas como compañeras. En el bosque, que es el único que ofrece toda esta riqueza sin que uno la pida, sólo hay un error, que allí donde se encuentra gente muy necesitada dentro de él, uno vive sin esfuerzos de trabajo para los demás." Qué lejos estamos aquí, en este mundo espiritual, de toda codicia de poder y de oro, de toda insaciabilidad y de toda intolerancia, de toda estrechez de miras y de toda arrogancia.

Mucho hombre germánico antiguo difamado también pensó semejantemente antes de que el espíritu de los libros de Moisés y Hesekiel fuera forzado sobre él. Los viejos godos de España nos lo muestran, por ejemplo: "No calumnies una doctrina que no entiendes, dijo el godo Agila a un camarada católico en la fe; por nuestra parte, aunque no creemos lo que tú crees, no te caluniamos, después de todo, porque hay un dicho entre nosotros, no es punible, si uno pasa entre los altares de los paganos y una iglesia de Dios y muestra su reverencia hacia ambos."

Y fijémonos ahora en una tercera tribu indogermánica, en los persas. A la tolerancia de este pueblo deben los judíos su gran existencia en absoluto; gracias a ella se les permitió emprender el regreso a su patria y se les proporcionó además dinero. "La judería", dice el historiador Eduard Meyer, "ha sido creada en nombre del rey persa y por la autoridad de su imperio, y así los efectos del imperio arquímido llegan todavía poderosa y directamente hasta nuestro presente". Y el mismo erudito completamente pro-judío dice del pueblo judío que se va: "La segregación religiosa, el arrogante desdén - por el cual todos los demás pueblos (que estaban destinados a la aniquilación) se convirtieron en paganos para el pueblo elegido por el dios dominador del mundo - era repulsivo para todos los vecinos. El código sacerdotal es la base del judaísmo, que permanece totalmente inalterado hasta nuestros días desde la introducción de la ley por Esra y Nehemías en el año 445 a.C., con todos los defectos y monstruosidades, pero también con la energía resuelta y despiadada que reside en él desde el principio, y con la que el judaísmo produjo simultáneamente su complemento necesario, el odio contra los judíos. La circuncisión, la consagración del sábado, la abstinencia de carne de cerdo y rarezas similares en la alimentación, y el desprecio fundamental contra todos los no judíos, que es correspondido de corazón por ellos, son las características de la judería en los tiempos de Antíoco Epífanes, Tácito y Juvenal, así como en el presente.

El gueto

Tal vez a través de los hechos expuestos uno pueda formarse una imagen aproximada de la condición espiritual con la que los judíos llegaron a Europa; de la que resultan en consecuencia todos los acontecimientos de los efectos cruzados entre los judíos y otros pueblos. La marcada exclusividad, tanto física como espiritual, con respecto a todas las naciones condujo también a una manifestación cuya naturaleza es aún hoy muy incomprendida: el gueto.

El aislamiento de un pueblo inmigrante extranjero en medio del nativo es un hecho que aparece en todas partes, para cuya explicación no hace falta buscar complicadas razones. Todos los europeos han establecido sus propios distritos urbanos en las colonias, todas las agencias en el extranjero de los portugueses, españoles, la Liga Hanseática siempre tiraron juntos. Los judíos también hicieron exactamente lo mismo; ¿y lo que tiene validez para otros pueblos se supone que es el resultado de una opresión unilateral con ellos? Todo lo contrario, precisamente con ellos, basándose en su carácter racial intolerante, el aislamiento tuvo que llevarse a cabo mucho más a fondo.

De que esto fue realmente así, para ello poseemos suficiente testimonio de la historia de la inmigración judía; cuando los judíos, por ejemplo, como se ha relatado anteriormente, llegaron a Alejandría en mayor número, no sólo se asentaron en una masa concentrada, sino que más bien elevaron ruidosamente la demanda de poseer su propio distrito de la ciudad para sí mismos.

Flavio Josefo fundamentó así esta petición: para que los judíos "pudieran llevar una vida pura y no mezclarse con los extranjeros". Finalmente, los judíos eran tan numerosos que de cinco distritos urbanos habitaban dos completos.

Las condiciones en Roma eran exactamente las mismas. Cuando los judíos se establecieron en esta ciudad, siguieron como en todas partes su impulso hacia el comercio y establecieron sus residencias donde se ofrecía la oportunidad más favorable para ello. En Roma, ésa era la orilla derecha del Tíber, donde los marineros fenicios y griegos atracaban y ensalzaban sus mercancías. Todo judío recién llegado era atraído hacia allí como por un magnate y pronto el distrito judío se extendió enormemente. Cuando la orilla derecha estuvo bastante ocupada, los nuevos inmigrantes, para no quedarse atrás, se trasladaron a la orilla izquierda y pronto surgió allí un segundo asentamiento. El barrio judío de Roma se terminó incluso antes de que se introdujera una medida obligatoria. Numerosas inundaciones, a las que precisamente este barrio de la ciudad estaba especialmente expuesto, las pestes, que tuvieron como consecuencia, todo eso fue incapaz de hacer que los judíos a lo largo de todos los siglos se marcharan, abandonaran los mejores lugares comerciales de la ciudad. Las pocas excepciones no entran en consideración. Cuando más tarde uno se vio motivado en Roma a construir un muro alrededor del barrio judío, con ello selló una condición ya existente desde hacía mucho tiempo, lo que incluso los historiadores judíos admiten. Por ejemplo, Vogelstein-Rieger dice: "Ya desde el siglo XIV, el barrio judío abarcaba el gueto posterior. "En épocas posteriores, el mencionado muro sirvió a menudo para la protección de los judíos contra las revueltas populares, lo que también fue reconocido por los judíos.

Y el historiador Heman resume la necesidad del gueto, convocado entonces por las circunstancias de la época, de la siguiente manera: "Como resultado de la segregación contra todo lo no judío, el espíritu judío se acostumbró a involucrarse en las condiciones sólo en la medida en que servían a su propio uso. Pero las consecuencias no tardaron en aparecer: la gente pronto sintió que no existía un interés genuino entre los judíos por ellos y sus instituciones. Les dio la impresión de que los judíos sólo querían explotarlos. La antipatía de la gente hacia los judíos tenía su base en la posición que los judíos se habían dado a sí mismos hacia todos los no judíos."

"Que en tiempos posteriores se obligara a los judíos a permanecer en sus guetos, sucedió tanto para su protección contra el odio del populacho como para la protección del resto del populacho contra su codicia. También aquí vemos lo que los judíos denuncian como vergonzosa supresión por parte de los cristianos, que es la simple consecuencia de su particularismo autoelegido."

Como se ve, querer remontar el establecimiento del gueto a sacerdotes maliciosos es una empresa muy parcial, pero comprensible, especialmente popular entre los judíos. Las nacionalidades que se desarrollaban entonces exigían para su consolidación una vida poco perturbada por los extraños. El gueto y las diversas restricciones a la propiedad y las leyes de extranjería eran entonces una necesidad, y lo serán también en todas las épocas en las que la conciencia nacional no esté claramente definida y en las que los judíos vivan en gran número. Debemos guardarnos de mirar atrás con una sonrisa de superioridad a la época de la difamada Edad Media y de algún modo autocompadecernos por haber llegado finalmente tan lejos. La gente de entonces actuaba sobre la base de una amarga experiencia y no se dejaba guiar por eslóganes evidentemente tontos y por una fantasiosa falta de crítica como nuestro actual público "civilizado" de Europa se deja hacer sin oponer resistencia. Sólo las leyes extranjeras nos liberarán también de la actual dominación judía, o debemos decidimos a ser aún más inescrupulosos, "más capaces" que los judíos. (El Estado nacionalsocialista ha hecho naturalmente lo primero).

Tras la emancipación de los judíos, es comprensible que una parte se trasladara al barrio judío por oposición, pero las callejuelas judías se conservan tan bien como antaño. Por ejemplo, en Galitzia, en Rusia, en Amsterdam. Luego no hay que olvidar que las grandes ciudades son creaciones de una nueva época, que ya no era posible que los judíos se establecieran juntos ni siquiera con la mejor voluntad y que además su llegada fue muy gradual. Pero a pesar de todo, la inclinación a vivir juntos siempre está ahí. Hay que fijarse, por ejemplo, en las condiciones de la

"tierra más libre del mundo". En Estados Unidos viven más de tres millones de judíos. De ellos, más de dos millones viven sólo en Nueva York y forman un verdadero gueto en esta ciudad. Todos los intentos de desalojar Nueva York y convencer a los judíos para que se establecieran en el campo fracasaron. Todos regresaron para llevar una vida de bienes de segunda mano en la ciudad mundial, no les gustaba el trabajo manual en el campo.

"Los esfuerzos filantrópicos", dice Adolf Böhm, "para dispersar a los judíos por la tierra tuvieron poco éxito... Los inmigrantes se dirigieron en masa hacia donde ya estaban asentados un gran número de sus hermanos". El viejo impulso de ser un folk intermedio (inter-folkish-international), pero de formar al mismo tiempo un núcleo unido, vuelve también hoy, si uno, como en América, puede observar movimientos de masas, los judíos son simplemente lo inalterable, el "folk humano cristalizado", del que habla Goethe (Fausto II).

Quema del Talmud

Al igual que la aparición del gueto, también la de la persecución de los libros judíos está sujeta a un juicio fuertemente unilateral. Se sigue viendo en ella un acto de la más alta barbarie y de vil fanatismo por parte de los sacerdotes romanos. Lo que está justificado en este reproche, todavía debe ser discutido más adelante; pero que quede aquí establecido que la censura y la quema del Talmud no fue totalmente el resultado de una superstición limitada, más bien tuvo sus razones justificadas.

El hombre debería imaginarse la situación así: en los estados cristianos vive un pueblo extranjero, que en sus libros vilipendia amargamente al fundador de la religión del estado, cada semana en la sinagoga reza para que Dios maldiga a los cristianos y de otras maneras tampoco intenta ocultar su odio. Incluso una iglesia menos consciente de sí misma que la romana habría tenido que tomar medidas para poner fin a esta condición; pero que estaba ahí, hoy ya no cabe ninguna duda. Escuchemos primero una voz del cristianismo más antiguo; Justino escribe: "Los judíos nos ven como enemigos y nos martirizan donde pueden". Después de todo, en la recién terminada guerra judía, Bar Kochba, el instigador de la revuelta judía, hizo arrastrar sólo a los cristianos a terribles martirios, en la medida en que no querían negar y blasfemar de Jesucristo."

"Que el nombre de Jesús sea desacralizado y blasfemado en el mundo entero, eso lo han provocado los sumos sacerdotes de vuestra gente"... "Vosotros maldecís en vuestras sinagogas a los que creen en Cristo". "En la medida en que depende de vosotros, todo cristiano es expulsado no sólo de su propiedad, sino del mundo entero; no permitís que ningún cristiano viva". "En lugar de sentir pesar por haber matado a Cristo, nos odiáis a nosotros, los que por él creemos en Dios y en el padre de todas las cosas, y nos matáis tan a menudo como tenéis ocasión, y maldecís constantemente a Cristo y a sus seguidores, mientras todos rezamos por vosotros como por todo ser humano en absoluto."

Por aquel entonces, los judíos consiguieron sin duda martirizar a Cristo, y eran los que con más celo incitaban a los paganos a perseguir a los cristianos. Pero cuando la iglesia católica dio la vuelta a la tortilla, jugaron a la inocencia perseguida.

Los judíos mantuvieron esta relación hostil hacia Cristo con la mayor conciencia, y en todas las tierras se predicó constantemente la fórmula de la persecución desde el altar durante siglos.

Cuando en el siglo XVI el "emperador de Persia, según relata un cronista, preguntó a los rabinos que vivían allí sobre su posición respecto a Cristo, éstos dijeron que los cristianos "son en verdad gente idólatra, que no sirve a dios, sino a un malhechor y estafador crucificado".

Así lo afirman los judíos desde Asia hasta Europa Occidental. Cuando finalmente la iglesia católica se opuso tajantemente a las fórmulas de maldición, sometió al Talmud a una estricta censura y purgó todas las que trataban sobre Cristo, surgió en el lado judío una fuerte protesta por la violación de la libertad espiritual. No es necesario menospreciar a la Iglesia, pero cualquier

persona imparcial debe admitir que también aquí se trataba de un principio completamente *judío* según el cual procedían, y que el rabino Tarfon definió así: "Por la vida de mis hijos, si los escritos de los cristianos llegaran a mis manos, los quemaría todos junto con el nombre de Dios que contienen".

¿Qué dice entonces el Talmud sobre Cristo, qué contenían esos pasajes tan repugnantes para la Iglesia católica?

Del mismo modo que su broma, su juego de palabras y sus giros de palabras han ayudado al judío actual a alcanzar una triste fama, el judío del pasado también hizo uso de este extraño talento. Y Cristo debe sus insultos más vergonzosos en parte al venenoso y despreciativo juego de palabras.

En referencia a 4 Mos. 24. 17: "Una estrella emerge de Jakob", los cristianos llamaban a menudo a Cristo hijo de las estrellas, Ben Starra; los judíos lo convirtieron en Ben Stada (hijo de puta, según P. Cassel).

El Talmud sólo considera a Marías como una prostituta, y como no es completamente exacto con la cronología (por ejemplo, deja que el enemigo más acérrimo de Cristo, el rabino Akiba, sea su contemporáneo), también identifica con María a la esposa de un tal Pafos que vivía en la época del rabino Akiba, y que durante toda su holgada vida fue considerada simplemente una prostituta. El hijo de esta adúltera en serie y de un soldado romano, por tanto de la criatura más despreciable que los judíos eran capaces de imaginar, es "el bastardo" Jesucristo.

Otro nombre para Jesús aparece con frecuencia: Ben Pandera, literalmente "hijo de la pantera".

Esta denominación se explica del siguiente modo: durante el contacto con la vida griega, el judío (véase, entre otros, Paulus) se fijó en su libertinaje y nada le repugnaba más que las orgías de la fiesta de Dionisio del mundo decadente de la Antigüedad. La pantera era un animal especialmente sagrado para Baco; los sirvientes de Baco dormían sobre pieles de pantera, la pantera aparece representada en las monedas griegas, etc. Así que este animal era "el animal de la fornicación" para el judío, el símbolo del libertinaje por encima de todo. De este punto de vista nació el siguiente juego de palabras: los cristianos llamaron a Jesús hijo de la virgen (del griego *parthenos*, Ben Parthena), de donde los judíos formaron el despectivo Ben Pandera (hijo del animal de la fornicación). Laible señala que el odio se dirige menos a María que directamente a la persona de Jesús, de ahí que toda maldición fuera precedida del Ben (hijo).

Cristo también es llamado el necio, el seductor popular (Bileam) y es, según el punto de vista judío, el más grande que jamás haya surgido de en medio de Israel, el mago que trajo medios secretos de Egipto y "ha tentado y seducido a Israel."

Con motivo de su muerte, el Talmud llama simplemente a Jesús el "ahorcado" y considera la horca y la columna de la vergüenza como su debido castigo. En el 2. Thargum al Libro de Ester 7.9. dios pregunta a todos los árboles si se podría colgar a Amán en ellos; todos rechazan esta petición, hasta que el cedro sugiere colgarlo en una horca asignada específicamente para Mordejai. Dios llama a este último en "la subida a la enseñanza todo de Ben Pandera". Este desprecio, puesto en boca de dios, hacia la persona y la enseñanza de Cristo no requiere comentario.

Hasta qué punto podía llegar el odio hacia Cristo, que, según Laible. "rayaba en la locura", podía llegar a ser, queda ilustrado por una historia en la que un seguidor de Cristo, Jacob von Kephars, informa al rabino Eleiser de una respuesta que supuestamente había dado Jesús a la pregunta, tratada muy seriamente por los judíos, de si se podía construir la escalinata del sumo sacerdote en el templo con dinero de putas, o si también era un lugar sagrado. Básicamente dice que lo que viene de la basura debe volver a la basura (Micha 1, 7) y agradó mucho al rabino. Pero este acuerdo con las palabras -incluso supuestas- de Cristo desató la mayor ira de los judíos, y Elieser se libró a duras penas de la lapidación; más tarde se reprochó amargamente haber escuchado las palabras de Jesús.

Cuando el mismo Jacob Sejanja fue llamado una vez por Rabí Ismael para curar a un sobrino de Rabí Ismael que había sido mordido por una serpiente, no lo admitió. Y cuando el niño murió, el

rabino dijo: "Dios te salve, para que tu cuerpo sea puro y no hayas violado las palabras de tus compañeros". Otro pasaje cuenta que Jesús era alumno del rabino Josua ben Perachia, y como pensaba que el rabino quería expulsarlo, Jesús salió, levantó un ladrillo y lo adoró.

En el tratado Sota Fol. 49 a, b dice: "Para ser vistos como las huellas del Mesías son: aumenta la desvergüenza, brota la ambición, la vid da fruto, pero el vino es caro; el gobierno se convierte en herejía; no hay rechazo, la casa de la asamblea sirve para la prostitución, la sabiduría de los eruditos de las escrituras empieza a apestar; se desprecia a los que rehuyen el pecado y se echa de menos la verdad; el hijo degrada al padre, la hija se rebela contra la madre, los enemigos de un hombre son sus compañeros de habitación, la apariencia de la época es encogida..."

El rabino Jehuda habla de forma similar de la era cristiana y también concluye: "...y el rostro de la era será el rostro de un perro".

Y a finales del siglo 19th un rabino Nacht nos enseña que las palabras: "Con el aumento de libertinos los juicios se invertirán y las acciones se echarán a perder...Ya que los escupidores han aumentado, los orgullosos también han aumentado..." (Sota Fol. 47 b) refiriéndose a los cristianos, ya que aquellos habían aprendido de su maestro Jesús la curación de las heridas a través del escupitajo.

Este odio de los judíos tiene algo de extraño, pues probablemente nunca un hombre, al que ni los más extranjeros niegan su admiración, ha recibido y recibido tantos apelativos vejatorios a lo largo de milenios, como bastardo, hijo de puta, hijo del animal fornicador, el ahorcado, hijo de la adúltera y menstruante (Rabí Akiba) y, para rematarlos todos, el "¡perro muerto enterrado en el montón de estiércol!"

Incluso en el infierno, el rabino piensa en un castigo para Cristo, tal como sólo un odio terrible puede inventar: Jesús es allí "ejecutado con estiércol hirviendo". (Gittin 57 a).

Aparte del Talmud, los judíos poseen una obra desarrollada a partir de él y dedicada a Cristo, que se distribuyó en miles de ejemplares por toda la judería: el Toldoth Jeschu (Jesús Kufe), "que no se imprimió, sino que se escribió con forma hebrea y los judíos leían en secreto en sus casas la noche anterior al cristianismo", como está escrito en un libro antiguo.

A continuación, estos diversos Toldoth Jeschu relatan la vida de Jesús en un gran número de lecturas. Aquí se presentan algunos de los rasgos principales recurrentes.

Mirjam (María) estaba prometida a un hombre de la familia real llamado Jochanan. Era un gran maestro y temía mucho al cielo. Josef, el hijo de la pantera, vivía junto a María y la vigilaba. Un sábado por la noche había estado bebiendo mucho y, al pasar por delante de su puerta, la visitó. Ella le dijo que estaba menstruando y le pidió que se marchara. Pero él no le hizo caso, se acostó con ella y se quedó embarazada. Cuando esto se supo, el prometido Jochanan se deprimió mucho y viajó a Babel. Pero Mirjam dio a luz a un hijo, al que dieron el nombre de Josua.

Jesús estudiaba el Talmud, se instruía en la Torá y era una persona arrogante. Este rouge pasó por delante de los rabinos con la cabeza levantada y descubierta y no saludó a nadie. Entonces un Rabino dijo: "Es un bastardo", y otro añadió: "Y el hijo de una mujer menstruante".

Al oírlo, Jesús, horrorizado por la vergüenza de su nacimiento, fue a ver a su madre y le pidió que le dijera la verdad: "Dime la verdad para que no me deteriore contra ti, pues no quiero respetar a una mujer prostituta." Como María no quería admitirlo, Jesús la obligó a ello. Según una lectura, en que la encerró en un baúl y no la dejó salir hasta que hubo confesado, según otra lectura apretándole los pechos entre los goznes de la puerta.

Puesto que Jesús, como seductor y mago, estaba en posesión de una palabra mágica, realizó muchos milagros, muchos de los apóstatas de Israel se unieron a él, y surgió una escisión en el pueblo. Cuando alardeó de que podía subir al cielo, se vio obligado a competir con Judas Ischarioth. Jesús pronunció la palabra (de las letras) y voló por los aires. Entonces Judas también dijo la palabra y ascendió como un águila. Ninguno de los dos pudo superar al otro hasta que Judas finalmente orinó sobre Jesús, ensuciándolo así y haciéndolo caer.

Se suponía que Jesús iba a ser ejecutado como engañador y criminal político, entonces todo el madero de la cruz se rompió bajo él. Pero cuando los necios vieron que ningún árbol podía

cargarlo, pensaron que eso ocurrió debido a su piedad. Pero era sólo la palabra mágica la que tenía poder sobre el madero. Entonces uno trajo un tallo de col y lo crucificó.

Tras la muerte, Jesús fue enterrado apresuradamente con Judas en el huerto. Sus sucesores dijeron más tarde que había ido al cielo.

Así es el núcleo del Toldoth, que en diversas versiones circuló entre todos los judíos. En Alemania fue escrito y narrado en lengua alemana, traducido más tarde al hebreo, por lo que se convirtió en un *popular libro en prosa* [Volksbuch]. Un manuscrito judío relata lo siguiente: "Este librito es tradición de hombre a hombre, que sólo se puede copiar por escrito, no poner en imprenta. No se debe leer en público ni delante de niñas y gente frívola, menos aún delante de cristianos que entiendan alemán...Lo he copiado de tres opúsculos que no proceden de una misma tierra, sino que concuerdan, sólo que lo he escrito en la lengua de los inteligentes (hebreo), pues nos ha elegido de entre todas las naciones y nos ha dado la lengua de los inteligentes. Añadiré algunas cosas, pues en la burla se puede ampliar algo el discurso..."

Al igual que en Alemania, el Toldoth también se difundió ampliamente en Polonia y en las tierras romances. Ya el obispo Agoberto de Lyon (siglo IX) lo conocía. Pero al igual que los Rabbaniten, también los Karäer, por lo demás sus peores enemigos, alimentaron la querida saga popular. En el odio contra la personalidad Jesús, todos los judíos estaban unidos, desde su aparición hasta nuestros días. Es falsa la respuesta que cabe esperar de los judaizantes [Judentzer (así se llamaba a los mecenas de los judíos en épocas anteriores) de que todo esto había sido antes, pero que hoy sin duda ha sido superado. Quien haya leído con cierta atención los periódicos y libros judíos podrá seguir claramente el odio a Cristo, este "rasgo nacional de la judería", hasta la época más reciente; pues la lucha contra su personalidad, llevada a cabo bajo diversos mantos, sigue siendo aún hoy la consigna de todos los judíos ortodoxos o "librepensadores". Pero para quien no haya explotado todavía la burbuja, debería dejarse explicar que los judíos llaman "perlas y joyas" a los citados pasajes del Talmud que predicán el odio más furibundo contra Cristo; que la denominación de "perro muerto" procede del Sohar reeditado en 1880, que los pasajes censurados fueron todos recopilados a finales del siglo XIX (!) y (especialmente en Alemania) fueron impresos y distribuidos entre los judíos. Pero para que los simpáticos cristianos y europeos no se agitaran innecesariamente, estas colecciones se imprimen casi sin excepción sin nombrar el lugar y no están disponibles en el comercio de libros.

El Toldothb es hoy también tan distribuido como antes. Según el testimonio del judío S. Krauss, los manuscritos del Toldoth "y todavía se encuentra en las manos de judíos simples" y judíos educados "todavía hoy escriben en Rusia etc.. (por lo tanto también en otras tierras) su tipo de Toldoth." Krauss descarta de una vez por todas la duda de que el Toldoth no se corresponda con las opiniones de los judíos. "Mis correligionarios", dice, "protestarán contra ello de que el Toldoth debe ser considerado como una interpretación auténtica de las opiniones judías; sólo que entonces también deberán protestar contra el Talmud". El odio de los judíos contra los cristianos, reprimido o no, es propiedad común de todo el pueblo judío. Ya es hora de que el conocimiento de esto penetre finalmente en los círculos más amplios, pues aquí se esconde la clave para la comprensión de la eficacia de los judíos. Los europeos deben darse cuenta de que hay cosas que duermen ocultas bajo un fino barniz de cultura cristiana. Si ésta se desprende una vez, entonces el mismo espíritu y el mismo carácter nos miran como el que hace casi dos mil años clavó al fundador del cristianismo en la cruz.

Desde muy pronto, los cristianos estaban bien informados sobre las declaraciones de los judíos, pero pasó mucho tiempo antes de que se censuraran en serio los escritos judíos. La confiscación y quema del Talmud no se produjo hasta principios del siglo XIII, a causa de las disputas entre los propios judíos. Los escritos de Maimónides habían puesto el pensamiento judío en la mayor agitación. Este "hombre más grande después de Moisés", como se le llamaba, coincidía con los talmudistas estrictos en que, en realidad, sólo los judíos eran seres humanos y resucitarían: la caridad de la lluvia es tanto para los buenos como para los malos, pero la resurrección es sólo para los justos judíos. También está totalmente de acuerdo en que se puede engañar a los infieles,

incluso comparte la opinión más estricta de que hay *que* hacerlo, y se une a Levi ben Gerson, que dice: "Este mandamiento, que uno debe practicar la usura con los extranjeros, es uno de los 248 mandamientos, que dios quiere que mantengamos, y de hecho para que no sólo prestemos dinero al extranjero en usura, sino que también debemos infligirle tanto daño como sea posible, y no somos libres de practicar la usura o no, sino que es un mandamiento de dios, porque los extranjeros sirven a dioses extranjeros." Maimónides también adopta el punto de vista de que hay que exterminar a los "epicúreos" y a otros infieles para reconducirlos a la única fe verdadera. Se ve, pues, que en lo esencial era totalmente fiel al Talmud. Pero aún así intenta abrirse paso a través de un terrible revoltijo de sofismas y reconducir todo el legado a unos pocos puntos principales. Este esfuerzo, como se ha dicho, desencadenó entonces una gran indignación. El judaísmo se dividió en dos partes, que se menospreciaron amargamente y se excomulgaron alternativamente. Con el fin de hacerse con el poder, los estrictos rabinaten se vuelven con la petición de ayuda a - la iglesia romana. Esta ayuda les fue concedida, pero les costó la mayor parte de sus seguidores. La convocatoria de los tribunales de la inquisición para dirimir las rencillas internas de la comunidad judía tuvo como primer resultado la quema de los escritos de Maimónides por los dominicos en Montpellier y París siempre tan ávidos de ello.

Tras esta primera intervención, pronto llegó también una segunda, y de nuevo la moción para ello procedía del lado judío. Un judío francés convertido al cristianismo, Nicolaus Donin, se levantó públicamente en el palacio papal de Roma contra las enseñanzas del Talmud que calumniaban al cristianismo. Gregorio IX promulgó entonces el primer edicto papal (1239), en el que ordenaba confiscar todos los ejemplares del Talmud. Los judíos pusieron cielo y tierra en movimiento para sabotear este edicto, pero fracasaron. El Papa Inocencio IV lo confirmó y ordenó en el edicto "*Impia Judearum perfida*" la quema del Talmud. Este edicto fue entonces ampliamente aplicado en España, Portugal, Roma y otras tierras. En París se quemaron 24 vagones.

Más tarde se emprendieron de nuevo persecuciones contra el Talmud por instigación de varios judíos conversos. Especialmente Salomo Romano, descendiente de un famoso gramático judío, desempeñó el papel de fiscal en la corte del Papa Julio III y señaló los pasajes del Talmud que calumniaban a Cristo y al cristianismo. En agosto de 1553 también se emitió una estricta orden papal para confiscar todos los libros judíos. En la medida en que uno podía hacerse con ellos, se quemaron entonces en septiembre de 1552 en Roma, otros más tarde en Ferrara, Mantua, etc.

Pero más tarde el Papa dio permiso para dejar a los judíos sus libros, sólo el Talmud tuvo que ser perseguido enérgicamente como antes.

Los tiempos posteriores demuestran que Roma tenía razón en principio en este caso y sólo en la práctica a menudo lamió las huellas. Desde la aparición de la imprenta, el mandamiento de la quema pasó cada vez más a un segundo plano y fue sustituido por la censura, mediante la cual los judíos se vieron obligados a suprimir todos los pasajes relativos a Cristo. Con el corazón encogido, los rabinos omitieron sus "picos y joyas", pero se ayudaron de la siguiente manera: en lugar de las observaciones que calumniaban a Cristo, se puso un símbolo en forma de círculo, sobre el cual (1631) se emitió el siguiente decreto rabínico: "Puesto que hemos sabido que muchos cristianos se han esforzado mucho en el aprendizaje de la lengua en que están escritos nuestros libros, os recalamos bajo pena de excomunicación que no publicuéis en ninguna de vuestras nuevas ediciones de la Mischna o de la Gemara nada sobre Jesús de Nazaret...Ordenamos que, si publicáis una nueva edición de estos libros, dejéis fuera de los pasajes referentes a Jesús de Nazaret y se rellene el espacio con un círculo. Los rabinos y maestros sabrán cómo se debe instruir verbalmente a la juventud. Entonces los cristianos ya no tendrán nada que mostrar contra nosotros sobre este tema, y podemos esperar la liberación de la opresión. Este escrito es interesante no sólo porque los rabinos eran muy conscientes de que parte de las persecuciones contra los judíos tenían su razón de ser en las calumnias contra Cristo, sino también porque demuestra que los judíos no tenían ni por un segundo la intención de abandonar esta calumnia contra Cristo.

Y la oración en la sinagoga que debía terminar con la petición por el bienestar del soberano de la tierra tenía la siguiente redacción: "En sus días y en los nuestros, Judá será redimida e Israel vivirá seguro y vendrá el salvador de Sión". Para lo cual Isaak Abrabanel da la siguiente explicación: "Toda la redención, de la que informan los israelitas, procederá con la caída de Edom (cristianismo)".

Hoy ya casi ha llegado tan lejos. Estos breves comentarios servirán en este caso para justificar la actuación de la Iglesia romana. Pero como no puedo resistirme a debatir brevemente el principio romano por encima de todo, quiero dejar aquí espacio para las siguientes observaciones.

Si Roma estaba justificada para prohibir a los extranjeros la difamación de la fe de los pueblos de acogida, entonces este acto apropiado no se derivaba tanto de la realización de esta justicia, más bien era sólo una expresión de una intolerancia que no toleraba nada aparte de la propia forma. No sólo los calumniadores del cristianismo fueron perseguidos, sino también los hombres fieles a él, pero que al mismo tiempo defendían el libre pensamiento y la investigación, fueron despiadadamente pisoteados, perseguidos por todas partes, apuñalados y quemados. Roger Bacon, Galileo, Bruno son ejemplos del tipo más claro. Un Copérnico dedica sus escritos en piedad al Papa, que prohíbe su obra, pone todos los libros que enseñaban el sistema solar heliocéntrico en el índice de escritos prohibidos, donde permanecieron hasta bien entrado el siglo XIX. Este rígido sistema romano, todavía en el año 1904, responde a los esfuerzos más tolerantes del clero católico con un recrudecimiento de la censura. Si fuera por deseo de Roma, todas las obras de ciencia arderían aún hoy en la pira. Eso es bastante coherente: si uno tiene toda la verdad en su poder, entonces todo lo demás es mentira y debe ser destruido. Sin duda, la mayor parte de nuestros católicos piensa de otro modo y asume su fe como símbolo, al igual que los creyentes de otras confesiones; pero eso no impide reconocer la validez de la observación anterior. De ahí que también pueda llegarse al extremo de que los preladados católico-alemanes "rechacen con indignación" el arte de un Goethe como "vil veneno". Si un consejero espiritual alemán tiene tan poca comprensión por la obra del más grande de todos los alemanes, entonces descubre con ello un abismo que sólo puede remontarse a la actuación de un espíritu totalmente ajeno.

Un historiador judío que se convirtió en abate católico convencido hace la acertada observación en su obra *"L'entrée des Israélites dans la société française"* (París 1880) de que los oritnetados antisemitas combatían simultáneamente el principio romano (de nuevo no tengo en mente la fe católica de los alemanes). Esta observación se basa en el sentimiento, sin embargo no expresado, de que en el fondo del espíritu de Roma y Jerusalén hay algo en común. Después del procedimiento, apenas necesito decir en qué reside este parentesco: es el espíritu de intolerancia fundamental adoptado de los semitas en detrimento de Europa. Ya Renan se ha referido a ello, Chamberlain lo ha elaborado claramente, así que lo señalo.

También observo que no sólo el abate mencionado, sino también otros judíos tenían este sentimiento, sí, incluso esta conciencia. El historiador judío Bloch, que quería culpar de buena gana de la intolerancia a los arios, aunque también sirve conscientemente a la vieja línea judía, da en el blanco, si con motivo de las rencillas antes descritas sobre los escritos de Maimónides y la petición de ayuda por parte de los judíos, dice lo siguiente: Entonces se olvidó cualquier otra disputa: monje y rabino caminaban fraternalmente del brazo - era para un hereje arder en honor del dios compartido". Pero no fue difícil para otros judíos también hacer plena justicia al principio romano. El simbolismo de la fe católica los dejó naturalmente de lado, pero la alegría en la persecución religiosa encontró su representación típica en los judíos concertados. Así fue todavía en la época del dominio godo en España bajo el rey Egika el estadista judío y arzobispo Julián de Toledo, quien promulgó en un concilio en esta ciudad los crueles decretos, según los cuales los hijos de padres judíos debían ser separados de ellos a la edad de siete años para poder educarlos únicamente en la fe cristiana. Que el decreto de confiscación de bienes decretado también en este concilio, como siempre, tenía razones distintas de las religiosas, debe añadirse aquí: Los judíos de España tenían un complot para asesinar al rey, esto fue descubierto y en consecuencia se ordenaron medidas estrictas.

El Gran Inquisidor de Córdoba, Lucero, en su época uno de los más temidos perseguidores de herejes, era judío. El historiador judío Kayserling lo retrata de la siguiente manera: "Ve en todos un hereje, un judío, un caballero, damas nobles, monjes y monjas, las personas más respetadas de todas las clases eran seleccionadas por él como víctimas del fuego. La crueldad de Lucero era legendaria en Roma".

Un ayudante de este hombre fue un tal Henriquez Nunez, quien, presentandose como hermano de los judios secretos, los denunció a todos y los condujo a los brazos de la inquisición. Trabajó después en las Islas Canarias y adquirió tal fama en el arte de la tortura que el rey de Portugal, por recomendación suya, lo llamó a su casa, donde también prestó servicios de espionaje.

Johann Pfefferkorn era también un judío, que en el siglo 16th trabajó para la destrucción de las escrituras judías y para la persecución de judíos; Margaritha era también un judío, que en 15630 compuso un tratado "la fe judía entera", él que llevó al campo contra la piedad hipócrita. Uno de los más fanáticos perseguidores de judíos fue Abner von Burgos, converso al cristianismo, el "campeón de los enemigos de los judíos en Castilien." Judíos fueron también los infames Pablo de Santa María, Josua Lorqui, Fray Vicente y, sobre todo, el mayor perseguidor de herejes de todos los tiempos, el Gran Inquisidor Torquemada.

En resumen, el interés por las torturas religiosas era sin duda muy grande. El judío sólo necesitaba volver sus principios talmúdicos con la punta contra sus hermanos de tribu y contra los herejes - y el Gran Inquisidor estaba acabado.

Que esto baste para ilustrar a mano de la quema de obras judías el espíritu que dominaba tanto a Roma como a los rabinos, y que no pocas veces hacía arder con fuerza el odio. Pero hay que subrayar, no obstante, que este impulso clerical-religioso no ha sido decisivo. Esto debe ilustrarse en la siguiente mano de hechos históricos, de modo que hemos reunido todo el material para intentar una síntesis del espíritu judío y del carácter judío.

Reseña histórica

Si uno aborda, sin el dogma desgastado de una sensibilidad húmeda, todo el complejo de los acontecimientos históricos relativos a los judíos y su relación con los otros pueblos, entonces uno ya podría determinar una cosa: si los resultados en el comportamiento de *todos los* pueblos hacia el *único* pueblo judío son los mismos, entonces esto, al menos en lo principal, sólo puede ser determinado por el carácter de este pueblo judío. Porque las individualidades de los persas, españoles o alemanes son los factores que varían en la historia con respecto a los judíos, la personalidad del judío, por otro lado, es el factor uniforme e inalterable, además incluso escalado a través de una estricta crianza racial.

Muchos historiadores, apartados del equilibrio histórico por las inhumanidades realmente ocurridas hacia los judíos, ven con demasiada facilidad en la condena puramente humana un juicio; hay que reconocer esta conmoción sentimental, que hace todo el honor al ser humano, pero pone al historiador por debajo, para poder comprender a través de los sentimientos la historia en sus necesidades más profundas. Si se ha hecho esto, y si se han utilizado principalmente retratos amistosos hacia los judíos, o al menos desde el principio de orientación antisemita, entonces aparece ante nuestros ojos una espiral en realidad sorprendentemente similar de la vida judía, del trabajo judío y del sufrimiento judío en todas las tierras del mundo. En todas partes los judíos son aceptados inicialmente sin ninguna reserva, en todas partes vemos cómo desde el principio se segregan intencionadamente tanto física como espiritualmente de la población nativa, en todas partes se esfuerzan celosamente por ganarse el favor de los gobernantes y, adelantándoles el dinero adquirido mediante el comercio y la usura para sus empresas, se aseguran su protección y por lo tanto adquieren para sí mismos privilegios de todo tipo. Entonces aparecen de nuevo los movimientos antijudíos, que al principio parpadean en unos pocos puntos y luego se extienden

por toda la tierra, descargándose con terrible furia. Los desencadenantes de estas persecuciones han sido diversos, ya fuera que un judío fuera sorprendido con dinero falso, ya fuera que un judío fuera acusado de calumniar al cristianismo, del robo de una cruz o algo similar. Pero si la observación histórica se fija en algún lugar en la estructura social para descubrir no los desencadenantes, sino las razones, del desencadenamiento de acontecimientos tumultuosos, esto es especialmente cierto en la observación de la cuestión judía de todas las tierras. En efecto, las condiciones políticas y culturales, pero sobre todo las clericales, han tenido importancia, a veces han pasado al primer plano, como en la época de la Inquisición, pero sólo forman los factores reconocibles; de la mano siempre han ido cuestiones de naturaleza económica y de carácter. De la misma manera que la cuestión judía es hoy en día, para muchos, de la mayor importancia, también se basa en la posición social de los judíos en el mundo actual. Con las inconmensurables riquezas de que disponen, sería posible dirigir la política del mundo y hacer que los estadistas de muchas tierras aparecieran como marionetas de la voluntad judía; no sería posible hundir el veneno de la superficialidad, de la discordia con su propia naturaleza en los corazones de los europeos y mantener el espíritu en un estado de ánimo favorable a la judería, si el oro todopoderoso, administrado sistemáticamente, no contratara a sus secuaces en todas las tierras. Pero tal como es hoy, donde el capital bancario opresor tiene a pueblos enteros en su interés, esa era la situación, aunque en menor escala, en España, en Francia, en Alemania y en muchos otros estados. El judío era en todas partes el dueño de los intereses de los gobernantes, del clero, del pueblo; y las persecuciones contra los judíos, que esto sea anticipado, es principalmente el intento emprendido una y otra vez para romper el yugo de la usura, tanto más cuanto que proviene de un invasor racialmente extraño, religiosa y moralmente hostil. El propio pueblo lo ha reconocido, y sólo allí donde su voz no fue escuchada, los sacerdotes utilizaron finalmente su agravamiento para sus fines y pusieron un sello puramente eclesiástico al odio.

Los charlatanes judíos y pro-judíos de nuestro tiempo hablan en tono elegante de las crueles persecuciones de los pobres e inocentes judíos. Pueden esgrimir este viejo argumento con mayor desparpajo porque saben muy bien que hoy en día, como mucho, una persona de cada mil conoce los detalles de las condiciones reales. Las persecuciones fueron crueles, si se adopta un punto de vista humano, pero no por ello menos necesarias. Pues la historia de los judíos, cuando tuvieron un efecto recíproco con la gente de occidente, no debe iniciarse con la inquisición, como suele ocurrir para echar arena en los ojos, sino desde el punto de vista de la inmigración judía, a través de la cual sólo se aprende a comprender cómo se había preparado el terreno para las persecuciones eclesiásticas.

Los judíos en Portugal

No se puede determinar con exactitud cuándo emigraron los judíos a Portugal, pero ya disponemos de algunos informes del siglo ^{XI} que permiten afirmar sin lugar a dudas que estaban en posesión de todos los derechos civiles, que podían adquirir bienes inmuebles y que, en varios casos, gozaban de privilegios especiales. Vemos, por tanto, que ya en aquella época no existía ningún tipo de desprecio por parte de los portugueses, o, en el caso de que, como extranjeros, tampoco fuesen vistos con buenos ojos, entonces no se les ponían dificultades en su vida y en sus tratos, más bien al contrario, pronto se les concedieron privilegios. Formaban un estado dentro del estado, tenían su propia jurisdicción, que, aunque diferente de las leyes del país, era reconocida por el gobierno. El rabino jefe era al mismo tiempo funcionario de la corona y gozaba siempre de influencia en la corte, tenía poderes de juez sobre todas las comunidades judías, consolidaba en sus manos poder de oficio y poder de castigo, lo que por lo demás sólo era cierto para el derecho soberano del propio rey.

En una contienda legal entre un judío y un cristiano, en caso de que el judío fuera el demandado, sólo podía ser llevado a juicio por su rabino; el cristiano tenía que acudir al foro del demandado. En ningún caso los jueces cristianos podían intervenir en las disputas entre judío y judío, y ningún judío podía presentar una demanda en un tribunal provincial contra su camarada de tribu. Las prácticas religiosas judías se respetaban estrictamente, el judío no podía ser citado a una sesión judicial en sábado ni en sus días festivos, pues, como está escrito en uno de los decretos del rey Alfons (1248-79) "Puesto que ellos (los judíos) están obligados por su religión a celebrar el Sabbath, nadie debe hacerlos convocar ante un tribunal en este día". Como, aparte de esto, los judíos fueron liberados de diversas cargas fiscales, que la población nativa tenía que soportar, se llegó a la conclusión de que, como extranjeros, no sólo gozaban de igualdad de derechos en la tierra, sino que formaban un segmento privilegiado de la población.

Los judíos habían conseguido grandes riquezas gracias al comercio de esclavos y a los negocios monetarios, que inmediatamente utilizaron para prestar su dinero a la gente necesitada del campo y de la ciudad con altos intereses. Alfonso III, que generosamente les había concedido todas las libertades, recibió de muchos lugares del Reich quejas sobre una usura sin precedentes, y el rey se vio obligado a dictar leyes contra ella. Como estos decretos dieron poco fruto, el siguiente rey, Don Diniz (1279) intentó disuadir a los judíos del negocio de la usura, para obligarles mediante leyes al trabajo agrícola y al asentamiento. Dictó la orden a los judíos de *Braganzas* de que tenían que comprar anualmente una cierta suma de casas, viñas y tierras de cultivo sin tener derecho a revenderlas. Cada judío recién llegado debía contribuir con su parte a la suma de la compra. Pero al mismo tiempo se reafirmaron en esta ocasión todos los derechos de los judíos y se prohibió terminantemente cualquier intervención en su contra y cualquier desprecio hacia ellos. Este deseo de convertir a los judíos en campesinos y burgueses trabajadores fracasó por completo, ya que el Gran Rabino y Ministro de Finanzas Don Juda (que, según Graetz, era tan rico que podía adelantar dinero para la compra de ciudades enteras) y los demás peces gordos de Israel pudieron fácilmente frustrar poco a poco la ejecución del decreto nombrado. La riqueza de los judíos y, por tanto, su usura se multiplicaron, poseían los palacios más bellos de Lisboa, dirigían los negocios financieros del rey y consiguieron que pobres y ricos entraran en una relación de dependencia económica respecto a ellos. Cuando todas las peticiones de ayuda a los reyes no dieron fruto, se envió una queja al Papa en 1309, en la que la indignación encontraba expresión en que los gobernantes se rodeaban de estadistas judíos, que no había negocio que no pasara por las manos de los judíos, que incluso los obispos en los monasterios eran cautivos de los judíos. "Los judíos se vuelven orgullosos y se levantan", dice además, "adornan sus corceles con tupés y se dedican a un lujo que tiene un efecto desventajoso para los habitantes de la tierra".

El descontento popular creció tanto que Alfonso IV (1325-57) prohibió terminantemente a los judíos pasear por las calles con cadenas de oro y plata y adornar sus corceles con joyas, algo que ya se había prohibido a los cristianos. Cada vez nuevas quejas arrancaron al rey un decreto contra la usura (1353), en el que se decretaba que nadie podía ser obligado a pagar más del 33 1/3% de interés. Este decreto, que fue sentido por los judíos como una restricción sin precedentes de su libertad, hizo que muchos de ellos emigraran, señal de que todos tenían la esperanza de no ser sometidos a una violación tan horrible en otras tierras. Pero como con ellos se habían ido riquezas inconmensurables, Alfonso decidió, en interés de la tierra, recaudar para el Estado una gran parte de las riquezas de los judíos que quisieran emigrar. Esta ley le marcó a los ojos de los judíos como uno de los más terribles opresores de la judería.

El nombrado edicto contra la usura no parece haber sido muy temido, pues cuando los príncipes y dignatarios de la Dieta Imperial se reunieron en 1361, volvieron a sonar con fuerza las quejas sobre la actividad comercial judía que arruinaba toda la tierra. ¡Pero eso no sirvió de nada, más bien al contrario, los judíos consiguieron que a través del rey de entonces, Pedro I., el "ejemplo de justicia", como lo llama un historiador judío, se levantara todas las penas por usura y se concediera a los judíos el privilegio sin precedentes de hacer ilusorias todas las objeciones de un cristiano contra un trato jurado por ellos como honestamente concluido! Este "alivio"

[Kayserling] aumentó inmensamente la influencia de los judíos. Eran tesoreros del rey, recaudadores del arancel en Lisboa, de hecho los más altos funcionarios del país. En 1383 se produjo un levantamiento popular de los bichos, y sólo gracias a los esfuerzos del popular regente imperial y más tarde rey, Joao, fue posible salvar a los judíos de un sangriento castigo. Cabe destacar ahora su comportamiento hacia su salvador. Cuando Joao necesitó dinero para la guerra contra Castilla, los lisboetas le regalaron 1.000.000 de ducados, ¡pero los judíos 70 marcos en plata y 6.000 mercenarios como préstamo!

Así que los judíos seguían siendo los amos de la tierra, mantenían caballos con arneses de plata, ocupaban los cargos más importantes, cobraban la décima parte de iglesias y claustros, sí, eran lo bastante impertinentes como para hacerlo incluso durante la misa mayor. Un rey posterior recriminó a un judío de confianza por sus camaradas de tribu; comportamiento provocador, ya que el pueblo debía ser de la opinión de que los judíos que paseaban oro y joyas habían conseguido este lujo gracias a los robos que habían cometido contra los cristianos. "No deseo, sin embargo", les dijo, "que me respondáis, pues sé muy bien que sólo el pillaje y la muerte os mejorarán, luego os arrepentiréis de vuestros actos".

Una nueva revuelta (1449) estallada en ausencia del rey contra los judíos fue de nuevo reprimida, pero la cólera del pueblo portugués ya había escalado tanto que incluso se sublevó contra el rey y de nuevo sólo pudo ser dominada mediante una intervención despiadada. Y así siguieron las cosas durante otro medio siglo. Una y otra vez, los representantes del folklore exigen que no se dé a los judíos el arrendamiento de los impuestos eclesiásticos, que en las disputas entre judíos y cristianos intervenga el juez cristiano, que se intervenga contra los sermones en las sinagogas que calumnian a los cristianos, pero todo sin éxito. Entonces puede ser cierto que, como se dice, "el odio ardiente del pueblo portugués contra la raza judía ya no tenía límites y ahora ardía en llamas abiertas".

Con motivo de un enfrentamiento entre judíos y cristianos, la ira reprimida durante tanto tiempo estalló de forma devastadora a principios del siglo XVI. La persecución de los judíos comenzó en Évora y luego se extendió por todo Portugal. Naturalmente, adquirió la mayor magnitud en Lisboa. Primero se buscó asegurar al judío más rico, el recaudador de impuestos Joao Maskarenhas, causante de las leyes más duras contra el pueblo. Creyó incluso ahora que podía comportarse como el amo, se atrincheró en su palacio y maldijo desde un balcón a la multitud. Finalmente, uno de ellos le sorprendió huyendo por los tejados y le golpeó mortalmente. En el transcurso de 48 horas, según algunos historiadores 2000, según otros 4000, judíos fueron asesinados. El castigo para los residentes por ello se llevó a cabo con toda severidad, muchos desterrados y 50 personas ejecutadas.

Pero no había pasado mucho tiempo y los judíos, ya con las riendas en la mano, consiguieron asegurarse el monopolio de la venta de grano de modo que, a través de la especulación sistemática, el pueblo volvió a verse en la antigua situación. Pero la cólera de los portugueses recibió ahora un gran refuerzo en forma de tribunales inquisitoriales, y a partir de ahora vemos la persecución de los judíos bajo el signo del fanatismo religioso. Sin embargo, esto es sólo el lado exterior, ya que todos los bautismos forzados y las torturas no resolvieron la cuestión judía, el carácter siempre siguió siendo el mismo. Se iniciaron mayores persecuciones, incluso la expulsión sistemática de la tierra, y a menudo se procedió con gran severidad. El tribunal de la inquisición constituirá siempre uno de los capítulos más oscuros y un ejemplo, probablemente no defendido por ningún ser humano, de hacia dónde debe conducir el principio judeo-romano en su pureza, abandonado a sí mismo. No obstante, para tener una perspectiva correcta de los hechos, después de todo conocidos, hay que subrayar que la Inquisición no se dirigió sólo contra los judíos, sino principalmente contra los albigenses, valdenses y protestantes. Estos fueron perseguidos no menos horriblemente por Roma, sí, normalmente peor que los judíos. Mientras que los Papas a menudo los tomaban bajo su protección, sí, incluso los llamaban "súbditos leales", aquellos herejes eran entregados sin piedad al doloroso tribunal.

Pero el tiempo de la persecución de los judíos pasó, la proclamación de los derechos humanos introdujo una nueva era para los judíos de todo el mundo y también para los judíos secretos y bautizados de Portugal; hoy florece allí una rica comunidad que forma una bonita rama en el árbol del Estado mundial judío.

Los judíos en Francia

Si Portugal era un Estado pequeño, en el que las condiciones del centro y de las provincias no eran particularmente diferentes entre sí, Francia era una tierra extensa con una población de carácter diverso, que no debía ser gobernada fácilmente desde un centro. En consecuencia, el destino de los judíos también es diverso, correspondiendo siempre a la fuerza de los reyes franceses. Pero sin embargo vemos, pronto antes, pronto después, en todas partes el mismo resultado: el odio recíproco y la persecución de los judíos. Cuándo llegaron los judíos a Francia, es discutido. Las primeras noticias escritas datan de principios ^{del} siglo VI y nos muestran que ya entonces los judíos vivían dispersos por todo el país. Como demuestran los primeros documentos, la relación entre judíos y cristianos era totalmente pacífica; los judíos podían practicar sus prácticas y actividades sin impedimentos, recibían y devolvían las visitas de los habitantes del país, eran aceptados en la milicia y el ejército municipales, en resumen, gozaban de todos los derechos civiles. Pero pronto llegaron las fricciones. Si uno evoca a la memoria con qué multitud de leyes dietéticas y de costumbres llegaron los judíos rodeados a la tierra, las cuales, para proteger a los elegidos contra la mezcla y la contaminación con los paganos, apuntaban su punto contra todos los no judíos; si uno recuerda que el odio contra Cristo y los cristianos era una característica inamovible de los inmigrantes, que a pesar del secreto todavía tenía que golpear hacia fuera, entonces uno será capaz de entender muy bien las quejas de la población nativa, si afirman una falta de respeto habla de la negativa de pan y vino cristiano, que la arrogancia a menudo llega a la expresión no disimulada en las declaraciones sobre el cristianismo. A esto se añade que los judíos, como exige su ley, obligaban a todos los esclavos cristianos a seguir los actos ceremoniales judíos y los circuncidaban por la fuerza, lo que se convirtió en una queja permanente en todas las tierras. Se aprovechaban de su poder sobre los esclavos, de modo que a menudo éstos tenían que buscar protección en las iglesias contra los abusos.

Por lo tanto, no es de extrañar, sobre todo si se tiene en cuenta el carácter de Roma, que los concilios eclesiásticos se opusieron rotundamente a la tolerancia de los habitantes de la tierra, prohibieran las visitas recíprocas de judíos y cristianos, prohibieran los matrimonios mixtos bajo pena de excomunión, emitieran decretos que debían impedir que los judíos obligaran a sus esclavos a realizar actos que violaran su fe cristiana y que los judíos ocuparan puestos de juez sobre los cristianos. A estos conflictos se añadieron ahora otros acontecimientos, que tuvieron que socavar la buena relación que, a pesar de todo, seguía existiendo entre judíos y cristianos, que incluso los prelados seguían manteniendo en contra de los decretos conciliares.

Cuando, por ejemplo, Arlés fue asediada con éxito por los borgoñones, y éstos resistieron el asalto sólo con esfuerzo, una noche un judío tuvo que montar guardia en la muralla de la ciudad. Con el fin de obtener un trato benévolo para él y sus hermanos de raza, lanzó un billete pesado como una piedra en dirección a los sitiadores, con la súplica de que se acercaran a la muralla con escaleras de asalto a una hora determinada. Entonces les prometió que les dejaría entrar en la ciudad con una condición, si le perdonaban la vida a él y a sus compañeros de tribu. Pero esta nota no voló lo suficientemente lejos y fue encontrada al día siguiente por uno de los soldados de la guarnición. Naturalmente, esto causó un gran revuelo en la ciudad, el judío fue entregado al tribunal y condenado a muerte. Los demás insistieron en que eran inocentes de la traición y tuvieron idea de atentar. No se sabe nada de su destino, aunque P. Daniel dice que se estuvo a

punto de iniciar una persecución contra los judíos, pero finalmente se contentó con negarles el servicio de centinelas. Si eso es verdad, no se puede probar.

Otro incidente causó igualmente un gran revuelo. Cuando un judío de Clermont quiso bautizarse en 576 y, como era habitual, acudió a la iglesia bautismal vestido de blanco, otro le derramó aceite. Sólo se debió a la aparición del obispo que el agresor no muriera apaleado por la gente amargada. Pero no se dejó negar destrozando más tarde la sinagoga.

Estos y muchos otros hechos no desmentidos y transmitidos demuestran que no sólo el clero tiene la culpa, si en casos similares los judíos fueron deportados de muchas diócesis o, según la práctica de entonces, tuvieron que dejarse bautizar. Que la religión es sólo la expresión de un sentimiento nacional y que éste no se cambia con un bautismo, los monjes de entonces no lo sabían, y cómo iban a saberlo, cuando aún hoy en día hay gente que ya considera suficiente el bautismo para convertir a un judío en europeo.

Los judíos fueron ahora apartados de todos los cargos y puestos estatales, y finalmente desterrados de Francia, pero volvieron de nuevo tras el declive del poder de los merovingios. Carlos el Grande [también conocido como Carlomagno], pero sobre todo Luis el Piadoso, favorecieron a los judíos en todas partes, por lo que las acciones sin escrúpulos de los judíos y la usura pronto se establecieron completamente desenfrenadas en todas las tierras de Francia. En poco tiempo los vemos en el disfrute de grandes riquezas, altos cargos y un poderoso seguimiento en la corte dominada a través de su dinero. La mitad de París pronto les es hipotecada y les pertenece como propiedad, los deudores en bancarrota son mantenidos cautivos o trabajan como esclavos para sus acreedores judíos.

El poder y la falta de escrúpulos de los judíos se nos muestra con especial claridad en los anales de Lyon. Lyon, por su afortunada ubicación, había sido una ciudad de animado comercio ya desde la época romana: a través de César, Augusto, Trajano se elevó a una importancia cada vez mayor, y cuando la capital del imperio se trasladó bajo Constantino al Bósforo, no perdió su importancia. Era un lugar de comercio de materiales de seda, esencias, joyas de la India, jarrones, artículos de oro y plata y alabastro de Persia. Se vendían en el foro de Lyon leones y tigres de Asia, panteras y aves de África, esculturas de bronce de Corinto y Atenas, en resumen, objetos de comercio y rarezas de todo el mundo. Cuando Roma se disolvió y los pueblos del norte irrumpieron derribándolo todo ante ellos, esta ola pasó por encima de Lyon y destruyó la vida de paz de los mercaderes. Después de que el sur de Francia volviera a ser inundado, esta vez por los árabes, la ciudad se recuperó por primera vez en el siglo VIII. Romanos, borgoñones, godos y, sobre todo, muchos judíos expulsados por los musulmanes se trasladaron a Lyon. Gracias a un hábil comercio, sobre todo de esclavos, consiguieron grandes riquezas, de modo que Lyon se convirtió pronto en la "nueva Jerusalén". Los judíos robaban cristianos en la ciudad y sus alrededores y los vendían a sus hermanos religiosos de España e Italia. Y como los moros de la península Ibérica tenían necesidad de eunucos, también los fabricaban y suministraban. Como estaban bajo la protección de los funcionarios, que preferían tener a los judíos ricos como amigos que como enemigos, pronto se comportaron de forma provocativa y altanera con los habitantes. Pero los cristianos seguían comportándose servicialmente con los descendientes de Abraham, respetaban más el sábado que el domingo, iban a visitarlos, comían con ellos incluso durante la semana anterior a Pascua, escuchaban los sermones de los rabinos, etc. Esta exagerada amabilidad hacia los extranjeros, que de paso cumplían estricta y rígidamente sus observancias religiosas y mandamientos morales, sin preocuparse lo más mínimo por los de los habitantes de la tierra, despertó un sentimiento hostil entre muchos católicos, pero concretamente entre los prelados. Siendo Agoberto obispo de Lyon, decidió poner fin a esta familiaridad unilateral y sin tacto, prohibió a los cristianos traficar con los judíos, les prohibió venderles esclavos y hacer servicio por los judíos. También promulgó una ley que prohibía la compra de carne y vino a los judíos, ya que los cristianos sólo compraban las mercancías que consideraban de algún modo contaminadas. Este último decreto alborotó especialmente a los judíos, que se dirigieron a París y desde allí se envió a dos comisarios para que investigaran el asunto. Los judíos los recibieron en

Lyon con fastuosos alojamientos y oro para que se confirmaran sus "libertades" y pudieran obtener además otras nuevas. A los judíos se les permitía vender todas sus mercancías a los cristianos, estaban sujetos a castigos corporales sólo si su ley lo ordenaba, se les libraba de los juicios de Dios con fuego y agua; tenían derecho a importar esclavos de tierras extranjeras y a comerciar con ellos en Francia, y a poder celebrar su Sabbat según la ley, pero para no perder nada en el comercio, el día de mercado se trasladó del sábado al domingo.

La arrogancia de los judíos se hinchó enormemente con este éxito, entre los cristianos estos privilegios sin precedentes despertaron naturalmente la mayor indignación, que se expresó en manifestaciones indignadas, pero que sólo tuvieron como resultado la captura de sus líderes, tras lo cual muchos se escondieron o tuvieron que huir de la ciudad. Se jactaban abiertamente de gozar de la protección del rey, que los honraba gracias a sus patriarcas, que siempre les concedía audiencia; hacían alarde de que prestigiosos personajes de la corte recomendaban su escolta y reconocían que judíos y cristianos tenían un solo legislador, a saber, Moisés.

Agoberto, que no podía creer que los edictos mencionados hubieran sido promulgados después de un examen minucioso de los hechos, le escribió una carta en la que se quejaba de los comisarios de parcialidad, dejaba claro al rey que no podía haber amistad entre judíos y cristianos, que blasfemaban del nombre de Jesucristo, hablaban de los cristianos sólo con desprecio como de los nazarenos y por egoísmo se negaban a asociarse con los enemigos. Informó además al rey de los casos verificados de trata de blancas y de tráfico de esclavos a países extranjeros. Esta carta no causó ninguna impresión en la corte, por lo que Agoberto envió una segunda con un contenido similar que, sin embargo, fue igual de infructuosa. Indignado, viajó él mismo a París, donde se le sugirió muy fríamente que volviera a casa.

Pero el asunto no terminó ahí. Pues cuando al cabo de algún tiempo algunos esclavos extranjeros pertenecientes a judíos se presentaron ante el obispo para hacerse bautizar, éste no se atrevió a hacerlo de inmediato debido a todas las malas experiencias. Ofreció a los judíos el rescate canónicamente establecido, pero se limitaron a reírse de él; se dirigió con la petición de apoyo a varios prelados cercanos a la corte; sin éxito. Muy al contrario, a través del comisario para asuntos judíos, que no existía para otra cosa que para velar por la incontestabilidad de sus privilegios, habían puesto en juego su influencia, y apareció un nuevo decreto real con la prohibición expresa de bautizar a los esclavos judíos sin permiso de sus dueños.

Agoberto se dirigió ahora al capellán de la corte y le pidió que utilizara su influencia y lograra la derogación de este decreto, que se burlaba de todas las leyes eclesiásticas. Se defendió del reproche de querer quitar a los judíos sus esclavos y obligar a la conversión, pero aún así tuvo que exigir que el bautismo no pudiera ser simplemente saboteado por parte judía. Este paso fue en vano y un rechazo por parte del gobierno el resultado.

Uno puede imaginarse cómo se sintió el hombre cuando vio fracasar miserablemente todos los intentos de proteger los derechos de los habitantes de la tierra y de la iglesia de la tierra frente a los extranjeros y a los propietarios de palacios judíos que se comportaban de forma cada vez más provocativa. No es de extrañar, pues, que se desahogara en una carta al arzobispo de Narbona, le relatará las intrigas de la corte y las insoportables condiciones de su diócesis derivadas del comercio judío y del poder del dinero y al final maldijera de corazón a los judíos: "Todos los que viven bajo la ley de Moisés están vestidos de bajeza como con un abrigo; la bajeza entra en sus huesos y ropas como el agua y el aceite fluyen en el cuerpo humano. Los judíos son maldecidos en la ciudad y en el campo, al principio y al final de su vida: malditos los rebaños de los judíos, la carne que comen, sus viñas, sus acciones y sus almacenes."

Añado estas palabras porque un historiador judío del siglo XIX las utiliza para proclamar hipócritamente: "Así es la moderación de uno de los obispos más doctos de su siglo. Uno entonces todavía se atreve a reprender a algunos rabinos por haber hablado mal de los cristianos." No se sabe en qué lectores especula Bédarride, ya que el odio contra Cristo y el cristianismo, este "rasgo más nacional de la antigüedad", ya tenía entonces más de 800 años, estaba inequívocamente recogido en los textos sagrados de los rabinos, ya hacía siglos que se predicaba

desde el altar y se pronunciaba en una formulación específica de maldición, se expresaba en la conversación sobre los "nazarenos", en las leyes morales judías, etc... Ciertamente, Bédarride trata con ligereza el asunto del obispo Agobert, encuentra totalmente correctos los privilegios de los judíos "superiores en todos los sentidos" a los cristianos y pone cara de sorpresa de que el obispo de Lyon sea de otra opinión. La impertinencia desarmante y, de paso, ingenua del judío vuelve a hacer acto de presencia también aquí.

Pero que ya en el siglo IX se estaba algo informado de los secretos judíos lo demuestra una carta del obispo de Lyon nombrada después de la muerte de Agoberto, en la que retoma el asunto. En esta carta le pide al arzobispo de Reims que se presente en la corte para poner a los judíos bajo la misma ley estatal que todos los demás ciudadanos, tanto más cuanto que son extranjeros y tratan a los cristianos con desprecio, llamaron apóstoles a los apóstoles, se burlaron de la palabra evangelios tergiversándola, dieron títulos al culto cristiano como adoración de ídolos y a Cristo mismo como hijo de una puta, proveniente del adulterio de María con un pagano. Que son estos reproches existen con razón, hoy en día ya no necesita ser justificada, El juego de palabras con *gosels* también es de hecho significaba algo diferente que el obispo pensó, pero no obstante cierto. Para el humor judío y convirtió Evangelion (mensaje de redención) en *avon-gillajon* (texto pecaminoso), similar a *beth-galja* (sitio radiante) - *beth-karja* (pocilga).

Luis había muerto y Carlos el Calvo había ocupado su lugar, un gobernante igualmente inclinado favorablemente hacia los judíos. No obstante, la nueva queja debió tener como resultado una limitación de las "libertades" judías, al menos sobre el papel. Se desconocen más detalles, sólo que los judíos debían pagar 1/10th, los cristianos 1/11th, de sus ingresos.

He tratado todo el asunto de los obispos de Lyon con más detalle de lo que el espacio disponible me hubiera permitido, porque me parecía importante seguir más de cerca un caso individual. Sólo así se obtiene una visión real de las condiciones e intrigas jurídicas; sólo así se logra también la capacidad de echar una mirada tras el telón de las disputas menos claras, pues las fuerzas que una vez se despejan claramente también están activas la otra, sólo que más ocultas.

A partir del ejemplo detallado vemos ahora en acción dos motivos principales de la Edad Media: las condiciones financieras y el fanatismo religioso. Del lado de los judíos, vemos un enorme dinero adquirido a través del comercio y la usura, que en todas partes, donde fuera necesario, contrataba y organizaba para sus fines a ayudantes, emparejado con rígidos principios religiosos y un desprecio sin límites por todo lo no judío. Del lado de los cristianos, vemos una resistencia cordial contra el sometimiento bajo los privilegios judíos, que va de la mano con un celo religioso igualmente fanático, al menos después de un conocimiento más cercano de los judíos. Normalmente triunfa el oro, y los judíos se vuelven aún más provocadores tras cada éxito. En consecuencia, el odio de la población aumenta aún más, hasta que sólo hace falta una gota, en forma de un acontecimiento real o de un simple rumor, para que la olla empiece a hervir y se desate la persecución más feroz contra los judíos.

El historiador alemán J. Schudt (1718) adjuntó al final del asunto del obispo Agoberto de Lyon el siguiente comentario sereno y válido para todos los tiempos, concretamente para el nuestro: "Uno ve que, como dice el refrán, siempre se representa la misma comedia en el escenario de este mundo, sólo que con el tiempo aparecen personas diferentes; ya hace más de 800 años, el dinero judío tenía un poder tan grande; todavía lo tiene hoy; de ahí que haya tantos mecenas de judíos por todas partes, entre grandes y pequeños; uno les honra, habla bien de ellos, a menudo les da preferencia sobre los cristianos y antes encuentra un oído comprensivo."

Tras muchos tipos de agitación adicional debido a la cuestión judía, la dominación extranjera en Lyon llegó a su fin con horror a principios del siglo XIV: en el año 1310 los judíos fueron despojados a la fuerza por los indignados de todos sus bienes inmóviles y expulsados de la ciudad. Huyeron a las ciudades vecinas, encontraron protección en Trevour, Chatillon y Dombes, pero también allí continuaron con sus viejas prácticas, de modo que ya al cabo de unas décadas la situación se configuró de forma similar a la de Lyon - y también terminó igual: en 1429 fueron expulsados también de estos refugios.

Cuando en el siglo ^{XI} una ola histórica comenzó a recorrer Europa y las cruzadas surgieron de la mezcla de la lista de robos y aventuras, el éxtasis religioso y el odio contra los cielos, es comprensible que este movimiento no pudiera quedar sin influencia en el destino de los judíos. Pues aparte de los predicadores ambulantes, que presentaban la conquista de la tierra santa como un deber de cristiandad e incitaban al fanatismo religioso hasta el punto de ebullición, mucha gente les seguía la corriente por no tener nada que perder en la patria. Y ahora, cuando se desgarraron los lazos que en tiempos de calma rodeaban al Estado aparentemente indisoluble, vemos aparecer desenfrenadas las pasiones reprimidas de sacerdotes y deudores. A cada salida se predicaban y seguían persecuciones descaradas contra los judíos, se perseguía a los judíos de ciudad en ciudad, de casa en casa, se los saqueaba y asesinaba. Si uno lee los capítulos sobre la agitación contra los judíos de estos días, entonces ningún pensador humano puede hacerlo sin estremecerse, y tendrá que avergonzarse de encontrar tales páginas en la historia de Europa. Pero si luego se retrocede para no excusar este terror, sino para comprenderlo, entonces se verá igualmente con estremecimiento que, en los centros de Francia, Alemania y otras tierras, se sentaron durante siglos parásitos que practicaban la usura con la energía del trabajo y con la médula del pueblo que los albergaba. Si una nube se descargó de repente, entonces uno se queda aterrorizado ante las víctimas de la catástrofe, pero no hay que pasar por alto que representaba una consecuencia necesaria de una energía popular reprimida, pero aún no paralizada.

Pero incluso durante las propias cruzadas, los judíos, a pesar de todas las persecuciones, habían seguido siendo gente rica. En París, los burgueses y campesinos estaban muy endeudados con ellos y, debido a los intereses, tenían que trabajar en las más duras tareas directa o indirectamente al servicio de los judíos. Los caballeros habían hipotecado en gran parte sus bienes a los judíos con el fin de disponer de dinero para las cruzadas, sí, un historiador (Paul Emile) afirma que fue la necesidad de dinero para este fin lo que hizo que la nobleza volviera a llamar a los judíos perseguidos.

El abad de Cluny retrata la situación en 1146 en una carta a Luis VII, en la que protesta contra la persecución de los judíos, de la siguiente manera: "...¿qué castigo para el pueblo infame (los judíos) es más justo, que confiscarles lo que han ganado mediante la estafa, lo que han robado? No han llenado sus graneros de frutos ni sus baúles de oro y plata mediante la dedicación al trabajo agrícola u otra actividad honorable. Se embolsan lo que han arrebatado deshonestamente a los cristianos y adquieren para sí a precios ridículamente bajos las cosas más bonitas, que compran a los ladrones. Si un ladrón roba un artefacto sagrado, luego va con él a un judío y vende el objeto robado. Una antigua pero despreciable ley los promueve en este escandaloso comercio. Según ella, el judío que encuentra un objeto robado no está obligado a devolverlo, es más, ni siquiera a nombrar al ladrón. Su crimen por lo tanto permanece impune; y lo que es castigable para el último camarada del ladrón de un cristiano, enriquece a un judío. Hay que quitarle las riquezas conseguidas mediante la falsedad; el ejército cristiano que, para derrotar a los sarracenos, sacrifica sus tierras ganadas y su dinero, no debe escatimar los tesoros de los judíos."

Los judíos gozaban de la misma prosperidad y propiedades bajo Philipp-August, y el rey, como todos los gobernantes, no tenía una inclinación hostil hacia ellos. Estando una vez en Saint Germain en Laye, recibió la noticia de que un cristiano de Bray había sido entregado a los judíos para ser juzgado debido a un robo cometido por un judío, que le habían atado las manos a la espalda, coronado la cabeza con espinas, arrastrado por las calles y finalmente ahorcado. Esto hizo que el rey quemara a más de 80 judíos.

El sentimiento popular hacia los judíos, sin embargo, estaba tan enconado que Philipp-August se vio obligado a ceder a la insistencia de confiscar muchos de los bienes de los judíos y desterrarlos del país, lo que, sin embargo, no se llevó a cabo estrictamente. "Este año", escribe el historiador Rigord, "merece convertirse en un año de júbilo, porque, gracias a las medidas del rey, los cristianos han recuperado para siempre su libertad [antes] subyugada por los judíos."

Desde 1181, sin embargo, los judíos han sido expulsados definitivamente de muchas ciudades, aunque también se quedaron en muchas: fuera de Rouen, Etampes entre otras.

Los siglos XIII y siguientes fueron para los judíos franceses, a pesar de sus repetidas deportaciones, una época de riqueza y poder, que no han vuelto a alcanzar hasta el siglo XX.

Las condiciones de los judíos fueron muy diferentes en las distintas partes de Francia; fueron los más tolerados en el sur, donde los Aligenser, por oposición al principio de la Iglesia católica, trataron a los judíos con mucha liberalidad, razón por la cual pudieron reunir aquí tranquilamente inmensas riquezas, hasta que les llegó también el amargo final, algo más tarde que en el resto de Francia.

Examinemos primero la situación en el centro de Francia. Empobrecidos por las turbulencias de la guerra y las cruzadas y necesitados de dinero como estaban los habitantes, los judíos se vieron en la afortunada situación de fijar la base de los intereses cada vez más alta. El resultado fue que el alivio temporal se convirtió en su contrario a través del dinero prestado. El pueblo se vio despojado de todos los medios en metálico, que se acumulaban cada vez más en manos de los judíos. En deuda estaban duques, condes, barones y obispos, pero sobre todo el pueblo bajo, y la situación se volvía más desesperada de día en día sin que los judíos, en su voracidad pensarán en abstenerse de la usura excesiva. Habían incluso casi tolerado el abandono del comercio, no visitaban las ferias para vender su propio producto como los italianos, flamencos y otras gentes que viajaban allí, ni siquiera para dedicarse a negocios de intermediarios, más bien sólo para prestar dinero contra interés a los mercaderes. Ni siquiera trataban de adquirir para sí mismos privilegios comerciales, sino sólo el permiso para obtener un tipo de interés cada vez más alto. Pero allí donde los judíos se dedicaban a un pequeño comercio aislado, las autoridades siempre se veían obligadas de nuevo a poner énfasis en el comercio con guerras vírgenes, ya que los descendientes de Abraham sólo buscaban la estafa en el proceso.

Durante un largo período los judíos tuvieron la más plena oportunidad de dedicarse a un oficio regulado, a la artesanía o a la agricultura, pero no pensaron en ello. Luis IX quiso incluso obligarles por edicto a ganarse el pan con el trabajo de sus manos, esfuerzo inútil. La base de interés se fijó en el 40%, pero naturalmente no se mantuvo, los judíos se las ingeniaron para burlar todas las regulaciones que iban en esa dirección. De hecho, no exigían más del 40%, sino que hacían emitir pagarés de deuda por una suma muy superior a la que realmente prestaban. Esto también se prohibió de la manera más estricta. En vano. Para proteger a los más pobres, se prohibió entonces a los judíos prestar dinero a los obreros a cambio de intereses, pero precisamente ellos eran los más necesitados. En los archivos de París hay, entre otras cosas, un manuscrito de tres metros de largo con las inscripciones de las personas que presentaron quejas contra las prácticas ilegales de los judíos prestamistas. Sin duda, ¡un documento muy característico! Las leyes para la protección de la población expoliada bajo Luis VIII, Luis IX, no dieron resultado; los habitantes del país, incapaces de pagar sus deudas, vendían propiedades y bienes y a menudo eran encarcelados por sus acreedores. Finalmente, los judíos fueron expulsados del país por Felipe el Hermoso (1306).

Pero la cuestión judía no se resolvió así. Los bienes inmuebles de los judíos fueron efectivamente confiscados, pero a los deudores se les concedió un plazo de 20 años para el pago. Como los judíos, aunque ya no vivían en Francia, estaban siempre al corriente de todo lo que allí ocurría, ofrecieron su ayuda, cuando se enteraron de que se iba a determinar la suma total de la deuda contraída con ellos. Esto fue aceptado; aprovecharon inmediatamente su estancia para sobornar a los funcionarios franceses y - comenzar nuevos negocios de usura. Las antiguas listas de deudores que presentaron incluían tantos nombres de viudas, huérfanos y otros pobres que se declaró que eran falsas y deshonestas y se volvió a deportar a los judíos.

Pero esto no les impidió volver a poner inmediatamente en marcha todos los engranajes para poder inmigrar de nuevo, lo que también se les permitió entonces. Se declaró que todas las deudas eran legítimas, se les aseguró la inmunidad por acciones anteriores, se les concedieron todos los privilegios y se les aceptó como ciudadanos.

Pero se repitió exactamente lo mismo que en épocas anteriores. Los judíos se dedicaban a la usura y fueron desterrados; pero Juan II les permitió volver a vivir en Francia (1360). Las

intensas disputas precedentes bajo Juan el Bueno, las sangrientas guerras civiles, la desafortunada Paz de Brétigny, todo esto había socavado aún más las finanzas, ya que parecía una buena oportunidad para llenar un poco el tesoro del estado, si se permitía la entrada a los judíos, pero a cambio se les quitaba un poco de dinero. Pero el reino llegó a pagar caro por ello. El representante judío en París, Manasse de Vesou, astuto diplomático, había conseguido privilegios sin precedentes: el interés de los préstamos se elevó hasta el 80%, el testimonio de un solo judío bastaba para probar cualquier demanda de deuda contra un cristiano. Los judíos fueron apartados de todos los funcionarios judiciales del país y subordinados únicamente a un comisario especial del gobierno.

Y volvió a pasar lo que tenía que pasar. La gente que buscó refugio con el dinero de los judíos pronto vio cómo sus deudas crecían hasta las nubes y puede que, al carecer de cualquier propiedad, tuvieran que realizar trabajos de esclavos para los judíos. En su ceguera y voracidad, los judíos no se contentaban ahora, digamos, con el 80% aprobado, sino que sobrepasaban incluso este límite. Las quejas contra eso fueron suprimidas por el dinero de los judíos, el rey mismo se vio dependiente, con lo cual nuevos favores con respecto al mercado anual le fueron exprimidos.

Cuando en 1380 estalló una revuelta en París, muchos judíos fueron perseguidos y asesinados, el resto aprovechó la ocasión para lamentar su pobreza y afirmar que habían perdido todas sus hipotecas. También consiguieron que se decretara su devolución. Pero a pesar de esta pobreza naturalmente fingida, apoyaron al rey con dinero, tanto para gastos militares como de otro tipo, con lo que les obligaron aún más. Finalmente exigieron al incompetente Karl VII. (1388) lo último posible: ¡permiso para tomar no sólo el 80%, sino también intereses sobre intereses! Y cuando una fuerte señal recorrió el pueblo, el rey promulgó un edicto según el cual los judíos quedaban protegidos contra cualquier acusación durante diez años.

Nunca antes la usura en Francia había alcanzado un nivel tan monstruoso y legalmente aprobado, y era naturalmente claro, lo que los avariciosos usureros, sin embargo, en su ceguera a lo largo del tiempo nunca pudieron ver a tiempo, que esta condición no podía mantenerse permanentemente. Un breve período de triunfo fue concedido a los judíos en Francia, Borgoña, la Provenza y otros lugares, luego la cuestión judía terminó como en todas partes. Un hecho de por sí insignificante sirvió de detonante externo para una persecución de los judíos, y el 17 de septiembre de 1394 los judíos fueron finalmente (esto significa hasta el día de "la libertad y los derechos humanos") despojados de sus privilegios, sus bienes confiscados y fueron desterrados de Francia. Desde entonces, dejaron de tener allí una existencia legalmente aprobada.

El sur de Francia había sido inicialmente, como se ha dicho, muy considerado con los judíos, pero también allí surgieron cada vez más quejas. En 1484 se produce una gran persecución de judíos en Arles, la Provenza hacia directamente al rey de Francia con la petición de ayuda contra la falta de escrúpulos de los judíos, Marsella envía delegados a París en 1487 con la petición pronunciada de ordenar la deportación de los judíos, ya que arruinaban la tierra con la usura. Y así, de 1498 a 1501, los judíos también son expulsados del tan hospitalario sur.

En cuanto al norte, allí se había acortado el proceso de forma enérgica, muchas veces brutal; sobre todo en Bretaña. Las clases ducales reunidas en 1239, declararon a los deudores liberados de su obligación, decretaron la devolución del dinero de la hipoteca y decidieron expulsar a los judíos del país. El duque, los barones y los obispos juraron no volver a permitir la entrada de los judíos en Bretaña; desde entonces, no ha habido aquí ninguna cuestión judía, ya que parece que esta decisión, no como tantas en otras provincias y tierras, ha llegado a ejecutarse real y estrictamente.

El destino de la pequeña comunidad judía de Pamiers, al pie de los Pirineos, ofrece un interesante y embarazoso contraejemplo. Los rabinos habían promulgado decretos estrictos que regulaban toda la vida de los judíos. Se instaba a los judíos a la moderación en todos los aspectos, a las mujeres se les prohibía llevar joyas caras, a los niños no se les podía dar ropa cara, a los hijos sólo una pequeña suma de dinero, jugar estaba terminantemente prohibido, etcétera. Las autoridades cristianas dieron a estos decretos un énfasis enérgico, de modo que no existían sólo

sobre el papel. Y aquí, a pesar de la diferencia religiosa, tampoco ha existido ninguna cuestión judía a lo largo de todos los años. Cuando los descendientes de Abraham fueron expulsados de Francia, el conde von Soir, bajo cuya protección se encontraba la comunidad de Pamiers, solicitó directamente al rey que hiciera una excepción con sus judíos. Pero el deseo no fue concedido y los forzados a la inocencia aquí tuvieron que compartir la suerte de sus hermanos de sangre ladrones de otras provincias.

Esta sería entonces en líneas bastante breves la historia de los judíos hasta los primeros indicios de la Revolución Francesa. He omitido las diferencias religiosas en los últimos comentarios para poder mostrar más claramente el hilo rojo de los conflictos sociales que los atraviesan. En realidad, aparte de la usura, también hubo otros motivos para provocar el destino de los judíos, al igual que, después de todo, todo gran movimiento se compone de muchas fuerzas. Los sacerdotes agitaban celosamente en sus concilios contra los infieles, proponían a menudo intentos de abrirles el regazo de la única iglesia beatífica a través de sermones y también de manera menos suave; hacían quemar el Talmud, cuando podían tenerlo en sus manos, acusaban a los judíos de profanación de la iglesia, del sacrificio de un niño cristiano el Viernes Santo, etc., Los judíos, por su parte, intensificaban las leyes de segregación y maldecían a Cristo y al cristiano cada semana en su sinagoga. La inquisición, desgraciadamente, se cobró víctimas también en Francia, un sitio tuvo como consecuencia la locura religiosa, pero el sentimiento popular se rebeló contra ella con más energía aquí que, por ejemplo, en España y Portugal (por lo que hay que señalar, sin embargo, que los tribunales de la inquisición en España no pocas veces fueron tribunales penales y representantes ocultos precisamente de conflictos socio-nacionales).

Cuanto más fuerte y consciente se hacía ahora el sentimiento nacional en Francia, tanto más se oponía conscientemente a la arrogancia racial de los judíos y dejaba aflorar más claramente un desprecio que antes sólo se sentía. Y entonces se manifestaron estas y otras fuerzas que contribuyeron a intensificar las relaciones entre judíos y cristianos. Pero la situación se volvió catastrófica para ambas partes por el saqueo de los habitantes llevado a cabo con energía demoníaca, a través de la estructura social.

Si los eruditos pro-judíos y naturalmente todos los judíos echan toda la culpa de estos trastornos de la vida estatal a los reyes y piensan que sólo habían empujado al pobre judío hacia adelante, le habían quitado su dinero, obligándole así a vivir de la usura, entonces estoy naturalmente muy lejos de presentar a los reyes como angelitos inocentes. Necesitaban dinero para la guerra y la corte y no eran especialmente selectivos en sus medios para adquirirlo. Que el judío, que siempre poseía dinero, a menudo les parecía bastante bienvenido, se puede creer fácilmente, aunque no se confirmara expresamente. Había ebullición y fermentación por doquier en la vida de los entonces jóvenes, grandes movimientos de la sidra en salvaje fermentación recorrían el mundo; las guerras sacudían, pero al mismo tiempo moldeaban las personalidades nacionales. Cada gobernante defendía su pellejo contra otro hasta que uno más poderoso unía a ambos bajo su cetro. En estos tiempos, cuando se trataba de cuestiones de existencia nacional por encima de todo, poco se puede lograr con juicios moralizantes, y querer conceder al pequeño rincón de los judíos la absoluta inviolabilidad en medio de todo el caos sería, de hecho, exigir demasiado. Aun así, podemos considerar con toda tranquilidad que los gobernantes siempre necesitados de dinero tiente al judío, pero el hecho es que fueron precisamente los judíos quienes una y otra vez desempeñaron el papel del usurero antes descrito. A la afirmación unilateral de que los judíos no podían haber hecho otra cosa que practicar la usura, se puede responder con la simple pregunta de por qué no se dedicaron al trabajo manual y a la agricultura, a lo que Luis Hutin y Luis IX querían obligarles. Entonces tampoco habría existido la cuestión judía.

Si ahora dejamos de lado aquí cualquier evaluación moral, entonces debemos ver todos los eventos siempre recurrentes y los mismos resultados simplemente como necesidades de la naturaleza, tales como siempre formaron, hoy forman y mañana formarán el resultado del contacto de los pueblos de Europa y Asia con el único pueblo de los judíos.

Desde la última expulsión, los judíos de Francia ya no vivían en comunidades cerradas, sino dispersos por todo el país. Pero con la conquista de Alsacia obtuvieron numerosos aumentos y pronto la cuestión judía volvió a estar a la orden del día. A través de años de intrigas del proveedor de la corte real Cerfbeer, a través de un proceso judicial conjurado por él contra la ciudad de Estrasburgo, en el que el judío consiguió ocultarse tras la persona del rey, se había abierto el camino lo suficiente como para plantear la cuestión de la emancipación de los judíos. Tras el asalto a la Bastilla, naturalmente se pusieron en marcha más engranajes. En efecto, uno no se atrevía a dirigirse directamente a los delegados, ya que esperaba de los delegados alsacianos las verdades más desagradables sobre los saqueos de los judíos, sino que primero se cubría las espaldas mediante un grado de la administración municipal de París para pronunciarse a favor de la abolición de las leyes judías. Mirabeau, muy endeudado con los judíos, ya hacía tiempo que se había obligado con ellos. El ya nombrado Cerfbeer se había dirigido a Moses Mendelssohn para pedirle que aprovechara su gran prestigio, incluso entre los cristianos, para defender un texto a favor de la emancipación de los judíos. Pero éste no lo consideró práctico e hizo como muchos de la tribu de Judá antes y después de él: impulsó como portavoz a un no judío, el joven Dohm, que luego, inspirado por Mendelssohn, escribió su obra "que hizo época" sobre la reforma de la política judía. Como hoy, ya entonces se hacía gran política en los salones judíos de Berlín. Uno especialmente destacado era el de Henriette Herz. Aquí acudían diplomáticos de todos los países, aquí conoció Mirabeau al espantapájaros alemán Dohm. Mirabeau "tenía razones de peso" para entusiasmarse por los judíos, él mismo escribió una obra sobre la reforma judía y se presentó en la Asamblea Nacional Francesa como su defensor. De qué sirvió que el alsaciano Rewbell señalara que no se podía resolver la cuestión judía con eslóganes, fue rechazado. Sí, cuando quiso hablar en una sesión posterior contra el falso planteamiento de la cuestión (de nuevo se había jugado al puro y duro en la esfera de la religión), fue rechazado a gritos por Regnault, uno de los patrocinadores de la moción: "Exijo que se llame al orden a todo aquel que hable en contra de esta proposición (la emancipación de los judíos), ya que con ello se combate la propia constitución".

Pero Rewbell no dio la causa por perdida y en la siguiente sesión relató la tremenda usura de los judíos en Alsacia. Habló de la fortuna de los habitantes, que no superaba los tres millones, sobre la que, sin embargo, pesaban 15 millones en deudas, de ellas 12 deudas puramente de usura, sobre el saqueo de innumerables familias, etc. En vano triunfó la consigna.

En 1806 y 1807 Napoleón se ocupó muy enérgicamente de los judíos y dio a los delegados 12 preguntas para responder: si se permitía la poligamia, si se permitía la usura, si los judíos consideraban a los franceses como sus hermanos, etc. Después de cientos de años, el gran Sanedrín, 71 delegados de toda la judería, se reunió para dar una respuesta. Naturalmente, resultó que las leyes judías estaban llenas de humanitarismo, que la usura estaba prohibida, que los franceses eran hermanos de los judíos, etcétera. Pero todo ello en un lenguaje retorcido y sinuoso según la práctica talmúdica. Toda esta chapuza era naturalmente una sarta de mentiras de principio a fin. Incluso el historiador judío Abraham Geiger dijo al respecto: "En Francia todavía había una lucha posterior, naturalmente debido a los judíos alsacianos, cuya usura indignaba a la gente. Esto y la separación de la ciudadanía francesa atrajeron la mirada de Napoleón, que quiso proporcionar alivio también aquí mediante una medida audaz. Una asamblea de notables y un sanedrín debían documentar sus puntos de vista a través de sus propias declaraciones y tener efecto sobre sus camaradas religiosos. Sólo faltaba la autoridad en la judería, allí es necesario un desarrollo interno. Los viejos campeones Beer y Furtado intervinieron, rabinos como Sinzheim, Vita di Colonia lograron guiar hábilmente, pero todo seguía siendo una gran mentira, al menos una apariencia. El reconocimiento de los franceses como hermanos era un eslogan, lo del divorcio judicial falso, a la pregunta: ¿puede una judía casarse con un cristiano? se respondía con una mentira: sólo estaban prohibidos los matrimonios con extranjeros, adoradores de ídolos, los europeos no eran adoradores de ídolos... Las preguntas eran prematuras, las respuestas meros meandros ingeniosos, todo el asunto sin consecuencias."

Estas palabras de un judío erudito me ahorran pruebas más detalladas (antes ya se aportó una pequeña muestra del pettifogging aplicado); los 71 hombres elegidos, que congraciadamente convocaban a dios por doquier, habían mentido por tanto descaradamente.... Si uno ha captado el espíritu del Talmud, entonces comprende que para sus seguidores no se considera un delito llevar a los goyim de las narices. Ya desde los tiempos más antiguos, era una reverencia que despertaba la "erudición" de los famosos sabios de Pumbeditha, que "sabían convertir lo negro en blanco y lo blanco en negro".

Lo principal era que habían caído las últimas barreras; entonces también se alcanzó totalmente este objetivo: los judíos, armados con la misma falta de escrúpulos legalmente reconocida que en épocas anteriores, entraron en la sociedad de los estados europeos que se autodesarmaban. Habían pasado cientos de años y los veíamos como los amos del dinero del mundo.

Judíos y política

Reseña histórica

Una de las muchas mentiras de nuestros días que difunden celosamente los judíos y sus protectores consiste en afirmar que la nación judía sólo podía comprometerse políticamente en la época actual, que sólo se les tenía en cuenta en la época actual. Esta falsedad, que una vez más, como muchas otras en el pasado, tiene por objeto suscitar simpatía por el pueblo "inocente, perseguido" y "oprimido" de los judíos, debe finalmente dejar de practicar su maldad.

Pues aunque los judíos estaban dispersos por todo el mundo (¡fíjate en mis palabras!, por iniciativa propia), mantenían la comunidad más estrecha no sólo donde vivían juntos, sino que también mantenían un contacto constante con los camaradas populares de las tierras más lejanas: los barcos comerciales y las caravanas traían noticias de todo tipo de todas las regiones del mundo y las llevaban de vuelta.

Los judíos estaban informados no sólo de sus asuntos comunitarios y étnicos, sino no menos bien de las condiciones comerciales y políticas de todas las tierras, lo que les aseguraba una ventaja en todos los aspectos sobre los demás.

Se nos conserva correspondencia que proporciona pruebas convincentes del contacto internacional de los judíos. Por ejemplo, en el siglo ^{XIII} vivió en Barcelona uno de los talmudistas más conocidos de su época, Salomón den Adereth. Su nombre había sido llevado a tierras lejanas por viajeros judíos, y los rabinos de estas comunidades dirigían preguntas de todo tipo al sabio de España. Sus "respuestas", unas 6.000, demuestran que mantuvo un contacto escrito ininterrumpido con los judíos de Portugal, Francia, Bohemia, Alemania, incluso con Constantinopla y las ciudades de Asia y el norte de África. "A la vista de estas respuestas, uno no puede dejar de asombrarse", dice un historiador judío, "de los extraños medios de comunicación que a pesar de todos los obstáculos estaban a disposición de los judíos...: parece que no era menos fácil para un erudito en Austerlitz, en Mühlhausen alemán, hacer llegar sus cartas a España que para el que estaba en Viena Roma o Aviñón." El siguiente incidente aporta pruebas adicionales del bien organizado sistema de comunicaciones de los judíos:

En la costa africana siempre existieron numerosos nidos de piratas turcos. Los judíos se establecieron aquí por preferencia. Eran bien tolerados por los turcos, ya que pagaban tributo, compraban inmediatamente las mercancías robadas y se las llevaban; pero sobre todo debido a su servicio de espionaje. "Manténían", dice un autor de la época (siglo XVII), "una amplia correspondencia por toda Cristiandad, de modo que a través de ellos los turcos obtenían grandes beneficios en el intercambio de esclavos. Al mismo tiempo, se les informaba oportunamente de lo que se planeaba hacer dentro de la cristiandad. Así fue como en el año 1662 la ciudad de Hamburgo equipó dos barcos de guerra para proteger sus naves contra los ladrones. Apenas se

habían hecho a la mar los barcos cuando unos esclavos de Argel escribieron que los piratas ya estaban perfectamente informados: de la fuerza, del número de personas de la flota y de hacia dónde debía virar el rumbo de los barcos".

Que los judíos estén mejor orientados sobre las condiciones extranjeras y posean buenos contactos en todas las tierras no es simplemente un logro de nuestros días, sino que ya era así hace cientos de años. De ahí que también sea comprensible que los gobernantes europeos convocaran a menudo a judíos como asesores políticos: Carlos el Grande, por ejemplo, le dio a su emisario a Persia un judío como acompañante que ambos murieron en el viaje curiosamente) en el cálculo correcto de que aprendería mejor y más rápido de los judíos de allí todo lo que valía la pena saber; los reyes españoles estaban constantemente rodeados de consejeros judíos, pero no menos los gobernantes de Fez, Trípoli, el sultán y otros gobernantes.

Así pues, este pueblo, disperso por el mundo y, sin embargo, inseparablemente unido, ya en los tiempos más remotos desempeñaba un papel tangible en la política de los pueblos. Sin duda habrán prestado servicios a los gobernantes, pero no es menos cierto que a menudo les acarrearón desgracias aún mayores. Cabe aquí una observación fundamental.

Los judíos, en cualquier reino al que hubieran llegado, lo hicieron como un pueblo esencialmente unido, que en ninguna parte y nunca mostraron el más mínimo deseo de involucrarse más de lo absolutamente necesario para el comercio con los nativos. Desde el principio, por arrogancia nacional natural e inculcada, consideraron a todos los pueblos como inferiores, y estaba fuera de cuestión que el judío fuera absorbido por el pueblo que le daba hospitalidad. Y como entonces es muy natural (la valoración moral dejada a un lado), que cuando se le convocara o consiguiera colarse en una posición elevada, actuara como le pareciera mejor para sus necesidades personales y nacionales.

Si los intereses de una tierra podían coincidir con los de la nación judía, entonces se les apoyaba; si no, se les cedía sin escrúpulos. Quien tenga una idea de la tenacidad con la que los judíos, a pesar de todas las persecuciones por su propia culpa, se mantuvieron unidos religiosa y nacionalmente mientras ellos, moviéndose de tierra en tierra, se volvían sólo más rígidos y más acartonados, no encontrará difícil comprender que este pueblo, aparte de muy pocas excepciones naturalmente, era incapaz de captar la idea de ciudadano del Estado, ni siquiera de elevarse al concepto desinteresado del deber.

Si en épocas anteriores la política judía se limitaba a unas pocas naciones, sin abarcar aún el mundo entero, si todavía no estaba tan sistemáticamente dirigida como hoy, el motivo nacional siempre estuvo junto al puramente personal en el primer plano de su quehacer político. Al principio, esta actividad solía dirigirse contra el pueblo que los albergaba y, como se ha dicho, sólo allí donde también se promovían los intereses de los judíos se prestaba también un servicio a la tierra respectiva.

Ya Juan Crisóstomo se vio obligado a levantar la voz: "Estos traidores, estos grandes villanos, traicionan nuestra patria, nuestra fuerza a los turcos; ¡y nosotros los toleramos, los alimentamos! Eso significa agitar el agua en nuestro pecho, calentar la serpiente en nuestro pecho".

Ya antes del estallido de la cruzada, los sarracenos estaban cada vez mejor informados por los judíos europeos de las intenciones de Europa y podían tomar medidas contra ellos a tiempo. Cuando los reyes de León, Castilla y otras tierras (hacia 1221) estaban en guerra con los moros, utilizaron a judíos cercanos a las cortes españolas como espías que les delataban los planes y preparativos de los gobernantes cristianos; asimismo, cuando el Duque de Florencia preparó un ataque contra la isla de Negroponte, la empresa fue traicionada tempranamente a los turcos por judíos de Livorno, sí, ellos proveyeron a los turcos de municiones y fusiles, tal como entonces también los venecianos, en la Guerra de las Candelas de 1646, capturaron un barco en Istria cargado por los judíos con material bélico, que debía ir a Constantinopla. Cuando el cardenal Ximenes en 1509 abrió una campaña contra Orán, la conquista habría sido difícil de lograr, si no hubiera encontrado unos cuantos traidores, en cuya cima se encontraba el judío Catorra, que de este modo consiguió muchas libertades para sus camaradas religiosos. En el año 1513 los

portugueses asediaron la ciudad de Azamor. Su asalto fue rechazado valientemente por los moros, pero el líder en sus filas cayó, lo que causó malestar en el campamento. Los numerosos judíos de Azamor celebraron una conferencia en la que decidieron abrir las puertas de la ciudad a los portugueses, si se obligaban a perdonar a los judíos. El comandante portugués, el duque de Braganza, contento de poder evitar un asedio agotador, aceptó, y Azamor le fue entregada por la traición de los judíos. La ciudad fue saqueada según la práctica de entonces y sólo las casas de los judíos fueron vigiladas por centinelas especiales.

De nuevo con la ayuda de los judíos, los portugueses tomaron la ciudad de Safi en 1508; pero como los conquistadores no eran numerosos, se vieron obligados a atrincherarse en la ciudadela. En la ciudad había una disputa entre dos partidos que luchaban entre sí, y como el comandante del ejército portugués daba mucho valor a una división entre los ciudadanos, hizo pasar cartas con el mismo contenido a través de un médico judío a los jefes de los partidos rivales, a los que el judío conocía muy bien, en las que se podía leer que un adversario planeaba matar al otro, y luego venía la invitación a unirse con el gobernador portugués. Cada uno de los líderes cayó en la trampa y ahora Azambuja podía apoderarse fácilmente de la ciudad para siempre.

La ciudad de Cithibeb se había declarado independiente del soberano de Fez y libró una guerra por su independencia durante tres años enteros. Debía sus éxitos sobre todo a su comandante de campo. Consciente de ello, el soberano de Fez decidió matar al cabecilla, a ser posible en secreto. Un médico judío de Cithibeb se ofreció para ello, envenenó al cabecilla y, desalentada por ello, la ciudad se rindió a los sitiadores.

Cuando en tiempos de Trajano los judíos de Cireneika eran tan numerosos que constituían la mayoría de la población, hicieron lo mismo que más tarde en Chipre: masacraron a todos los demás habitantes, 220.000 en número. Isaak de Caastro pudo entonces mucho más tarde también informar con orgullo: "Así como los emperadores turcos y persas y sus regentes no emprenden nada sin los judíos, así también los emisarios sólo pueden llevar a feliz término los negocios de sus reyes con la mediación de los judíos."

Estos ejemplos de judíos podrían multiplicarse tanto como se deseara, aunque hay que subrayar que se pueden ignorar aquellos en los que realmente les fue mal a los judíos, aunque nunca sin que fuera culpa suya, y por tanto habrían podido actuar por un sentimiento de venganza, como por ejemplo cuando, en la época de la persecución de los judíos, el emisario portugués famoso por sus artimañas, Duarte de Paz, se encontraba en Roma y, en calidad de tal, puso en marcha todos los engranajes con el Papa contra el rey de Portugal, con la aprobación expresa y el rico apoyo de sus camaradas de tribu en Lisboa.

Así trabajó la actividad judía desde los tiempos tempranos en las tierras del mundo hasta el Congreso de Viena, en el cual ya los Rothschild pusieron a través de su política tan ruinosa para Alemania, hasta la conclusión de la paz en 1871 y más que nunca en nuestros días presentes. A esto, la observación siguiente.

El judío y el alemán

Dada la fría lógica de la naturaleza judía, hay que distinguir entre dos motivos: entre los impulsos racionales y los de naturaleza más emocional. A aquellos pertenecen la clara persecución de intereses tanto personales como nacionales y la ponderación de los mismos entre la intervención en la política de los estados; a estos la pasión del odio contra estas gentes a menudo traspasa estos cálculos.

El judío no siempre seguía siendo el hombre de negocios y político frío tan pronto como ganaba influencia; algún tipo de voracidad lo arrastraba a la desmesura y al final tenía las consecuencias más amargas para él mismo. El chupeteo y la usura, practicados con menos avidez, la arrogancia religiosa y nacional menos pronunciada, le habrían acarreado totalmente mucho sufrimiento; pero

la idea básica judía de vaciar a toda la gente, tal como la reconocieron Dostojewski, Fichte, Goethe y otros grandes hombres, nacida del más profundo desdén contra todo lo no judío, sombrero que en último análisis siempre convirtió al aparentemente frío judío en un apasionado odiador. Este odio es tan antiguo como el propio judaísmo, y hace su aparición en todas partes, en correspondencia con la dirección que se le abre. La época actual es un campo de juego de pasiones judías apenas contenidas, que se han combinado con la política mundial guiada por hombres inmensamente ricos; y este odio judío se dirige principalmente contra dos pueblos: contra el ruso y contra el alemán. Sólo un niño o un mecenas de los judíos puede aún hoy mirar con una sonrisa este hecho siempre existente; rezuma de todas las páginas del bosque de periódicos judíos, y resuena sólo medio oculto de la boca de los políticos judíos.

Para ir al fondo del asunto: ningún pueblo de la Tierra desprecia tanto el misticismo, la conjetura de un secreto difícil de expresar con palabras, como los judíos. Consideran la falta de tal valor no, digamos, como una deficiencia, sino todo lo contrario, como el signo de un espléndido talento, y se jactan de no poseer ni mitología ni ecuaciones (consecuencias necesarias de todo misticismo). Basta con echar un vistazo a la historia de las religiones para darse cuenta de ello. Que se diga una sola frase del año 1905: "La judería es la única entre todas las religiones que contradice fundamentalmente cualquier misticismo". Más adelante: "La religión se retira de todo misticismo y de todo trabajo secreto". Y muchos otros pasajes. Ahora bien, probablemente no hay nación en Europa que haya perseguido y transfigurado tanto el secreto interior del hombre como la alemana. De ahí que constituya en su naturaleza más profunda el contrapolo espiritual del judío; pero si alguien cree que esto quedaría totalmente sin influencia en la acción, yerra poderosamente. Porque lo que se opone en lo más profundo, ley y religión, esquema y fantasía, dogma y símbolo, también se mostrará como opuesto en la superficie de la vida, normalmente de forma inconsciente, pero no menos claramente. Y quien haya perseguido un poco el suelo ruso, escuchará también de sus acordes más profundos, que de hecho casi nunca se abren paso hasta la síntesis, pero que no por ello se enfrentan menos adversamente a la predisposición de los judíos.

En el alemán hay también su legendaria honradez e incorruptibilidad (que con la guerra y con la revolución, por desgracia, ha sufrido mucho), también su sencillez, torpeza y confianza, todos motivos que siempre fueron una espina en el ojo para el judío, que siempre trató de socavar, sobre los que hacía bromas carentes de comprensión y siempre se creyó exaltado mundialmente, como expresan las clásicas palabras del judío Auerbach: "Nosotros los judíos somos, después de todo, la raza más inteligente. Tomen a un judío de segunda mano de los buenos vestido con harapos y pónganlo frente a frente con el campesino más inteligente de la Selva Negra, ¿por quién se decidirían? Ciertamente por el judío, para el campesino germano es demasiado tonto, el judío más depravado, en cambio, siempre sigue siendo judío". Esta sigue siendo aún hoy la afirmación instintiva o consciente de todos los hebreos.

El judío siempre ha odiado al pueblo alemán. De hecho, tampoco ama al francés y al anglosajón, pero se siente mucho más cercano a ellos. El vanidoso francés cada vez más superficial, el sobrio anglosajón tendiendo simultáneamente hacia la superstición intolerante, son personajes mucho más accesibles para el judío de lo que el alemán, a pesar de todo deseo de familiaridad, puede llegar a ser jamás. De ahí que uno pueda hacer la observación desde los tiempos más antiguos de que los judíos alemanes son los enemigos más acérrimos de la idea alemana; y cuanto más se esfuerzan por alcanzarlo y se alimentan de él, más claramente aparece el odio. Por eso un Heinrich Heine se hundió en el reproche de cobardía moral contra Goethe; por eso un Ludwig Börne contó los días de la libertad alemana a partir de la fecha de la muerte de Goethe; por eso todos los periodistas y profesores judíos tratan de menospreciar a nuestros grandes hombres, de "retratarlos objetivamente", como se llama a esta falsificación; por eso calumnian unánimemente a Bismarck, por eso el profesor Graetz, alabado con entusiasmo por los judíos, resume su juicio en que el hombre germano fue "el inventor de la vil mentalidad servil", y que los alemanes deben "el gusto purificado, el sentimiento vivo e implacable por la verdad y el impulso por la libertad ¡tanto a los judíos Heine como Börne!"

Cuánta razón tenía Lagarde cuando, a la pregunta de dónde había que buscar a los judíos, dio la respuesta: "Siempre del lado de los que menos entienden la historia alemana". De ahí que podamos ver de nuevo en nuestros días que un tal Isidor Witkowsky (Maximilian Harden), el supuesto representante de Bismarck, justo después del estallido de la revolución celebró "conferencias educativas, en las que se atrevió a acusar al gran hombre de nuestra época, Hindenburg, y después retratar en el colapso de Alemania el comienzo de una "gran era". Esta insuperable oposición de las almas populares es la causa principal del odio judío; su actividad sólo aparece en segundo término. Los judíos en Rusia no deberían haber odiado al pueblo ruso, sino sólo al zarismo; porque el ruso mismo no sufrió menos, sí, incluso más bajo el régimen anterior que el judío; inmediatamente le ofreció también su mano fraternal después de la revolución. Pero el gobierno judío de Moscú llegado al poder mediante una falta total de escrúpulos persiguió instintiva e intencionadamente todo lo ruso y trató de exterminarlo por completo. Su odio triunfó desenfadadamente; pero perecerá de voracidad - ese es el curso de la historia basada necesariamente en el carácter popular.

En Alemania, los judíos habían podido establecerse desde hacía mucho tiempo, habían adquirido para ellos y sus camaradas los lugares más cálidos por todos los pequeños medios, lo que, sin embargo, no impedía que apenas pasara un día en el que, gracias a la libertad de prensa, el alemán y el cristiano no sufrieran una broma impertinente, o que (en la guerra) la subversión del espíritu de resistencia alemán no se practicara con el mayor celo mediante el elogio de las gentes aliadas y el ennegrecimiento del "militarismo" alemán.

En ninguna otra tierra del mundo se podrían haber pronunciado comentarios tan provocadores y antinacionales en la hora nacional del destino de la gente como los que los judíos Cohn y Haase presumieron en el Reichstag alemán, ¡y además completamente desvergonzados y sin obstáculos! Preocupado por el éxito del complot de sus camaradas raciales en Moscú, el Sr. Hugo Haase gritó una vez (en el verano de 1918): "Si el gobierno alemán emprendiera algo contra el gobierno soviético, entonces es nuestro deber sagrado llamar a los proletarios alemanes a la revolución". Estas palabras de un agitador popular que traicionaba sin escrúpulos al país alemán y sus intereses, ¡se dejaron resonar impunemente!

Judíos aliados

La Guerra Mundial había enfrentado hostilmente a dos grupos de poder y, por consiguiente, también había dividido al pueblo judío en dos partes. Aparte de Rusia, las principales personalidades judías de Francia, Inglaterra, Italia, Norteamérica se pusieron inmediatamente de acuerdo y se unieron a los gobiernos antialemanes de estos estados, y de hecho eran los judíos más ricos e influyentes del mundo, frente a los cuales la colonia berlinesa del estado mundial judío no podía desempeñar un papel decisivo. Pero Londres era el centro; desde aquí se extendía la actividad de las federaciones judías mundiales, aquí se ponía el énfasis de la cuestión judía. Se dice que la judería forma un Estado dentro del Estado. Pero eso es sólo una verdad a medias; es mucho más importante subrayar que representa un Estado *por encima de* los Estados. En comparación con el gobierno central londinense del Estado mundial judío, la rama alemana se encontraba en una posición desagradable. Aparte de los ciegos y llenos de odio forasteros Cohn, Haase, Luxemburg, etc., había naturalmente suficientes hombres de negocios judíos fríos, que, puesto que podían aprobar una victoria alemana total desde el principio en interés de todos los judíos, no querían sin embargo renunciar a su cordero robado. De ahí que intentaran que la política alemana fuera un empate. Eso habría reforzado su poder, pero simultáneamente quizás enfureció demasiado a los hombres poderosos de Londres. Lo que ya antes de la guerra había sido la perspicacia de los hombres de dinero judíos, se reveló con toda claridad durante la misma, a

saber, que los objetivos nacionales internacionalmente dirigidos de los judíos debían considerarse coincidentes con los del Imperio Británico.

Esto significaba que los judíos estaban dispuestos a concentrar al máximo sus intereses, a dejar que sus intereses se concentraran, a dejar que su seguridad nacional se garantizara en todas partes a través de un poderoso estado o consorcio mundial, al que apoyaban. Reconociendo poco a poco cada vez más la utilidad de tal orientación, los periodistas judeo-alemanes frenaron también cada vez más el carro alemán y los judeo-ingleses engrasaron cada vez más el suyo. Los insultos más amargos contra Alemania resonaban en los periódicos dirigidos por los judíos y, naturalmente, apoyados de buen grado por los estados aliados debido a su sentimiento claramente antialemán. El lector encontraba por todas partes los mismos pensamientos en cien formas, y lo que eso significaba en la época actual no es difícil de imaginar para nadie. Judíos caballerosos en términos amistosos con la Cámara Alta estaban trabajando aquí. Se sabe que los judíos en Inglaterra ganaron mucha influencia, que compraron sin vacilar títulos de barones y pares con todos los derechos por diez, cincuenta, cien mil libras esterlinas (durante la guerra se hacía lo mismo con los proveedores del ejército). Aquí destacan dos judíos: Abraham Sassoon el emigrado de Alemania Sir Ernest Sassel. Las figuras entre bastidores en la Cámara Alta eran Montague (Montag, un antiguo relojero de Galicia), Rothschild, Burnham (Lewy Lawson), Herschel (Naphtali), Ludloy (Lewi) entre otros.

La conocida *Alliance Israélite Universelle* constituyó el centro de la confraternidad judía. Todavía hoy existen judíos y mecenas de judíos que se esfuerzan por presentar esta unión como una sociedad filantrópica y políticamente inofensiva, y naturalmente hay aún más gente que cree esta burda mentira. El apoyo a los judíos pobres es naturalmente sólo un pretexto; ya el fundador de la Alianza, Crémieux, tenía él mismo una tarea política desde el principio. "Un nuevo reino... debe surgir en lugar de los emperadores y los papas", dice en la primera asamblea general y más tarde informa: "Damos grandes pasos adelante; la *Alianza* se está convirtiendo en una verdadera potencia". Esto es bastante inequívoco; y la caridad de la Alianza de entonces también consistió durante decenios en suprimir asuntos escandalosos contra los judíos, los "inocentes perseguidos", y cosas por el estilo. Más que nunca son ciertas las palabras de que la *Alianza* "encuentra acceso a los tronos más poderosos y que todas las autoridades políticas y civiles se inclinan ante ella". A esta, se puede decir todopoderosa, organización secreta pertenecen, aparte de los nombrados lores ingleses, los siguientes estadistas: Burnay, Herbert Samuel (antiguo Lord-Alcalde de Londres), Conde de Reading (Rufus Isaacs, a quien uno había sugerido como juez sobre Guillermo II. acusado de "profanación de la moral internacional", ya fallecido), George Ernest (Seligsohn), B. Putmann (Simonsohn); todos en Inglaterra; los Rothschild y Lavino en Francia; Grand Matsere Lemmi, tesorero Luigi Luzzati; Ministro de Asuntos Exteriores Sonnino, Ministro de Guerra Ottolenghi, Barzilai (Bürzel), todos en Italia; Nathan Strauss, Bernhard Baruch (director de todas las industrias de armamento en los Estados Unidos y representante de los 26 estados aliados en las transacciones en todas partes del mundo); todos en América; Fonseca, Castro y Pereira en Portugal y Brasil etc..

Estos nombres, incluso sin que figuren los negocios de miles de millones, también hablan un lenguaje fuerte, y cualquiera que aún tenga un juicio algo imparcial debe decir que ilustran una firme cooperación. Aunque hayan tenido disputas comerciales, en una cosa siempre estuvieron de acuerdo: en destruir Alemania.

Los judíos y la masonería

Los especuladores mundiales judíos están estrechamente vinculados con los dirigentes de los destinos de los Estados aliados de otra manera: a través de la masonería.

No deseo entrar en detalles ni sobre los muchos "misterios: ni sobre los supuestos secretos de la masonería, más bien iluminar sólo el funcionamiento político de la orden y sus objetivos.

La tierra de donde surgió la masonería actual es Inglaterra. Desde Inglaterra se fundaron logias a principios del siglo XVIII en Francia y Alemania, 1721 en Dunkerque y Mons, 1725 en París, 1733 en Valenciennes, etc. A pesar de que el rey amenazó con todo a las sociedades secretas, éstas ganaron tal número de adeptos que ni siquiera la perspectiva de la Bastilla asustaba lo suficiente. En 1756 varias asociaciones se unieron en la "Gran Logia de Francia". Independiente de ésta, surge en 1772 en París el "Gran Oriente de Francia", bajo el duque de Chartres, más tarde Philipp Egalité, como Gran Maestro. En 1778 funcionaban 129 logias en París y 247 en provincias. La formación de las sociedades secretas siguió un curso similar en otros países. Aunque existían muchos desacuerdos entre ellas, estaban de acuerdo en una cosa: en la lucha contra la monarquía y la iglesia.

Para resumir brevemente: la orden masónica era y es una sociedad secreta internacional con el fin de instaurar una república mundial antirreligiosa. Este objetivo siempre se cierne sobre ella, incluso si a menudo ha utilizado y apoyado la monarquía, correspondiente a su poder y las circunstancias independientes de ella.

El sermón de que hay que servir a la humanidad, no a las naciones individuales, encontró en ella su órgano más eficaz; la "humanidad" que todo lo abarca, la "libertad, igualdad y fraternidad" de todos los seres humanos, fue sistemáticamente enseñada por ella, para finalmente iniciar su marcha como evangelio proclamado alrededor del mundo siempre de nuevo.

"Borrar de los seres humanos de todo tipo todas las diferencias", dice el oficial del Grant Orient, Clavel, "esa es la gran obra emprendida por la Francmasonería".

"Si borramos toda diferencia de rango, de fe, de opiniones, de patria... convertimos a toda la humanidad en una familia", afirmaba en otro lugar.

Estos testimonios pueden multiplicarse sin número. Las consignas, que volvieron a sacudir el mundo, fueron acuñadas por el orden mundial. Resonaron con fuerza por primera vez en el año de la desgracia 1789. La tendencia antimonárquica fue a menudo reprimida por los masones por conveniencia, pero nunca se ha perdido y triunfa hoy más que nunca.

"En cualquier caso, los masones bebían a la salud del rey en su comida nacional en los estados monárquicos. En cualquier caso, se insistía en la obediencia contra la ley. Sólo tales medidas de seguridad, que la "astucia" de una asociación imponía, que tantos gobiernos desconfiados vigilaban, no bastaban para destruir la influencia revolucionaria que los masones, por su naturaleza, debían ejercer.

"Es necesario que alcance el más alto poder político, que se siente en todos los tronos, o mejor dicho, que gobierne sobre todos los tronos a través de sus grandes hombres y de las asociaciones de sus hermanos." Es superfluo dar más citas sobre el esfuerzo masónico; todas dicen lo mismo, y en cuanto a los hechos, las revoluciones desde 1789 hasta nuestros días son en gran parte fruto del trabajo masónico. Pero antes de pasar a estos hechos, hay que subrayar un impulso muy importante: la aceptación de los judíos en las sociedades secretas.

Correspondiente a toda su naturaleza, el pueblo judío disperso por todos los estados y sin embargo estrechamente ligado es el pueblo conspirador nato. Los principios internacionales de los masones teóricamente no ponen nada en el camino para el judío. Ya en 1722, se declaró en Inglaterra: "La masonería es una federación de la humanidad para la difusión de principios tolerantes y humanos, en cuyos esfuerzos de orden pueden participar tanto el judío como el turco". Sin embargo, el desdén hacia el judío no era fácil de superar, y sólo mediante hábiles jugadas de ajedrez consiguió colarse y, maestro en intrigas, gobernar. En el año 1754, un judío portugués, Martínez Paschalis, fundó en París una secta cabalística a la que afluyeron judíos en gran número. Tras su muerte, San Martín asumió la dirección de la sociedad, que se ramificó por todas las tierras e incluso en Rusia (los martinistas). En Inglaterra, Toland había trabajado por la naturalización de los judíos ingleses y escrito dos manuscritos (1715 y 18=718) con este fin; en Alemania, los salones judíos se habían convertido en centros de influencia política; Mendelssohn

había conseguido ganar y enredar a Lessing para los objetivos judíos, a petición suya Dohm (1718) escribió el texto ya nombrado sobre la reforma de la política judía, cuya recomendación, como vimos, sirvió a Mirabeau de base para su promoción de los intereses judíos.

Así que el ánimo y el poder de las logias judías fue lo suficientemente fuerte como para lograr su aceptación bastante oficial en la federación general. Esto ocurrió en la memorable Convención de Wilhelmsbad en el año 1781. El fundador de la orden alemana de los Illuminati, Weishaupt, había convocado allí un congreso de todas las sociedades secretas. Aparecieron delegados de todas las tierras de Europa, de América, sí, incluso de Asia. Todas las conspiraciones se unieron aquí bajo la formulación de Weishaupt: "Y el representante de los Martinistas franceses respondió a una pregunta sobre los resultados del congreso: "No le informaré de los secretos que traigo; pero lo que creo poder decirle es que se ha urdido una conspiración y que será difícil que la religión y los gobiernos no caigan".

Estas palabras fueron pronunciadas ocho años antes de su cumplimiento. Hasta entonces el tiempo transcurrió en un enérgico trabajo subterráneo. Louis Blanc informa sobre ello:

"Se había formado una extraña asociación. Los miembros de la misma vivían en las tierras más diversas, pertenecían a todas las religiones (también los judíos) y a todos los rangos. En vísperas de la Revolución Francesa ya había adquirido una inmensa importancia. Se extendió por toda Europa y apareció en todas partes como una sociedad cuyos principios estaban en contradicción con los principios de la sociedad burguesa..." Otra gran deliberación tuvo lugar en 1787 en París, donde, entre otros, Cagliostro (el judío Joseph Balsamo, fundador del "Sistema Egipcio"), desempeñó un papel inminente. Aquí se decidió definitivamente la Revolución Francesa. En 1787 Cagliostro tuvo la desfachatez de dirigir un manifiesto al pueblo francés y predecirle todos los acontecimientos que se producirían posteriormente: destrucción de la Bastilla, derrocamiento de la monarquía, introducción del culto a la razón.

La actividad publicitaria se impulsó febrilmente, se difundieron los eslóganes conocidos, los campesinos, los obreros ganaron como soldados, se eligió el 14th de julio de 1789 como día de la rebelión. Entonces se cerraron las logias y los hermanos partieron hacia los ayuntamientos y los comités revolucionarios. Cuando finalmente en 1789 el pueblo agitado irrumpió en el exterior, los conspiradores se sentaron con el rey mudo, le juraron lealtad, le pintaron falsas imágenes del terrible poder del pueblo indignado, le aconsejaron la preservación de la paz cívica, la renuncia a sus derechos monárquicos, etc... Y cuando por fin lo habían debilitado, habían asumido el poder, lo metieron en el templo.

El antiguo ministro prusiano de Asuntos Exteriores, el conde Haugwitz, nos proporciona un documento muy interesante sobre los poderes de esta época en un memorándum del año 1822, que escribió después de su salida de la vida política. Extraigo de él lo siguiente:

"La inclinación y la educación habían despertado en mí un hambre de conocimiento que no se satisfacía con lo habitual. - A través del conde Stolberg y del doctor Mumser, mis amigos, fui yo mismo llevado al capítulo... Fui llamado a asumir la dirección superior de una parte de las asambleas de las órdenes prusiana, polaca y rusa. La masonería estaba dividida en dos partidos. El uno buscaba la piedra de los sabios, se ocupaba de la alquimia... Era diferente con el segundo partido, cuya cabeza externa era el príncipe Friedrich von Braunschwig. En abierta disputa entre ellos, se unieron en una cosa: el trono en su poder y los monarcas sus consejos, ese era el objetivo. Entonces no me quedó más remedio que retirarme con estrépito o seguir mi propio camino. - Siempre he tenido la firme convicción de que lo que comenzó en el año 1789, la Revolución Francesa, el asesinato del rey, ya se había iniciado mucho antes a través de contactos. - Mi primer impulso fue informar a Friedrich Wilhelm de mis descubrimientos. Al príncipe le pareció aconsejable no entablar contactos totalmente severos con la masonería, ya que veía en la presencia de hombres rectos en las logias un medio para eludir la influencia de la traición. - La red secreta existe desde hace siglos y amenaza a la humanidad más que nunca..."

En una sesión del comité de propaganda de la revolución, el 21 de mayo de 1790, uno de los principales conspiradores (Duport) dijo:

"Nuestro ejemplo hace inevitable el derrocamiento del trono y la Revolución Francesa arrojará los cetros de los reyes ante la gente. Pero no debemos quedarnos a la defensiva, si no queremos llevar la revolución a otros reinos, entonces está perdida...En todo gobierno se trata de buscar oportunidades para la revolución y operar con ellas...La vanidad enamora a la burguesía, la necesidad urgente echa a perder al pueblo. Los unos necesitan oro para apostar, a los otros les basta con haber creado esperanzas..." El Gran Oriente de Francia emitió un manifiesto en el que está escrito: "Todas las logias se han reunido para aliarse, para unir sus fuerzas en apoyo de la revolución, para reclutar para ella amigos y protectores en todas partes, para alimentar la llama, para encender con ella los espíritus, para suscitar el celo en todas las tierras y con todos los medios a su alcance..." Después de todo esto, no es de extrañar que entre los dirigentes de 1789 hubiera unos 250 francmasones. El hecho de que muchos dejaran finalmente las riendas y fueran entregados por sus hermanos a la guillotina no cambia nada en los hechos antes mencionados. El diablo es simplemente al final por regla general el tonto.

Los ejércitos franceses marcharon triunfantes por las tierras, el glorioso ejército prusiano, en cambio, cayó de un solo golpe. ¿Por qué? Aquí, también, aparte de la pedantería, el poder secreto estaba en el trabajo.

El duque de Sachsen-Teschen, francmasón, como comandante de las tropas austriacas, y como comandante supremo el Iluminado duque de Braunschweig, se enfrentó al francmasón Dumouriez. Incluso publicando amenazantes manuscritos exige la seguridad del rey de Francia, pero sus actos siguen en total oposición a éste. Las hordas indisciplinadas de Dumouriez se dispersaron al principio, las fortalezas abrieron sus puertas al primer cañonazo, pero la primera ciudad que mostró resistencia, Thionville, ya parecía invencible. En París ya se daba todo por perdido, pero resultó de otro modo. Pues a pesar de la visible superioridad de las tropas alemanas frente a Valmy, el duque de Braunschweig desobedeció las órdenes del rey de Prusia, que habrían acarreado al ejército revolucionario una derrota decisiva, y, como los franceses renunciaron, hizo marchar a las tropas prusianas. Que una traición masónica estaba en juego aquí, Napoleón más tarde en Santa Elena reveló claramente como su opinión. E incluso si no queremos aceptar una traición, entonces, no obstante, la incapacidad *interior* para luchar contra los ejércitos que parecían los portadores de las ideas que gran parte del cuerpo de oficiales prusianos abrazaron. Los victoriosos franceses siguieron a los ejércitos alemanes en retirada, las fortalezas alemanas se rindieron, en su mayoría defendidas por oficiales masones, sin oponer resistencia. El iluminado de Maguncia, Böhmer, pidió al general francés Custine un asedio a pesar de que carecía de casi todo para ello. Tres días después de su petición de entregar la fortaleza, los franceses entraron en Maguncia. Del mismo modo, Frankfurt, Speier y Worms cayeron en manos de Custine y también Brabante y Flandes se rindieron a Dumouriez. Precisamente así, sin embargo, "conquistó" Pichegru Holanda, donde, a través de conspiraciones de muchos magnates de los negocios, en cuya cúspide estaba el judío Sportas "delirando" por la revolución, se suponía que muchos puntos importantes iban a caer en sus manos. En efecto, se descubrió la conspiración, pero era demasiado tarde, los traidores no sufrieron lo más mínimo; pronto cayeron Amsterdam, Nijmegen, Utrecht.

Las sociedades secretas funcionaron tan poderosamente incluso más tarde, Napoleón fue apoyado inicialmente en todas las tierras. Pero cuando no se sometió a la orden, sino que quiso utilizarla para sus propios fines, fue abandonado. Esto sucedió desde 1809. Si antes estaba espléndidamente informado de todo lo que ocurría en el campo enemigo, mientras que los jefes de las tropas alemanas eran engañados con informaciones falsas, Napoleón se veía ahora en la tesitura de no estar bien informado. Nunca, se dice, fue más grande que en sus derrotas; pero eso no le ayudó en absoluto. Y entre las primeras razones de su catástrofe destaca decisivamente su animadversión hacia los masones, que ya no ponían sus conocimientos políticos a su servicio, sino que ahora trabajaban para su caída.

Volvamos a las condiciones en Alemania. Aquí, antes que cualquier otra cosa, hay que señalar la intromisión de los judíos. En 1807 se fundó en Frankfurt am Main, bajo protección francesa, una logia judía, "*l'aurore naissante*". En 1814 fue reorganizada por el patriarca Hirschberg. En

1816 apareció un libro de este masón: "La judería dentro de la masonería. Una advertencia a todas las logias alemanas" retrata su fundación de Frankfurt de la siguiente manera: "Este nuevo sistema judío de los Caballeros Templarios de las logias judías de Frankfurt está conectado bastante visiblemente con los puntos de vista declarados en los órganos bíblicos. Se supone que los caballeros de la triple cruz deben vengar a Dios de los creyentes, para los judíos, todos los no judíos son no creyentes, y restablecer la ley del Señor; el precio por su trabajo es: para cada caballero un pedazo de la tierra de los no creyentes. Aquí está de nuevo la judería oculta, pues sólo la judería tiene un dios cuyos creyentes deben glorificar, y las propiedades de los no creyentes son prometidas a los judíos como su legítima herencia."

A la fundación de las logias judías en Frankfurt siguieron las de Hamburgo y otras ciudades de Alemania. De estas sociedades secretas emanaba una incesante labor de subversión, que impedía dar a la vida estatal un discurrir tranquilo. Y en 1848 aparecieron también los judíos en la superficie de la vida alemana. Heine y Börne son las personalidades más conocidas, "Los judíos proveyeron a las revoluciones de Europa de autores capaces... el año 1848 mostró una riqueza literaria judía que apenas se podía conjeturar, y todos los periódicos de la prensa ministerial, de la llamada prensa constitucional y roja fueron casi exclusivamente editados y compilados por judíos." E Israel, el Primer Ministro judío de Inglaterra, un hombre que conocía el estado de las cosas mejor que ningún otro, declaró con orgullo: "La poderosa revolución que se presentó gestándose en Alemania se desarrolla totalmente bajo el patrocinio del judío, a quien ha caído casi todo el monopolio de la tribuna del profesor." Entonces se lanzó unánimemente un ataque contra la religión, se lanzaron huesos de discordia entre católicos y protestantes con el fin de inflamar el odio en Alemania. Todo esto, totalmente igual que hoy, bajo el pequeño manto de la tolerancia, la libertad de pensamiento y el humanitarismo. La logia judía de Hamburgo "de los tres cardos" destacó especialmente en esto.

El Sr. Blumröder dijo en una conferencia en la Logia (Asträä): "Si se supone que la construcción del humanitarismo progresa, entonces las viejas formas en el estado y la iglesia deben caer a martillazos poderosos. El viejo marco será entonces destruido por la fuerza, y si esta destrucción es punible según las leyes humanas, entonces la ley eterna, que reina en la historia de la humanidad, será sin embargo adecuadamente servida por ella."

Gotthold Salomon, doctor en filosofía, hermano de la logia del alba naciente, miembro honorario de la logia del unicornio de plata, trae al público el siguiente dictum difícilmente superable aún en claridad: "¿Por qué no se encuentra ni siquiera un rastro de cristianismo eclesiástico en todo el ritual masónico? ¿Por qué los masones no relatan el nacimiento de Cristo, más bien como los judíos la creación del mundo? ¿Por qué no hay ningún símbolo cristiano en la masonería? ¿Por qué el compás, la escuadra y la balanza? ¿Por qué no la cruz y otros instrumentos martiriales? ¿Por qué, en lugar de sabiduría, fuerza y belleza, el trío cristiano: fe, amor, esperanza?"

El masón Ludwig Bechstein, Consejero Privado, Bibliotecario Mayor de Meiningen, Caballero de la Orden del Águila Roja, revela su objetivo con las siguientes ingenuas palabras: "Todos queremos ser felices; el disfrute de la vida es el derecho de todo ser humano: pero este derecho se ve muy mermado por la presión del presente".

El Sr. Goldschndit, un hermano judío, escribe en sus "Sugerencias" con motivo de la disolución de una logia: "La disolución de la orden en una parte de América no merece ninguna aprobación, cualquiera que sea la forma estatal, sólo puede disolverse el día en que haya un solo dios y una sola invocación".

Ludwig Börne (Baruch), el segundo camarada racial de Goldschmidt, subraya que no se trata de la cosmovisión cristiana de Dios y de Cristo. El dice: "La maestría nació y con ella la esclavitud. El maligno celebró concilios para consolidar su dominio e ideó el cristianismo para traer sangrientas discordias entre los seres humanos. Los buenos y los mejores de cada época vieron esto, cómo la humanidad se revolvía en sus propias entrañas, lo vieron y se lamentaron, pero no desesperaron. Pues la semilla de la salvación brotó en sus corazones. Y el círculo misterioso se

dibujó alrededor del altar del derecho. ¿Cómo se llama la alianza que une a los nobles? Masonería".

Lo que parecía en las cabezas de los dirigentes de la Masonería, de esto debe dar testimonio lo siguiente: Mazzini declara como principio que los arreglos deben hacerse de tal manera que las revoluciones se hagan por la fuerza misma del gobierno. Escribe además: "Que el pueblo no se duerma nunca. Rodeadlo de inquietud, agitación, sorpresas, mentiras y fiestas. No se revoluciona una tierra a través de la paz, la moralidad y la verdad. El pueblo debe apartarse a sí mismo". Este hombre dirige a América un llamamiento para la fundación de una alianza universal republicana, que concluye con las siguientes palabras:

"Creo que es un derecho y un deber sagrado de toda nación y de todo ser humano apoyar con todos los medios posibles los esfuerzos de otras naciones y de otros seres humanos para la fundación de una alianza universal y republicana. Y me obligo, como miembro de esta unión, a ser útil a la propaganda y a la realización de nuestro esfuerzo con todo mi poder y con todos los medios."

Cuando los conspiradores se reunieron en Suiza en 1834, Mazzini, expulsado de Francia, se puso a su cabeza. Agobiado por un triple asesinato decidido por un tribunal secreto bajo su presidencia, había demostrado que todos los medios le valían. La "joven Italia" surgió a través de él. "Pero no le bastaba al gran maestro", dice D'Arlincourt, "revolucionar una nación, era necesario trastornar todas. Fundó la joven Alemania, la joven Polonia, la joven Suiza, la joven Europa".

Weishaupt, el muy elogiado idealista, escribe a un hermano de alto orden: "Para seguir siendo dueños de nuestros debates, debemos hablar pronto de una manera, pronto de otra. Si queremos decir siempre que el fin mostrará lo que debe tomarse como verdad, se habla pronto así, pronto de otra manera, con el fin de ser envueltos en la vergüenza, con el fin de hacer nuestros pensamientos reales impenetrables para los no iniciados. Quiero convertir a los adeptos en espías, para ellos, para los demás, para todos".

Un alto hermano escribió a otro (Nubius): "Todo se somete al nivel bajo el cual queremos degradar a la humanidad. Queremos subvertir para poder gobernar... Pero temo haber ido demasiado lejos; cuando observo la personalidad de nuestros agentes, empiezo a temer que ya no pueda domar la tormenta conjurada... Hemos despojado al pueblo de la fe religiosa, monárquica, de su honradez y de su familia, y ahora, cuando oímos truenos a lo lejos, temblamos, porque el monstruo podría devorarnos. Hemos despojado al folk pieza a pieza de todo sentimiento honorable; será sin piedad...El mundo se ha deslizado a la pendiente de la democracia y desde hace tiempo democracia significa para mí demagogia..."

Una carta distintiva del judío Piccolo-Tigre, en su época uno de los principales agentes en todas las tierras de Europa, se dirigía también a la misma personalidad. Después de expresar su satisfacción por un viaje de agitación, dice: "De ahora en adelante no nos queda más que poner manos a la obra para llegar a una solución de la comedia... La tierra que he arado se ha desbordado, y si puedo fiarme de los informes, vemos ya no lejana la época tan deseada. El derrocamiento del trono está fuera de toda duda para mí, que he estudiado los trabajos de nuestras sociedades en Francia, Suiza, Alemania...No se trata de la revolución en una u otra tierra, eso siempre puede lograrse dada la buena voluntad. Para destruir con seguridad el viejo mundo, creemos que es necesario sofocar la semilla del catolicismo y del cristianismo...desgraciadamente solo nos falta la cabeza para mandar. El buen Mancini aún tiene su sueño de humanitarismo en la cabeza y en los labios. Aparte de la naturaleza de sus intentos de asesinato, hay algo bueno en él. Despierta con su secretismo la atención de las masas, que no entienden nada de los discursos del cosmopolita iluminado. Nuestra imprenta en Suiza funciona bien y publica los libros que deseamos... Pronto debo ir a Bolonia, donde mi presencia de oro será necesaria..."

En una instrucción del mismo "pequeño tigre" a los más altos agentes de las logias Piemont está escrito: "Lo más importante es aislar a la persona de su familia y hacerla sin moral...Si han susurrado a algunas almas la mala voluntad hacia la familia y la religión, entonces dejan caer

algunas palabras suscitando el deseo de entrar en las logias". La vanidad del burgués de identificarse con la masonería tiene algo tan banal y universal que siempre me llena de arrobamiento la estupidez humana. Me asombra que el mundo entero no llame a las puertas de todas las más elevadas y pida que se le permita ser también obrero en la reconstrucción del templo de Salomón."

Un interesantísimo documento entregado por un alto militar italiano, Simonini, al autor de la historia de los jacobinos, A. Barruel (1806), nos introduce especialmente bien en los talleres de la conspiración judía, masónica. Después de que Simonini haya agradecido a Barruel la ilustración sobre la historia de la revolución, continúa: "El poder del que gozan en todas las cortes, gracias a sus grandes riquezas y a su protección, enemigo no sólo de la religión cristiana, sino más bien de toda sociedad, de toda orden, es la secta judía. Parece enemiga de todos y separada de todos, sin embargo no lo es. Pues solo es necesario que alguien se muestre como anticristiano, e inmediatamente se escudará y será promovido por ella. Y no hemos visto que ha dispensado pródigamente su oro a los sofistas modernos, a los masones, a los jacobinos y a los iluminados. Los judíos forman una sola secta, con el fin, si es posible, de purgar totalmente el nombre de Cristo. No digo nada que yo mismo no haya oído decir a los judíos. Mientras mi ciudad natal, Piamonte, estaba en medio de la revolución, tuve la oportunidad de relacionarme a menudo con judíos. Entonces, sin escrúpulos especiales, les hice creer que buscaba su amistad, y les dije, pidiéndoles el más estricto secreto, que yo, nacido en Livorno, procedía de una familia judía; que vivía sólo exteriormente como católico, pero que interiormente me sentía judío y había mantenido siempre un tierno amor por mi nación. Me tomaron totalmente en confianza. Prometieron hacerme general de la masonería, me mostraron el oro y la plata que usaban para su pueblo, y quisieron darme armas decoradas, símbolos de la masonería, que, para no espantarlos, también acepté. Los judíos más influyentes y ricos me confiaron varias veces lo siguiente: Que la Francmasonería y los Illuminati habían sido fundados por dos judíos (desgraciadamente he olvidado el nombre que me dieron); que todas las sectas anticristianas procedían de ellos y que éstas se contaban por millones en todas las tierras; que sólo en Italia tenían entre sus seguidores a 800 sacerdotes, profesores, obispos y cardenales católicos; que, para engañar mejor a los cristianos, se hacían pasar por cristianos y recorrían todas las tierras con partidas de bautismo falsificadas; que, con la ayuda del dinero, pronto lograrían la igualdad de derechos en todos los estados; que, entonces, en posesión de casas y haciendas, despojarían rápidamente a los cristianos de sus bienes con la ayuda de la usura y que, finalmente, al cabo de menos de un siglo serían los amos de la palabra, destruirían a todas las demás sectas para hacer reinar la suya."

Barruel hizo la observación a estas confesiones que un masón le había informado también que, especialmente en los grados más altos, había muchos judíos. Todo el siglo XIX lo ha demostrado y especialmente nuestro presente. El secretismo del sentimiento y del pensamiento judío bajo el manto cristiano es también un hecho que no se debe pasar por alto en el orden del día. El judío David Macotta relata que en España viven generaciones de judíos secretos, especialmente en la iglesia. El historiador judío Kayserling cuenta que un noble español le informó en 1895 de ser descendiente de judíos, y que en su isla natal de Mallorca vivían mil familias que, todas judías, se casaban sólo entre ellas.

Del regazo de la Francmasonería surgió como hija suya hacia mediados del siglo anterior la Internacional, ambas se esforzaron por dominar en la lucha contra toda religión, ambas se declararon enemigas de toda monarquía, ambas lucharon contra la propiedad y la familia. No es la primera vez en la historia de la Francmasonería que, dentro de su actividad, se anuncian dos tendencias. Así pudo ocurrir que toda la masonería enviara efectivamente al rey de Francia al cadalso, pero sólo una parte negara obediencia a los iniciadores de la revolución y los pusiera igualmente bajo la guillotina.

Esto se repitió en nuestro tiempo, cuando los "demócratas" son empujados contra la pared por los "proletarios". Si temporal o permanentemente, simplemente no se puede decir con certeza. Pero en cualquier caso, los proletarios han sido elegidos como arietes para derribar mediante

revoluciones aquellos obstáculos que no podían ser eliminados más que por la violencia. No es casualidad que sean los judíos quienes lideren las multitudes de la anarquía, tanto en Rusia como en Hungría y en Alemania. Son los mejores precursores del dominio mundial del Freemasorny judaizado, aliado con la *Alliance Israélite Universelle*.

Algo parecido, aunque a menor escala, ya ha ocurrido: 1871. En las logias se estaba encantado con la Comuna de París, aunque hubiera que fusilarla. El Hermano Thirisoque la califica de la mayor revolución que se haya podido admirar en el mundo; el deber de la Francmasonería era apoyarla. Muchos pensaron así, pero la cosa se puso pronto demasiado pintoresca y hubo que intervenir. El moro había cumplido con su deber. Pronto comenzó la dictadura del judío y hermano Gambetta; todo el gobierno, el senado, el jefe de prensa, etc. eran casi sin excepción hermanos de logia; entre los gobernantes de 1879 había 225 hombres, entre ellos Crémieux, el fundador de la *Alliance Israélite Universelle*. De esta época data también la propaganda mundial antialemana. Los delegados de la "Francmasonería" trabajaron incansablemente, los judíos de la propia Alemania ayudaron con celo, los masones alemanes no se opusieron en absoluto a toda esta actividad (estaban en la búsqueda de la piedra de los sabios), más bien coquetearon con el "hermano" occidental. Los conspiradores se han acercado hoy bastante a su objetivo: "a través de la revolución a la república mundial".

Que el entusiasmo desmedido de muchos exaltados a menudo tenía que ser reprimido, es evidente, pero las malas palabras con las que los "capitalistas" y los "proletarios" se consideraban recíprocamente son sólo para los tontos.

"Por grande que sea el antagonismo entre los soldados de ambos ejércitos, los jefes no lo comparten. La Internacional está antes en manos de hombres que están más o menos bajo la influencia de las sectas secretas", dice acertadamente C. Janet en la introducción a la obra citada de Deschamps. Para los Vandervelde y camaradas, que lanzan entusiastas discursos proletarios, son simultáneamente fieles servidores de la masonería, esto significa también simultáneamente de la judería, los mismos espíritus se han encontrado. Las noticias de que Lenin y Trotzki han sido miembros de una logia parisina no son en absoluto improbables, aunque hasta ahora, que yo sepa, no se haya aportado ninguna prueba definitiva de ello.

Un conspirador del tipo más puro fue Simon Deutsch, hermano masón y simultáneamente, junto a Karl Marx, uno de los jefes de la Internacional roja. De esta personalidad, Arnim (1872) informa a Bismarck que es uno de los enlaces más importantes entre la prensa democrática alemana y francesa y un peligroso intermediario político. Durante la guerra germano-francesa, Deutsch vivió en Viena y se dedicó allí a una celosa propaganda, naturalmente a favor de los franceses. Pero en 1871 apareció de nuevo en París, esta vez como uno de los miembros más activos de la comuna y como uno de sus más importantes proveedores de dinero. Tras su caída, fue a la cárcel, pero no por mucho tiempo: a instancias del cónsul austriaco, fue liberado de nuevo. La siguiente deportación de Francia fue también de corta duración: un amigo del judío Gambatta le dio permiso para quedarse en París. Aquí Deutsch financió la "*Republique française*" y dirigió desde aquí la "Neue Freie Presse" vienesa. Pero el aventurero no permaneció mucho tiempo en la ciudad del astro rey; se olió una rata y se fue al confín de Europa para ayudar a prender fuego allí. Viajó al Bósforo, fue enviado por la masonería a la dirección de los Jóvenes Turcos, ayudó allí a preparar el derrocamiento de Abd-UI'Azis e hizo todo lo posible para que se pusiera en marcha la guerra de Turquía con Rusia. En 1877 fue propuesto por periódicos devotos como gobernador de Bosnia; poco después murió. Se ve que la multiplicidad en la vida de este peregrino honorario no deja nada que desear. Sería interesante saber si, y en qué relación de parentesco, se encuentra con él el antiguo ministro judío austriaco Deutsch.

Por lo que respecta al judío Karl Marx, despierta aún hoy gran indignación, aunque también hay que ver en él a un conspirador, aunque muy autodisciplinado. Socialistas de todas las tendencias se remiten a él para justificar sus actos. Me parece que los bolcheviques son los que más derecho tienen a ello. Karl Marx habría desenrollado hoy, cuando hayan caído todas las barreras, la

bandera de la guerra civil brazo con brazo con Karl Liebknecht y Leo Trotzki; después de todo, aplaudió la Comuna de París desde Londres.

Un episodio menos conocido arroja una luz distinta sobre sus motivos reales.

Cuando la todavía joven Internacional convocó un congreso en Ginebra, se planteó la cuestión tres que, decidida de otro modo, habría podido hacer de ella un verdadero partido obrero y no un patio de recreo para ambiciosos conspiradores. Los delegados franceses tomaron la decisión de aceptar en la Internacional, que debía ser una representación obrera de clase, sólo a obreros, trabajadores manuales en sentido estricto. Habrían podido, en consecuencia, perseguir sus intereses económicos en contraposición a un montón de hablar y conspirar. Marx, apoyado especialmente por su yerno Lafargue, empleó toda su autoridad y elocuencia contra esta propuesta y finalmente lo consiguió de modo que todas las puertas permanecieron abiertas a los "intelectuales". Las consecuencias de este acontecimiento no pueden sobrestimarse demasiado. Si se hubiera adoptado la resolución anterior, entonces el programa económico habría sido claro; las excepciones para los no obreros que merecían los intereses de los trabajadores no habrían movido los cimientos. Pero de esta manera, pronto anidaron en el movimiento obrero conspiradores de todo tipo, que con una demagogia superior consiguieron utilizar a las masas obreras como trampolín para planes ambiciosos personales. Que los judíos estuvieron y están en primera línea aquí probablemente no sea necesario subrayarlo todavía, pues nunca el obrero ha sido tratado de forma tan abiertamente abominable como por los intelectuales judíos del tipo de Trotzki, Bela Kuhn, Lewin y sus innumerables camaradas de raza. Los obreros pueden dar las gracias a su salvador judío, Karl Marx, les ha arruinado la sopa, no se sabe si intencionadamente o por instinto, cosa que deben arreglar hoy y mañana.

Aparte de estas personalidades individuales, que se podrían enumerar aquí en cualquier número (nombro solamente los maestros de logia P. Herz, M. Löwenhaar, W. Lewin, C. Cohn, M. Oppenheimer, B. Seligmann, M. Wertheimer entre otros en Alemania; Crémieux, Morin en Francia; M. Montefiore, E. Nathan etc. en Italia), una familia entera ha sobresalido especialmente, los *Rothschild*. Desde Amschel Rothschild, que supo practicar tan terriblemente la usura con los millones del duque de Hesse, desde Nathan Rothschild, el verdadero vencedor de la batalla de Waterloo, desde el Congreso de Viena, desde la paz de 1871 y más que nunca en nuestros días, los Rothschild tejen su red de oro sobre las tierras. Todavía hoy siguen siendo la casa más rica del planeta, ocupan los puestos más altos en todos los Estados donde se dignan vivir y pertenecen a la masonería desde 1809. Esto significa que están allí inexpugnables, que todos los medios del dinero, de la diplomacia están a su mano para suprimir todo desacuerdo a ellos. Por eso no debe sorprendernos que los líderes de la socialdemocracia, judíos o mecenas de judíos, pudieran maldecir a la tiranía real, a Krupp, a Stinnes, pero no dijeran ni una palabra sobre los buenos señores Rothschild. De ahí que muchas casas fueran efectivamente saqueadas en la época de la Comuna, sólo los palacios de los Rothschild (15) permanecieron indemnes. Que esta familia, a pesar de su pertenencia a la masonería, piensa estrictamente a nivel nacional, es casi evidente. Sus hijas se han casado con condes y barones, pero ningún vástago varón no judío. Pero que el barón Karl von Rothschild fuera elevado a Comendador de la Orden de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, no debe sorprendernos ante la comedia de monos que se representó ante el mundo. Un medio es tan bueno como el otro.

Las logias puramente judías funcionan de forma aún más discreta que la masonería real. La orden *Bne-Brith*, ahora tan infame, fue fundada en Nueva York (1843). Hace unos decenios contaba con 206 logias. ¿Cuántas puede haber hoy? *La Keshet Shel Barzel* palabras aparte; contaba en 1874 con unos 5.500 miembros organizados...

El objetivo de la *Bne-Brith-Order* es, naturalmente, exclusivamente judío; no sólo desde hoy trabaja para la ruina de los pueblos europeos. Está escrito en un mensaje del hermano Peixolto (1866): "El Gran Maestro visita las logias alineadas tan a menudo como le es posible. En este año ha visitado las de once ciudades. Ha celebrado muchas conferencias para informarles de sus

deberes, con el fin de fortalecer los esfuerzos de la orden, para lograr la promoción moral e intelectual y la unidad total de la familia israelita."

Si entonces un buen hombre creyera que la ortodoxia judía se aparta con horror de los esfuerzos sin religión de la francmasonería, entonces se equivoca poderosamente: La ortodoxia judía no es una religión en absoluto, sino más bien una "organización de combate para la preservación del pueblo judío". Sólo desde esta perspectiva se deben juzgar sus acciones, todo lo demás no son más que eslóganes para la muchedumbre desprevenida. En efecto, el pueblo judío se ha preservado tenazmente como nunca, pero el tiempo ha roto aquí y allá una piedra del edificio del Talmud. Estas ramas separadas han fundado ahora otras organizaciones de combate, utilizando respectivamente otras asociaciones para este fin: la *Alliance Israélite*, la Francmasonería, la Internacional, la *Anglo Jewish Association* y aún más. Estas diversas tropas de asalto luchan a menudo entre sí en el sentido de que la una se jacta de su antigua organización probada, la otra ya no considera práctico el traje y quiere ponerse el esmoquin en lugar del caftán, en lugar del Talmud se pone delante de la nariz el manifiesto comunista. Marchan divididos pero golpean unidos a la sociedad europea. Todo lo que decae siempre ha sido promovido por todos los judíos. Sólo así se comprende plenamente la resolución altamente significativa del consejo judío del 29 de junio de 1806 en Leipzig: "El sínodo reconoce que el desarrollo y la realización de los principios modernos son las garantías más seguras para el presente y el futuro de la judería y sus seguidores." Masonería y ortodoxia conspiran, caminan de la mano, y experimentamos el extraño espectáculo de que el establecimiento más conservador de la historia mundial, la sinagoga, defiende la revolución... en otras instituciones. Y el Gran Rabino de Francia, Isidor, escribió en 1868: "El Mesías, sea hombre o idea, aún no ha llegado, ¡pero su día se acerca! Los pueblos comienzan ya, dirigidos por las sociedades de la regeneración del progreso y de la ilustración (es decir, los masones), a inclinarse ante Israel. Que la humanidad entera, obediente a la filosofía de la *Alliance Israélite Universelle*, siga al judío, el que domina la inteligencia de los pueblos más avanzados. La humanidad vuelve su rostro hacia la capital del mundo rejuvenecido' ésta no es Londres, no, París, no Roma, más bien ésta es la Jerusalén surgida de las ruinas, que es simultáneamente la ciudad del pasado y del futuro."

El hecho del dominio masónico y judío, como muestran las deliberaciones precedentes, ha sido reconocido e investigado por muchos hombres, incluso los periódicos de épocas anteriores se atrevían de vez en cuando a proferir un lamento al respecto. Así, por ejemplo, el *Münchener Historische Blätter* del año 1862: "El poder que los judíos han logrado adquirir para sí mismos con la ayuda de la masonería ha alcanzado su cenit. Existe una sociedad secreta con formas masónicas, que están subordinadas a jefes desconocidos. Los miembros de esta asociación son principalmente judíos".

Pero estos y otros intentos similares de rebelión no sirvieron de nada. Porque la prensa judeomasónica poseía el monopolio y podía permitirse simplemente guardar silencio sobre todos los intentos de esclarecimiento. Así sucedió que mucha gente permaneció hasta hoy totalmente en la oscuridad de la ignorancia sobre la actividad de los más altos generales. Son los que buscan la "piedra de los sabios".

Uno puede entender, después de todo, que un masón en busca indignado rechaza los ataques contra su orden, así, por ejemplo, Findel en su conocida *Historia de la Francmasonería*: ve en las obras de Eckert, Barruel entre otros hostilidades maliciosas y acusaciones, pero sin mirar más de cerca los reproches. No es necesario en absoluto estar de acuerdo en todas partes con todas las opiniones de los investigadores nombrados, pero hay que admitir que habían previsto correctamente las tristes consecuencias inevitables de las organizaciones secretas a pesar de los muchos esfuerzos bien intencionados de los individuos. Findel todavía habla por lo bajo (1861) de la "llamada" cuestión judía. Pero como hombre honesto, más tarde, obligado a ello por amargas experiencias, alzó fuertemente su voz contra los judíos. Dijo entonces que el judío ve a todos los extranjeros simplemente como objeto de explotación", exigió la exclusión de los judíos de la masonería, ya que se daba cuenta de que eran "nuestros opresores". Hoy veríamos al

hermano Findel despojado de todas sus ilusiones. No pretendo negar que entre los masones hay personas que se esfuerzan seriamente; sólo lamento que se dejen llevar de las narices por personas que se cuentan entre los criminales de mayor calibre.

Hemos conocido brevemente a algunos hombres, algunas corrientes y métodos de la masonería. Eran practicantes de la mentira, del engaño, del crimen legalizado a través de motivos supuestamente nobles. Este trabajo llevó a Luis XVI. El intento de asesinato contra el duque de Berry fue llevado a cabo por masones, al igual que contra Fernando, el rey de Nápoles, Francisco José de Austria y Guillermo I de Prusia. Una víctima por veneno fue el emperador Leopoldo II, por disparo de pistola de Ankaström Gustavo III de Suecia, etc.

A través de la veta, la revolución se puso en marcha en su tiempo (en medio de la participación más activa del cardenal judío Neto proveniente de Alsacia); en la licitación de la logia sentir el Archiduque Fernando en Serajewo por masones serbios y hermano Jaurès (también uno de la Internacional roja, así, cuando de repente sufrió remordimientos de conciencia y ya no quería ocultar la verdad. Escribió el 30 de julio de 1914 "Aquí en Francia trabajamos con todos los medios para una guerra que debe librarse posada en Petersburgo..." Fue su último manuscrito. El asesino fue absuelto.

Así que la conspiración de los hombres ambiciosos corre a través de las décadas como una cinta terrible. "El pueblo debe apartarse". Siempre nuevas palabras, siempre nuevas promesas, nuevas leis son lanzadas a la multitud, los leales periódicos las explican en la dirección deseada, la "opinión pública" emerge. "Uno revoluciona una tierra no a través de la paz". De ahí la guerra, bajo el liderazgo de los poderes del oro, un paso hacia una regla superior.

Ensentin escribió en una carta en 1859: "G., que siempre cree en la guerra, ha hecho ayer una visita, de la que ha salido esperanzado. Siempre creen en la guerra. Creo que Rothschild y los Pares quieren soportar todo lo que puedan que es lo que ha despertado de nuevo su esperanza."

Eckert dice ya en 1852 en la conclusión de una de sus obras: "La orden masónica es una conspiración contra el altar, el trono y la propiedad con el propósito de un reino de orden social-teocrático sobre la totalidad de la tierra y con sede de gobierno en la Nueva Jerusalén". Esto ha sucedido literalmente, ¡y la Nueva Jerusalén se está construyendo ahora! Guerra mundial, revolución mundial, república mundial, este es el programa a cumplir; la tan anhelada meta está a la puerta. Se trata simplemente del prestigio de ciertas personalidades y de cuestiones de disciplina dentro de la trama mundial. Los prerrequisitos están ahí, las consecuencias resultan. El Cardenal Manning hizo la profecía con una extraña agudeza en un discurso en Londres el 1 de octubre de 1877: "Hay algo por encima y detrás de los emperadores y príncipes; esto, más poderoso que todos ellos, se hará sentir, cuando la hora haya llegado. Ese día, cuando todos los ejércitos de Europa estén enredados en un conflicto gigantesco, la revolución, que ahora trabaja secreta y subterráneamente, verá la hora como favorable para atreverse a salir. Lo que se ha visto antes en París, se tendrá de nuevo ante los ojos en toda Europa."

El trabajo largamente acariciado finalmente tuvo éxito, al ver a Alemania, rodeada y derrotada a los pies de la Francmasonería. Italia se vio arrastrada a la guerra no por las fuerzas nacionales, sino también por la actividad del antiguo educador del rey y más tarde Ministro de la Guerra Ottolenghi (Ottenheimer), los Grandes Maestros Ernesto Nathan y Sommino. Cuando se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores, la postura de Italia estaba clara. El rey griego sucumbió al trabajo de los hermanos Venizelos y a la amenaza del molesto Jonnart (el emisario francés) de que Atenas sería comprada. Era similar en Rumania; Norteamérica primero embolsó riqueza inmensa mientras que las fuerzas oscuras alrededor de Baruch y de camaradas hicieron todas las preparaciones necesarias para intervenir en la oportunidad derecha. Ahora todos los judíos poderosos de oro de América también estaban a la disposición para esta guerra, que Oskar Strauss, él mismo un hebreo, dirigió lleno de orgullo; ellos son los banqueros G. Blumenthal, E. Meyer, Isaak Seligmann, W. Salomon, Philipp Lehmann (aún faltan Löb, Schiff, Kahn etc.); los grandes industriales A. Lewison, D. Guggenheimer; los rabinos Wise, Lyons, Philipson; los profesores R. Gottheil, Holländer, Wiener; los periodistas Franklin, Stransky, Beer, Frankfurter

etc.. Strauss escribe al final de su carta (al embajador francés): que está "entusiasmado" por los Aliados y dice que el sentimiento de los judíos por la alianza (Aliados) puede caracterizarse como casi unánime. Si se supone que al principio los judíos aún no estaban totalmente de acuerdo, en cualquier caso la confraternización se convirtió en total cuando los judíos "alemanes" de América se unieron a los Aliados.

En la primavera de 1918 llegó concretamente, acompañada de triunfantes voces de la prensa inglesa y americana, la noticia de que todos los alemanes de América se habían puesto del lado de los Aliados para luchar igualmente por el humanitarismo contra el militarismo prusiano. Uno no podía creerlo hasta que leía las firmas de la resolución: Schiff, Cohn, Cahn.

Uno puede comprender doblemente el "entusiasmo" del que hablaba Oskar Strauss, si recuerda el discurso del judío americano Isaak Markussohn, que pronunció como respuesta al discurso de Lord Northcliffe. El honorable Isaac dijo textualmente: "La guerra es una enorme empresa comercial, en la que lo más hermoso no es el heroísmo de los soldados, sino la organización empresarial, y América está orgullosa de la favorable situación comercial que experimenta."

América entró en la guerra con este "entusiasmo" por los ideales de la humanidad, cubierto por el vano manto de mentiras de los demagogos. Luego siguieron otros estados de América.

No tengo competencia para hablar de las ciertamente numerosas raíces y móviles de la Guerra Mundial, pero *una* raíz me parece innegable: la conspiración mundial dirigida sistemáticamente por el vasto dinero judío, encubierta por organizaciones secretas, y utilizando satánicamente con astucia las aspiraciones nacionales de los pueblos para la consolidación de un reino mundial supragubernamental.

En la colonia judeo-alemana no se ignoraba esto, pero una gran parte de los judíos alemanes creía ciertamente, sobre todo los ricos, que el debilitamiento de Alemania bastaría para asegurar permanentemente su poder; la otra parte, que no tenía que tener ninguna consideración por las pérdidas financieras personales, dejó que su odio contra Alemania se desarrollara sin obstáculos para el bien de los aliados y sus lacayos, apuñaló al ejército alemán por la espalda a través de la revolución después de un éxito suficiente de la actividad subversiva, y no siendo suficiente, se puso al frente de la anarquía con la ayuda del dinero de Moscú (Joffe, Radek-Sobelsohn) en todas las tierras alemanas e impidió la intervención en su contra. De este tipo eran Luxemburg., Levien, Mühsam, Levinè, Haase, Cohn etc..

Lo que separaba a los judíos "democráticos" y "revolucionarios" entre sí eran cuestiones de táctica y egoísmo personal; su objetivo era el mismo, a saber, el dominio judío en Alemania. Pero al alemán le daba lo mismo que le succionaran poco a poco el tuétano de los huesos o que lo entregaran inmediatamente a la anarquía.

Este último fue el caso en muchos lugares y abrió los ojos de muchos alemanes a la naturaleza de la actividad judía, sobre la que los "demócratas", de los que habló el Sr. Frank Cohn en Nueva York, los mismos que influyeron más decisivamente en el destino de Alemania hasta 1933, estaban algo escandalizados. Porque si los ojos del alemán Michel se abrían del todo, entonces el *furor teutonicus* quizá ya no podría dirigirse contra los "todos-alemanes", los "militaristas", etc., sino contra el espíritu extraño que presumía de guiar el destino alemán. (La toma de conciencia llegó a Alemania a través del liderazgo de Adolf Hitler).

Tras el anuncio de las "condiciones de paz", se oyeron de pronto melodías patrióticas en boca de estadistas judeo-alemanes, y los periódicos del bosque-periódico judío entonaron una canción patriótica. Esta indignación me parece que no venía a cuento; pues nuestros judíos difícilmente podían exigir a los amos de más allá del canal y del gran estanque que refrenaran su odio y tuvieran consideración con ellos, ya que el ejército alemán con sus legendarias victorias casi había echado por tierra sus más inteligentes cálculos de años de trabajo. Pero ya se calmarán; los "en París bien conocidos" señores Warburg y Melchior ya conseguirán, correspondiendo a los famosos modelos de tiempos anteriores, conseguir proteger con éxito lo que es suyo y dejar generosamente al cielo alemán la gestión.

Sionismo

En todo el ámbito de la cuestión judía internacional destaca *un* factor que, especialmente en el transcurso de la guerra, ha ido adquiriendo cada vez más importancia: *el sionismo*. Ya en las últimas décadas del siglo XIX, los círculos judíos jugaban con la idea de transferir dinero a sus emigrantes para que se establecieran en Palestina. De esta manera, muchos judíos regresaron a su antigua "patria". Pero este intento, a pesar de los millones de peniques sionistas recaudados, no tuvo éxito. Pues los judíos no trabajaban en Palestina, más bien eran perezosos o regateaban como de costumbre.

Como los bienes adquiridos subieron de precio, se desató la especulación inmobiliaria, los colonos vendieron ventajosamente sus tierras y regresaron a Europa. Así estaban las cosas cuando Theodor Herzl se erigió en predicador del sionismo político. Su estrategia logró interesar a amplios círculos para que se erigiera el Estado judío, tras lo cual resumió su programa en 1897, en el primer congreso, en el sentido de que había que crear una "patria pública-legal y asegurada para el pueblo judío en Palestina". Poco después, a instancias del profesor Dr. Schapira de Heidelberg, se fundó un fondo nacional judío. En lo sucesivo, el colono judío ya no es propietario de la tierra adquirida por él, sino sólo arrendatario; de este modo se retira la alfombra de la especulación con la tierra, y los campesinos, a pesar del gran apoyo financiero, se ven obligados, sin embargo, a trabajar, lo quieran o no. Importante es, sobre todas las cosas, que en el programa sionista se designe expresamente a los judíos como pueblo. Siempre lo han sido, y de forma especialmente distintiva; pero como eran simultáneamente ciudadanos de todos los estados, les convenía no hacer hincapié en la conciencia nacional. Pues cada vez que se descubrían nuevas maquinaciones desagradables, se atrincheraban detrás del "ciudadano del estado" o de la "comunidad religiosa" y refutaban entonces la incómoda pertenencia a la raza judía. Era el antiguo principio: si un judío había adquirido un honor por pequeño que fuera, entonces era desproporcionadamente explotado por sus camaradas de tribu como virtud judía, pero si uno se topaba con la pista de estafas masivas judías (como en estos días), entonces se decía que no había que responsabilizar a los judíos, que debían ser vistos como ciudadanos del estado, como camaradas religiosos, pero no como un pueblo unificado. Todos los valientes cayeron en este truco sin fundamento; como ciudadano del estado, al judío se le permitía hacer cualquier cosa que no hubiera podido hacer como judío.

Así pues, era comprensible que este énfasis abierto del punto de vista nacional resultara a menudo embarazoso para muchos judíos, tanto asimilacionistas como ortodoxos, y que vieran aparecer en la distancia leyes de extranjería. K. Blumenthal dice en efecto: "Los intentos de desnacionalización del siglo XIX sólo han conducido a un camuflaje, a través del cual los judíos en general no se han dejado engañar, pero eso no es cierto, pues mucha gente inofensiva ha creído en la absorción de los judíos en la conciencia estatal y nacional alemana.

Por otra parte, el judío Dr. F. Theilhaber probablemente tenga razón, si pronuncia en negrita al final de una obra la opinión: "Incluso los líderes y defensores del punto de vista puramente religioso sienten instintivamente que incluso los elementos que se mantienen indiferentes hacia el lado religioso de la judería y hacia todos los intereses políticos, económicos y éticos de su entorno, están estrechamente ligados a la sociedad judía por el impulso físico."

Y el Dr. A. Brünn dijo en la asamblea de la "Unión Central de Ciudadanos del Estado Alemán de Fe Judía", detrás de la cual los judíos se esconden como "denominación" en cada oportunidad, que los judíos alemanes no pueden "no tener sentimiento nacional alemán", y además: "Por conciencia nacional judía entiendo la conciencia viva de una ascendencia compartida, el sentimiento de una solidaridad de todos los judíos de todas las tierras y la firme voluntad de un futuro compartido." Nos llevaría demasiado lejos iluminar todo esto aún más de cerca; las

palabras de uno de los sionistas más influyentes, el Dr. Weizmann, son suficientes: "La existencia de la nación judía es un hecho y no una cuestión de argumentación".

Con esta afirmación no se pretende en absoluto hacer un reproche, como mucha gente cree, sino simplemente constatar que los judíos deben ser considerados como un pueblo, que están firmemente unidos a través de federaciones mundiales ("*Alliance Israélite*", "*Anglo Jewish Association*", "*Jewish Congregation Union*", "*Agudas Jisrael*"), en consecuencia tienen intereses comunes y saben conseguirlos también a través de los medios sustanciales de que disponen. Ninguna persona medianamente honesta puede aún eludir estos hechos; pero de ello se sigue también la despiadada consecuencia de que el judío no puede ser ciudadano del Estado, en ningún Estado.

Cuando estalló la guerra, también los sionistas se vieron en dos bandos hostiles. Es posible que una parte de los judíos alemanes considerara inicialmente que la lucha se libraba contra el gobierno ruso antijudío, que los sionistas en parte creyeran realmente que podían equiparar sus intereses a los de la política oriental alemana; pero la imposibilidad de este punto de vista se hace cada vez más evidente. Un judío alemán, Lazar Pinkus, se atrevió a expresar esta comprensión con las siguientes palabras: "Una comunidad judía en Palestina no puede convertirse en el punto central de los intereses alemanes en Oriente. El fuerte sentimiento nacional del pueblo judío garantiza la exclusión total de intereses especiales extranjeros." Dado que Turquía fue en su día aliada de Alemania, los sionistas no podían expresar abiertamente el deseo de la separación de Palestina, sino que tuvieron que contentarse con extraer derechos de colonización favorables y, al principio, excluir la cuestión de los temas de guerra para, más tarde, ponerla sobre la mesa con mayor energía. Todos los estadistas judíos mencionados apoyaban al Imperio Británico como patrón protector de los judíos. El mismo era apoyado por un estado fuerte que representa un poder en el oriente, suficientemente fuerte para poder proveer a los judíos allí un máximo de seguridad nacional. Ahora Inglaterra poseía Egipto, India, bastiones en la costa persa, le faltaba sólo el puente terrestre entre estas tierras, y Palestina encajaba a la perfección como eslabón de la cadena. Turquía era también un enemigo, y prometer su tierra al pueblo judío como territorio estatal significaba adquirir su simpatía. Los judíos y los ingleses se dieron cuenta de esto cada vez más, y las palabras del hombre de sangre caliente y a la vez frío político Th. Herzl demostraron ser ciertas: "Inglaterra, la poderosa y libre Inglaterra, que con su mirada abarca el mundo, nos comprenderá a nosotros y a nuestras aspiraciones. Con Inglaterra como punto de partida, podemos estar seguros de que la idea sionista será fuerte y se elevará más alto que nunca."

En Inglaterra, el Dr. Weizmann, Nahum Sokolow, H. Samuel, S. y W. Rothschild fueron los más celosos partidarios de la idea: los sionistas viajaron de tierra en tierra, y en todas partes se les prometió apoyo. Varias asociaciones judías se opusieron, por las razones ya mencionadas, a la vertiente nacional-política del programa, pero la carta abierta de Rothschild, en la que decía que podía ver cómo esto podía perjudicar, ya que naturalmente sus derechos debían ser preservados para los judíos en las tierras, y también la carta de Lord Balfour a Rothschild, atrajeron cada vez nuevos partidarios al sionismo.

Esta memorable epístola decía lo siguiente: "El gobierno de Su Majestad ve con benevolencia la creación de una patria nacional en Palestina para el pueblo judío y hará los mayores esfuerzos para facilitar el logro de este objetivo, por lo que se entiende claramente que nada debe hacerse que pueda infringir los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina o los derechos o la posición política de los judíos en cualquier otra tierra."

En Rusia, la revolución había estallado en marzo de 1917, y el comité central de los sionistas se dirigió con un discurso al embajador inglés Buchanan, en el que rezaba el siguiente párrafo distintivo: "Consideramos una coincidencia especialmente favorable que en este momento histórico-mundial los intereses de la nación judía sean idénticos a los del pueblo británico". De ahí que no se hablara de los intereses del Estado ruso. El gobierno ruso tuvo que tragarse esta afirmación, estaba bajo la tutela de los Aliados.

Los corazones de los sionistas alemanes, que según el testimonio de Lazar Pinkus apoyaron ávidamente al Gesamtpartei con dinero durante toda la guerra, palpitaron de gozosa excitación, cuando se conoció la declaración de Balfour. El "Jüdische Rundschau" escribió el 10 de septiembre de 1917: "Esta declaración del gobierno inglés es un acontecimiento de extraordinario alcance", y el 26 de noviembre de 1917: "Debe despertar verdadera satisfacción en todos los círculos judíos serios dentro y fuera de Alemania que Inglaterra se haya decidido de manera tan clara por el reconocimiento de las reivindicaciones judías en Palestina": El "Lemberger Tageblatt" escribió el 16 de noviembre de 1917 sobre la "victoria diplomática del sionismo" y de su simpatía por Inglaterra etc..

Ahora empezaron las negociaciones por Canaán, pero las ofertas de Turquía no se acercaban al precio que fijaba Inglaterra; los sionistas alemanes, sin embargo, que no podían exigirlo todo abiertamente, se retorcían y forcejeaban de un lado a otro, pues el Reich alemán no era todavía tan poderoso como para que uno hubiera podido entregar al señor Balfour una carta de agradecimiento, como se había permitido hacer impunemente en Rusia con Buchanan. Pero aun así, vemos la tragicomedia de que un gobierno de 70 millones de personas se esfuerce seriamente por tener en cuenta los deseos de una pequeña nación que vive en su seno, y no al revés; ¡y uno se atreve a hablar de los "ciudadanos de denominación mosaica"!

Cuando entonces los ingleses conquistaron Jerusalén, el júbilo no conoció fin. El "Mundo Judío", órgano de las cuatro federaciones mundiales judías antes mencionadas, escribió: "La caída de Jerusalén y la declaración del gobierno (de Lord Balfour) han convertido a Inglaterra en la mayor potencia judía de la tierra". Enormes congresos en América proclamaron la misma alegría, y Nathan Strauss declaró que Inglaterra había cumplido todos los deseos del pueblo judío.

Uno debería pensar entonces, ya que todo el mundo judío se había declarado a favor de Inglaterra, que el comité sionista alemán habría tenido que disolverse, o romper abierta y permanentemente con el grupo inglés (como ciudadanos del estado alemán); nada de eso ocurrió. Pero el silencio momentáneo o los escarceos no fueron suficientes para la gente de allende la frontera, los sionistas alemanes fueron acusados: "de apoyar los intereses patriótico-alemanes", "de tolerar la asimilación judía traidora al pueblo en Alemania", etc., y uno de los muchos judíos "alemanes", el ya citado Pinkus, que ya no se sentía cómodo en la piel "alemana", se rebajó a la proclama "No se nos puede asustar a los sionistas de que la ofensiva germano-turca pueda expulsar de nuevo al ejército inglés de las montañas de Judea. ¡Puede ser! Un solo grito de indignación pasaría entonces por los millones del pueblo judío y no se detendría ante las fronteras de la Potencia Central y de Turquía."

Al fin y al cabo, el hombre tenía que saberlo. Otro ciudadano del Estado "alemán", el profeta del "Zukunft" ["Futuro"], Isidor Witkowsky, lo secundó con entusiasmo". Para millones de pobres, para cientos de miles de judíos progresados al derecho de propiedad, el anuncio de Balfour tenía el claro timbre del mensaje confirmado del Mesías: el día sigue siendo uno que nunca se purgará de la historia mundial, que escuchó la decisión de Gran Bretaña de emplear todo el poder del Imperio por la causa judía".

Los pogromos judíos habían comenzado ahora en muchos estados, y el congreso sionista de Londres había decidido hacer responsables de los daños a los estados en los que tenían lugar y hacerles pagar dinero de manutención para los supervivientes de las víctimas de la persecución. El gobierno "alemán" del Reich, con el fin de preparar el congreso de paz, se ocupó ocasionalmente de la cuestión judía, prescindió naturalmente con modestia de su propio punto de vista y aceptó totalmente los estatutos de la resolución sionista de Londres. Qué otra cosa se podía hacer, puesto que los hombres dirigentes, después de todo, Landsberg y Preuss, ¡eran ellos mismos de la tribu de Judá!

Pero lo mejor de la tragedia-comedia alemana fue que un líder de la judería, el Sr. Melchior, estaba en la delegación que debía representar los intereses alemanes en Versalles. ¿Estaba claro para el alemán lo que eso significaba? Verdaderamente, el discurso de homenaje de los judíos rusos era inofensivo comparado con este hecho.

Lo había hecho hasta entonces con el Reich alemán y la dignidad alemana, y lo peor de todo era que muchas personas aparentemente bastante valientes no lo sentían en absoluto como algo terrible. Pero en otras cabezas empezó a despuntar poco a poco la conciencia de que Martín Lutero había pronunciado enérgicamente: "Sabed y no dudéis que, junto al diablo, no tenéis enemigo más amargo y más venenoso que un judío". (Y en 1936 los árabes se sublevaron contra los judíos que inundaban Palestina bajo la protección de Inglaterra. Para *su* protección hubo que movilizar a decenas de miles de soldados ingleses).

La revolución ruso-judía

"¿No se os ocurre la comprensible idea de que los judíos, que sin vosotros son ciudadanos de un Estado más firme y poderoso que todos los vuestros, si también les concedéis derechos civiles en vuestros Estados, pisotearán totalmente al resto de vuestros ciudadanos?". Con estas cálidas palabras, basadas en una profunda perspicacia histórica, Fichte se dirigió hace 100 años a la nación alemana. Pronunciadas al viento, sin conjeturar la rabia que representa una raza unida, cegada por los eslóganes de la igualdad humana, el dogma de la tolerancia sin límites se alzó con la victoria en todos los parlamentos.

La tolerancia hacia el extranjero, el hostil, se consideraba un logro de la humanidad superior y, sin embargo, no era más que, como enseña la historia del siglo ^{XIX} y del actual, una entrega cada vez mayor de nosotros mismos.

El confiado europeo había escuchado con demasiada ingenuidad estas tentaciones, que aparecían disfrazadas con los cantos de sirena de la libertad, la justicia, la fraternidad, y los frutos de esta subversión son hoy evidentes. Y de hecho tan desnudamente evidentes que incluso la persona más imparcial, que no tiene idea de las inevitables conexiones históricas, debe darse cuenta de que su confianza permitió prosperar a líderes astutos y elocuentes, que no tenían en el punto de mira su bienestar, sino más bien la destrucción de toda la moralidad laboriosamente adquirida. La revolución rusa nos da la verdad convertida en sangrienta verdad para esto, de cuya maldición de los acontecimientos los periódicos liberales y judíos guardan un silencio que contrasta extrañamente con sus otras alharacas; los periódicos de derechas, sin embargo, suprimieron durante la guerra la fecha que hablaba un lenguaje tan claro para preservar el frente interno. La toma de valor llegó demasiado tarde para ellos: en Alemania como en oleada, los judíos se habían convertido en los líderes de la idea antialemana.

Volvamos a los hechos de la revolución rusa. No cabe duda de que todo el pueblo ruso anhelaba el fin del gobierno zarista. Quienquiera que haya sido testigo de este tipo de gobierno, debe reconocer que la agitación de la iniciativa propia, tanto en el ámbito económico como en el comunal e intelectual, estaba muy reprimida, que el gobierno de una oficialidad podrida era represivo. En consecuencia, toda Rusia se sintió como liberada de una pesadilla cuando la noticia del derrocamiento del zar corrió desde el mar Báltico hasta el océano Pacífico. La conciencia reprimida del ciudadano del Estado apareció en todas partes con una fuerza como no se hubiera creído posible, y los hombres dirigentes creyeron tener todos los motivos para mirar con optimismo al futuro y esperar poder resolver pacíficamente las cuestiones pendientes. Pero pronto aparecieron fuerzas centrífugas en forma de consejos de soldados.

Estos consejos de soldados, que se formaron en todas las ciudades, aunque ya estaban largamente preparados, fueron, sin embargo, en su reunión de naturaleza bastante espontánea. En la confusión de las condiciones, los astutos conspiradores consiguieron acceder pronto y con trucos demagógicos ganarse a los obreros para sus propósitos como obedientes lacayos, más tarde como arietes de la revolución. El presidente del decisivo Consejo de Obreros y Soldados de Petersburgo fue al principio un antiguo delegado de la Duma, el Grusiner Tscheïdse. Pertenecía al ala moderada de la socialdemocracia, de hecho aún renunciaba a exigencias excesivas e

imposibles de cumplir, pero una y otra vez tiraba de la manta al gobierno, que en el sentido nacional ruso de entonces aún quería exigir la necesaria defensa de la tierra y la guerra. Pero pronto aparecieron ya fuerzas centrífugas. Como consejero experto del consejo de Petersburgo apareció de repente un bolchevique llamado *Steklow*, una personalidad bastante desconocida. Como en aquella época no era infrecuente que vinieran a reunirse con el gobierno personas en calidad de representantes oficiales a las que sólo se conocía por un seudónimo, a este Steklow se le hizo mostrar su pasaporte. Estaba a nombre de *Nachamkes*. El propietario era, cosa que nadie había dudado nunca, un judío. *Nachamkes* llevaba como personalidad inquebrantable una política demagógica inigualable, llamaba a la paz y a la libertad, prometía a los hermanos alemanes ayuda, pan y un feliz regreso a casa después de todos los esfuerzos de la guerra. Todos los soldados se habían comprometido en marzo de 1917 a llevar la guerra hasta el final victorioso, y el estado de ánimo general no era en absoluto abatido. Teniendo en cuenta este estado de ánimo y con el fin de colocarse en todos los partidos, varios judíos rusos llegados a toda prisa de todos los confines del mundo actuaron como aparentemente moderados y se convirtieron en líderes de los partidos menos tormentosos - así los líderes del *Menschiwiki* (como los socialistas mayoritarios alemanes), *Bernstein-Koggan*, *Lieber*, *Dan*. Pero, por otro lado, impidieron a cada paso que el gobierno interviniera contra la agitación bolchevique, cada vez más fuerte.

El alma de esta corriente fue incontestablemente el judío *Leo Bronstein* (*Trotzki*). Ya implicado activamente en la revolución de 1905, huyó del país, vivió en España como corresponsal del periódico socialista "*Djenj*", y luego viajó a Nueva York, donde se presentó en los suburbios como predicador comunista. Inmediatamente después del estallido de la revolución rusa, partió hacia Rusia y pronto se convirtió en uno de los impulsores del bolchevismo destructor.

El *Kalmucks-Tártaro Lenin* (*Uljanow*) luchó aquí en la vanguardia. Lo que todavía se puede ver como una idea en el bolchevismo, esto se deriva de su mente, la fe de muchos trabajadores rusos, y de ninguna manera peor, se dedicó a él. Es retratado por sus primeros conocidos como una persona que vive totalmente en el círculo más estrecho de sus dogmas, que es inamovible hasta el punto de ser un *hotentote*. Como tercer hombre en la dirección tripartita funcionaba el judío *Sinojew*, este último presidente de la Internacional de Moscú de 1919. Gracias a la energía y a la falta de escrúpulos demagógicos de *Trotzki* y *Sinojew*, el bolchevismo se convirtió en una empresa predominantemente judía.

Que el bolchevismo ruso era y es entonces tal, de eso apenas puede existir ninguna duda. He viajado por Rusia desde 1917 hasta enero de 1918, desde Petersburgo hasta Crimea, y debo constatar que (puedo excluir mucho en el proceso como coincidencia) allí donde aparecen bolcheviques en universidades, en reuniones callejeras, consejos obreros, 90 de cada 100 eran judíos. Además, me los he encontrado con el periódico "*Prawda*" (el órgano bolchevique) bajo el brazo en Crimea en hospitales militares de campaña (Crimea estaba llena de ellos), y muchos informes del frente apenas dejaban ver otra cosa que fuerzas judías de subversión. A pesar de todo ello, no tendría derecho a considerar estas observaciones personales como típicas del movimiento bolchevique, si hechos independientes de ellas no atestiguaran lo mismo.

En Alemania se comete el error de considerar el bolchevismo como una necesidad rusa. Bueno, sería evidente, después de todo, si tras la liberación de una restricción los revuelos represados se desataran con fuerza redoblada. Esto también puede ser cierto en muchos casos, pero, en general, hay que decir que no existía una necesidad para el siguiente *asesinato en masa*, a menos que la genuina idea rusa de *Tolstoi*: no ser capaz de resistirse al mal, produjera sus consecuencias.

Aparte del gobierno paralelo de los consejos obreros de Petersburgo, en *Kronstadt* se había formado una república especial de marineros. No reconocía ninguna ley sobre sí misma, el débil gobierno negociaba con los amotinados como con un poder con iguales derechos, y así fue posible que en junio de 1917 varios miles de marineros, incitados y dirigidos por un estudiante judío del Instituto Politécnico de Riga, el tristemente célebre *Roschal*, remontaran el *Newa* para derrocar al gobierno. El levantamiento armado fracasó y los líderes más importantes, *Bronstein* (*Trotzki*), *Rosenfeld* (*Kamenev*), *Nachamkes* (todos judíos) fueron encarcelados. Pero no por

mucho tiempo. Gracias a la energía de Lieber, pronto volvieron a ser liberados, a lo que siguió naturalmente la reivindicación en nombre de la libertad, los bolcheviques, al fin y al cabo, sólo habían luchado por sus ideales, y hay que respetar esta convicción. De lo que se desprende que hace bien en dejar trabajar a sus hermanos en muchos partidos.

Ahora sí que se puso en marcha la subversión. La resistencia moral de los soldados estaba naturalmente desgastada por los tres años de guerra, así que no es de extrañar que los hombres prefirieran escuchar la sirena de la paz que les prometía libertad, tierra y pan que la orden de atacar.

Kerenski, el nuevo Ministro-Presidente, no pudo salvar la situación. Se ha escrito mucho sobre su personalidad, muchos en Alemania veían en él a un judío, otros a un imperialista ruso, el tercero a un idealista puro. La imagen que el Prof. Freytagh-Loringhoven ofrece de Kerenski es, sin duda, la que más se acerca a la verdad. Su padre era director de instituto, su madre (supuestamente) hija de un general. Por lo tanto, procedía de los círculos de la intelectualidad y era un representante típico de una gran categoría de su centro. Quien hace el "Idiota" de Dostojewski, encuentra en el príncipe Myschkin su desconcertante parecido (pero después de quitarle el rasgo místico, brillante), pronto tímido, pronto ardiente de idealismo, luego vanidoso en la oratoria, luego megalómano, vacilando de un lado a otro entre dos principios. Al igual que Myschkin no sabía a cuál de las dos mujeres amaba, Kerenski tampoco sabía si debía seguir su doctrina marxista o el sentimiento nacional. Tras maniobras más que ambiguas, finalmente aterrizó donde la gloria barata como orador floreció para él. Pero sus discursos histéricos no frenaron el agotamiento, el congreso de los soldados se reunió en octubre de 1917 y, por encima del gobierno, exigió a los ejércitos que tiraran las armas.

La historia de este congreso es muy instructiva. Todas las cuestiones de naturaleza social y política debían ser respondidas en él, pero la mayoría de los ejércitos rusos, en vista de la inminente situación militar, rechazaron las cuestiones políticas en ese momento. Esto no supuso obstáculo alguno para los bolcheviques más fervorosos: reunieron a todos sus representantes, el alférez Abrahamow (Krylenko) se sentó en la silla del presidente y emitió proclamas y decretos en nombre del ejército ruso, sin autorización y sin poder. Los intentos de Kerenski de suprimir esta audacia fracasaron estrepitosamente: la guarnición de Petersburgo, desmoralizada por la inactividad y abastecida con dinero de una fuente misteriosa (uno estaba convencido de que era [dinero] alemán, ya que el judío Fürstenberg-Ganzezki de Estocolmo había transferido grandes sumas al consejo de soldados de Petersburgo, de forma demostrable), se puso del lado de su dador de dinero y a principios de noviembre de 1917 derrocó al último gobierno ruso. También es característico que en la última sesión del preparlamento formado [Vorparlament] no habló ni un solo ruso del lado contrario, ¡más bien sin excepción judíos!

La victoria de los bolcheviques estaba así decidida, y ahora los judíos ya no podían contenerse: dejaron caer la máscara y erigieron un gobierno ruso casi puramente judío.

Lenin era casi el único no judío entre los comisarios del pueblo, por así decirlo, el cartel ruso de la empresa judía; pero en términos de carácter sin duda el más fuerte. ¿Quiénes eran los demás? Aquí se dan solo los nombres que muestran abiertamente el innegable dominio judío. El ya nombrado Bronstein (Trotzki), el alma del terror rojo, se convirtió en Comisario de Guerra y Comisario de Asuntos Exteriores; el Comisario de Cultura Lunatscharski, el Comisario de Comercio Bronski, el Comisario de Justicia Steinberg, el Comisario de Lucha contra la Contrarrevolución el monstruo Moses Uritzki. Miles de personas fueron llevadas a su prisión en la infame Gorochowaja nº 2 y asesinadas sin juicio. (Más tarde fue fusilado.) Comandante Supremo de todos los ejércitos, tras una metedura de pata demasiado grande de Krylenko, el judío Posern. Presidente del Consejo de Obreros y Soldados de Petersburgo Sinowjew, del Consejo de Obreros y Soldados de Moscú Smidowitsch, del de Charkow Rosenfeld (Kamenew); la delegación de paz en Brest-Litowski estaba formada por Bronstein (Trotzki), Joffe, Karachan (armenio) y era judía hasta el mecanógrafo. El primer correo a Londres (llevó a sus hermanos de sangre noticias probablemente felices) fue el judío Sr. Holtzmann, y los judíos brotaron de la

tierra como setas como representantes del gobierno soviético en todas las tierras. En Berna, el embajador "ruso" se llamaba Dr. Schklowsky (fue expulsado con todo su personal), en Christiania Beitler, en Estocolmo Worowsky, y el demasiado conocido Josse fue delegado en Berlín. Las negociaciones subsiguientes sobre los tratados suplementarios de Brest-Litowski fueron dirigidas en el lado "ruso" por el nombrado Worowsky, a él estaban subordinados unos 12 judíos y judías y dos o tres letones. Además de todo eso vienen los grandes agitadores de los periódicos bolcheviques, comisarios provinciales y otros altos dignatarios.

Nombro a los líderes judíos más importantes: Marow (seudónimo Zederbaum), Gussew (Drapkin), Ssuchanow (Gimmer), Sagerski (Krachmann), Bogdanow (Silberstein), Gorew (Goldmann), Wolodarski (Cohen), Swerdlow (presidente del consejo ejecutivo supremo), Kamkow (Katz), Mjeschkowski (Goldberg), Rjasanow (Goldenbach), Martinow (Simbar), Tschernomorski (Tschernomordkin), Pjatnizki (Sewin), Abramowitsch (Rein), Ssolnzew (Bleichmann), Swedesditsch (Vonstein), Litwinow (Finkelstein, "negociador de paz" con los aliados), Maklakowski (Rosenbljum), Lapinski (Löwensohn), Bobrow (Nathanson), Axelrod (ortodoxo, también "activo" en Munich), Garin (Carfeld), Glasunew (Schultze), Mrs. Lebedew (Simon), Kamenski (Hoffmann), Naut (Ginzburg), Sagorski (Krachmaljnik), Jagojew (Goldmann), Wladimirow (Feldmann), Bunakow (Fundamenski), Larin (Lurrje), etc... Más tarde, sólo judíos seguían sentados en los bancos y a menudo judíos de 20 años dirigían departamentos enteros en los ministerios. Cualquiera que se viera obligado a ir allí se enfrentaba a señores con nombres rusos y caras judías... Se produjeron varios cambios de personal, pero el principio en la selección siempre ha sido el mismo: asegurar a los judíos una influencia incondicional, incorporar a rusos y letones (el apoyo militar más importante del régimen soviético) sólo en una pequeña parte. Un viejo líder de los revolucionarios, Burzew, escribió una ardiente carta a los bolcheviques, en la que grita al mundo la desgracia rusa que han provocado "personalidades moralmente capaces de difamar, robar y asesinar". Pone en evidencia la traición de bandidos sin escrúpulos contra el obrero ruso y los campesinos del mundo, que aún ven en ellos a "idealistas", y condena tajante y claramente su demagogia y falsedad.

"Durante meses parecieron", escribió Burzew, "partidarios de la asamblea nacional; pero los echaron después de la primera sesión. Siempre han declamado apasionadamente contra la pena de muerte, y ahora son ellos quienes la elevan a sistema. Son partidarios declarados de la justicia de linchamiento; todos sus decretos terminan con la amenaza de fusilamiento. Eran partidarios de la libertad de prensa y, sin embargo, se han revelado como censores y perseguidores de la prensa de una severidad que Rusia aún no ha experimentado. Eran adversarios de las prisiones y son sus más celosos proveedores. Sin investigación ni veredicto, han encarcelado a miles de personas. Hablaron de paz, pero sólo trajeron oídos, que se extendieron por toda la tierra. Se escandalizaron de la diplomacia secreta, pero introdujeron en su diplomacia un secretismo como no conocimos ni bajo el gobierno zarista." Bajo el signo de la fraternidad y la paz, los bolcheviques habían atraído a multitudes imprudentes e inmediatamente se lanzaron con un odio furioso contra todo lo "burgués" y pronto con una matanza sistemática y una guerra civil, si se puede llamar así a esta matanza unilateral. La mientras tanto intelectualidad rusa, que se había esforzado durante décadas por el pueblo ruso y por este bienestar había ido a la horca o había aterrizado en el exilio, fue asesinada en seguida en cuanto se pudo. Kokoschkin y Schingarew, que yacían gravemente enfermos en el hospital, fueron asesinados a traición. Luego los asesinos, naturalmente, quedaron impunes. No se puede exponer todo aquí; pero todo lo que se conocía de recto rusismo, fue despiadadamente ejecutado. Los obreros y campesinos fueron llevados tan lejos que ya no había vuelta atrás para ellos, se convirtieron en las débiles criaturas del tenaz dominio judío, que quemó todos los puentes a sus espaldas. El núcleo real del Ejército Rojo era incondicionalmente fiable, los demás reclutas eran mantenidos bajo la más terrible disciplina.

El reclutamiento era el siguiente: un comisario llegaba a la aldea respectiva y proclamaba la convocatoria militar de todos los hombres de entre 20 y unos 40 años. Si esta proclamación no era obedecida incondicionalmente, aparecía la llamada expedición de castigo y fusilaba a todo el

pueblo, incluidos mujeres y niños. Como a menudo esto se llevaba a cabo sin piedad, aparecían todos los reclutados hasta el último hombre. De esta manera, y sobre todo a través de ella, se mantiene el gobierno judío, pues sabe bien: el odio aún impotente del populacho podría llegar a ser terrible, si no se le sorteara diariamente. Según los datos de "Prawda" ("Verdad"), el periódico oficial, en tres meses fueron fusilados más de 13.000 "contrarrevolucionarios". Pero se podía observar, y en esto coinciden todos los informes más recientes, que el odio contra los judíos en Rusia, a pesar de todo el terror, se extiende a círculos cada vez más amplios. Los rusos más mansos y tolerantes están ahora tan saturados por él como el anterior funcionario zarista. Si el actual gobierno cae, entonces no quedará ningún judío vivo en Rusia; se puede asegurar eso con certeza; quien no muera fulminado, será expulsado.

El espíritu judío

El Talmud

Si queremos formarnos un juicio sobre la naturaleza del espíritu judío, tenemos que remontarnos necesariamente a aquellas palabras que son la expresión más monumental del mismo y que aún hoy, como se ha dicho, son veneradas por dos tercios de toda la judería como absolutas e inviolables: el Talmud.

Ya se han dicho algunas cosas sobre ella, en concreto, se han mencionado brevemente sus leyes morales. Ahora quiero iluminar algunos otros aspectos. E incluso si es repugnante tener que ponerlo por escrito, esto no debe evitarse, si uno quiere ver lo que todo puede soportar en un "libro religioso".

Lo extraño a juicio de nuestros contemporáneos es que consideren el Talmud como un libro religioso, contra el que luchar es retrógrado y muestra intolerancia. Pero si uno lee los innumerables tratados, entonces uno se asombra de no encontrar nada de religión, al menos lo que entendemos por religión. No aparece ninguna idea metafísica, ninguna búsqueda de la solución del enigma de la vida, ninguna imagen que pueda ilustrar nuestro secreto, ninguna conjetura, ningún misterio. Todo es evidente y claro. El mundo fue creado de la nada por el dios de los judíos, el pueblo que se supone que gobierna el mundo y al que todo lo creado pertenece por derecho. Este es el fundamento "religioso". Aparte de los absurdos moralizantes y la grosería, las mezquindades provienen de una patología de locura arrogante que uno se resistiría a tomar en serio, si no salieran de la boca de los rabinos venerados por los judíos. Algunos ejemplos de ello: "Cuando Salomón estaba en el cuerpo de su madre, se puso a cantar una canción, como está escrito en Pf. 103, 1: "Alabado sea mi alma el Eterno, y mis entrañas tu sagrado nombre". "Cuando mamó del pecho de su madre y observó los pechos, empezó a cantar una canción V, 2: "Alabad mi alma al Eterno, y no olvidéis todas sus buenas acciones". Según el rabino Abahu, las palabras "todas sus buenas acciones" quieren decir que dios puso sus pechos en el lugar de la razón, o que él (Salomón), como Jehuda, quiere decir no ver el lugar de la vergüenza, o, según R, Mathna, que él no mama en un lugar sucio.

Gen, 2, 22: "Y el dios eterno construyó la costilla". Rab y Samuel tienen opiniones diferentes al respecto. Según uno, era la cara (de la que se formó algo), según el otro, era un pene. Es correcto según éste, ya que está escrito Pf. 139, 5: 'Por delante y por detrás, me has formado', pero ¿qué quiere decir el pasaje, según el que supone que fue un pene?"...

R. Gamliel: Un día toda mujer dará a luz, pues está escrito Jer. 31, 8: 'La embarazada y la que da a luz juntas' Un día los árboles darán fruto diariamente, pues está escrito "Ezech. 17, 33: 'Brotarán ramas y darán fruto'".

R. Jeremías: "El primer ser humano tiene dos caras, Sal. 139, 5: "Por delante y por detrás, me has formado".

R. Samuel: "¿Por qué las palabras de la Thora fueron comparadas con la gacela?" "Para decirte: 'Así como la gacela tiene un cuerpo esbelto y parece a su macho tan querida en cada hora como en la primera, así también las palabras de la Thora son tan queridas por sus guardianes como en la primera hora'".

R. Eleazer: "Si está escrito Deut. 6, 5: 'Debes amar al Eterno, tu dios, con toda tu alma, ¿por qué sigue diciendo, con toda tu fortuna?', y si está escrito: 'Con toda tu fortuna, ¿por qué dice con toda tu alma?'. Quiere decirte que hay muchos seres humanos a quienes su cuerpo es más querido que su dinero, por eso dice: 'Con toda tu alma, y de nuevo, que hay muchos seres humanos a quienes su dinero es más querido que su cuerpo, por eso dice con toda tu fortuna'. Que la fortuna se tome aquí en el sentido literal de dinero en efectivo, es característico, así como que no se hable del alma, a la que se ama más que al cuerpo y al oro.

R. Papa: "Si uno ha comido o bebido de cuencos o jarras emparejadas, ¿cómo se evitan las malas consecuencias? Uno agarra el pulgar de su mano derecha con la mano izquierda y el pulgar de su mano izquierda con la mano derecha y habla así: 'Tú y yo somos tres'. Pero si uno oye decir: 'Tú y yo somos cuatro', debe decir: 'Tú y yo somos cinco, etc.'".

Está escrito Jona 2, 1: 'El Eterno dijo despachó un pez para devorar a Jona. Pues dice, después de todo, Verso 3: y Jona oró al Eterno desde el vientre del pez y habló: 'He llamado desde mis confines al Eterno...'. No hay duda; tal vez el pez grande lo escupió y el pez pequeño lo devoró'.

R. Meir: "¿Dónde se puede probar que incluso los embriones en el cuerpo de la madre han comenzado a cantar una canción? Porque está escrito Pf. 68, 27: "En las asambleas alabad a dios el señor, desde la fuente de Israel'".

Debido a la sarna, se sopla en la trompeta el sábado. Pero hemos aprendido: ¿Si otros castigos se han despertado y cubren el todo, por ejemplo, sarna, langostas, moscas, entonces uno no sopla, más bien grita (reza a dios)? Es una pregunta corta, se trata simplemente de si la sarna está húmeda o seca.

Rab Jehuda ha dicho: "Uno pone o en el Synedrium sólo tal hombre que entiende cómo explicar el reptil puramente (a través de inferencias) de la Thora. Rab ha dicho: "Soy capaz de explicar puramente a través de inferencias. ¿Si entonces una serpiente, que mata y por lo tanto aumenta la impureza, es pura, entonces, con respecto a un reptil que no mata y aumenta la impureza, el decreto es ciertamente válido que es puro"! Esto no es sostenible, ya que (la serpiente) es simplemente como un trono (que puede matarnos y sin embargo es puro).

Está escrito Éxodo 8, 2: "Y la rana subió y cubrió Egipto". Según R. Eleazar, era una sola rana, pero se multiplicó y llenó toda la tierra de Egipto. Tannaiten son de bastante diferente al respecto. R. Akiba dice: "Era sólo una rana y llenó toda la tierra de Egipto". Entonces R. Eleazar ben Asarja le habló: "Akiba, ¿qué tienes que ver con la Haggada? Allí sólo había una rana, pero silbó a las demás y todas vinieron".

Interrumpo esta petulancia ingeniosa, basta para demostrar tangiblemente la desolación del espíritu. Pero hay que insistir en un punto. Las cuestiones sexuales ocupan mucho espacio en todas las discusiones, ya vimos algunos ejemplos. No con una sensualidad natural, tampoco con la imparcialidad objetiva de un higienista, más bien con la repugnante lujuria de viejos calvos, que no pueden satisfacerse lo suficiente con la representación de actuaciones sexuales. La pluma se resiste a escribir estos masajes, pero no hay nada más que hacer para refutar el reproche de estar cometiendo una injusticia.

R. Chama: "Quien establece su lecho entre el norte y el sur, recibe hijos del sexo masculino", como está escrito Pf. 17, 14: "Y con tu tesoro le llenas el vientre, tendrás hijos en abundancia".

Tres cosas son una representación del mundo futuro: el sábado, el sol y el servicio. ¿Cuál? ¿Querría uno decir: el servicio de la cama (relación sexual), esto debilita, sí? Solamente es el servicio de las aberturas femeninas que se significa.

La mujer es un tubo lleno de inmundicia, cuya boca está llena de sangre.

R. Jochanan: "Toda mujer que tiene relaciones sexuales con su marido obtiene hijos, cosa que no existía ni en tiempos de Moisés".

Las mujeres de los incultos son escoria y de sus hijas está escrito Deut. 27, 21: "Maldito el que se acueste con cualquier ganado".

Quien se ocupe de la Thora en presencia de una persona inculta será considerado como si se acostara con su prometida.

Los rabinos han enseñado: "Quien mantiene relaciones sexuales en una cama donde duerme un niño, tiene hijos epilépticos".

La pregunta fue dirigida a Ben Soma: "¿Puede un Sumo Sacerdote tomar a una virgen que está preñada, o no se debe considerar lo que ha dicho Samuel: 'Puedo acostarme con muchas vírgenes sin sangre', o acaso no sucede lo que ha dicho Samuel?". Él les respondió: "En efecto, lo que ha dicho Samuel no sucede, pero es de temer que tal vez se haya quedado embarazada en un baño. Pero Samuel ha dicho, después de todo: "Todo fornicador cuya semilla no sale disparada como una flecha no queda preñado...". Sólo él puede haber sido antes como una flecha que dispara, después de todo".

Los ancianos han dicho: "Los lameculos, los leprosos y los que cohabitan con la mujer menstruante, pueden leer en el Pentateuco, en los profetas y en las historias de vida de los santos, sólo para el hombre lameculos está prohibido".

Elia: "¿Por qué no viene el Mesías? Mira, ahora es Jom Kippur, puedo acostar a tantas y tantas vírgenes". Entonces Rab Jehuda le preguntó: "¿Qué dice entonces el santo?" Él respondió: "Dijo con Gen. 4, 6: "El pecado descansa ante la puerta". "¿Y qué dice Satán?" Respondió: "Satanás no tiene poder en Jom Kippur".

R. Simeón: "Una prosélita que tenga menos de tres días y un día de edad es apta para el sacerdocio (esto significa que el sacerdote puede acostarse con ella)", pues está escrito Rum. 31, 18: "Y todos los niños de entre las mujeres que no hayan conocido el coito con un hombre dejadlos vivir para vosotras". Un cántaro hace bonita a una mujer, dos la hace fea, a los tres pide (impúdicamente) con la boca, a los cuatro toma el burro en el mercado (para su satisfacción).

R. Johanan: "Nacen niños cojos, porque los padres invierten su mesa (su lecho durante el coito); nacen niños mudos, porque besan ese lugar (los genitales); nacen niños sordomudos, porque parlotean en la hora del coito; finalmente, nacen niños, porque miran ese deporte".

R. Jochanan: "El órgano de procreación de R. Ismael era tan grande como un tubo de seis Kab". R. Papa: "El órgano de procreación de R. Jochanan era tan grande como un tubo de cinco Kab, según otros como de tres Kab". El órgano de procreación de R. Papa era tan grande como una cesta de los habitantes de Harpania.

Cada malhechor (Simri) se acostaba en este día 424 veces (las mujeres Medianitas) y Pinchas esperó por una tanto tiempo hasta que su energía se debilitó. Pinchas no sabía que el fuerte rey (dios) estaba con él. Se ha enseñado en una Boraita: "Él se acostó con ella 60 veces hasta que él se volvió como un huevo podrido y ella como una cama llena de agua".

Estos ejemplos pueden bastar para poner visiblemente de manifiesto la extranjería del espíritu judío. ¿Cómo es posible que productos de tal carácter, transmitidos, discutidos, celosamente conservados durante milenios, puedan ser presentados como un libro de religión y moral? Aquí debe decidirse claramente y de una vez por todas que lo que se expone en el Talmud ha surgido de una naturaleza hostil hacia nosotros. Es una propiedad específicamente judía. "Lo único cierto", dice el judío Dr. Bernfeld, "es que la enseñanza verbal está íntimamente ligada a la tribu judía, es pierna de su pierna y carne de su carne". Y el historiador judío M. Kayserling incluso se rebaja al elogio de nombrar el Talmud como "la obra más espléndida" que se ha visto en milenios, de la que no se encuentra nada igual en ninguna literatura. Todos los hebreos piensan lo mismo.

Es probable que no haya existido un ser humano más paciente, ni uno tan inclinado a desdibujar y negar las diferencias individuales en el carácter del pueblo, como Tolstoi. En interminable repetición, predicó (concretamente en sus cartas) la igualdad de pensamiento en China, India, Judea, Europa. Pero cuando abandonó su airoso castillo, construido a partir del dogma de la igualdad humana, y observó más de cerca las obras de la gente, entonces el gran hombre, sin

embargo, llegó a resultados diferentes. Al estudiar el Nuevo Testamento, según relata, fue para él como para un cazador de perlas, que echa su red en busca de los preciados músculos, pero simultáneamente con ellos arrastra barro y suciedad, de los que primero tiene que extraerlos. "Y así encontré junto a un espíritu cristiano puro un espíritu judío, extraño y sucio".

Schiller se situó con el mayor respeto ante muchas figuras del Antiguo Testamento, concretamente ante la personalidad de Moisés, pero ya distingue con instinto seguro (sin un conocimiento más cercano de las conexiones reales) entre la "indignidad y bajeza de la nación" y los "servicios de su legislador". Llama a los judíos un "recipiente impuro y vil", en el que, sin embargo, se almacenó algo precioso, que más tarde podría madurar "en mentes más brillantes", un, "canal impuro" a través del cual se nos trajo el más noble de todos los bienes, la verdad, que, "sin embargo, se rompió tan pronto como realizó lo que se suponía que debía hacer".

Goethe pensaba que el contraste entre los judíos actuales y sus "antepasados nos molesta". Ambos grandes hombres tenían, pues, un sentimiento dividido hacia el pasado judío. Pero esto debe dispersarse, si, como sabemos hoy, los grandes hombres del pasado hebraico no fueron en absoluto los antepasados de los judíos actuales, que la judeidad es un producto muy posterior. Moisés también (ya el nombre no es hebreo), según las representaciones egipcias, es un sacerdote egipcio huido por el nombre de Osarsiph.

No, el judío no se ha "roto", el canal se completó en su formación desde el exilio, sí, incluso antes, sólo que se ha hecho más fuerte y distinto.

Esta resistencia instintiva de Tolstoi, de Schiller, de Goethe, por citar sólo a algunos grandes hombres, debe ser sentida por todos los que se han acercado a los productos del espíritu judío y han conservado aún el sentimiento natural: los ejemplos anteriores del Talmud deberían estimularlo. El judío nos declarará, en efecto, "ultrafilisteos", lo que, según Abraham Geiger, somos hasta la médula; por los sucesores, Graetz, seguiremos siendo tachados de "los más limitados de todos los pueblos", pero eso no debe molestarnos.

El espíritu técnico

Examinemos brevemente la estructura del espíritu judío.

Es realmente vergonzoso, pero no por ello menos cierto, que el concepto cultura siga teniendo un carácter muy vago en amplios círculos y se extienda acríticamente a casi todas las manifestaciones de la vida. Hoy en día, el ferrocarril y la poesía, el dirigible y la filosofía, la calefacción central y la religión pertenecen a la cultura; aquí es necesaria una separación metódica. Por cultura hay que entender únicamente las expresiones de un ser humano, que son el resultado (ya sea del sentimiento o del pensamiento) o una visión del mundo. A esto pertenecen la religión, la filosofía, la moral, el arte y la ciencia, en la medida en que no sea puramente técnica. El resto es comercio, economía, industria, quiero designarlo como tecnología de la vida. A mí me parece ahora una visión importante de la naturaleza del espíritu judío, si lo llamo un espíritu bastante abrumadoramente técnico. En todos los ámbitos que considero pertenecientes a la tecnología de la vida, ésta, como hemos visto, ha actuado siempre con tenaz energía y con gran éxito. Pero incluso de donde brota la cultura, es sólo el exterior, el lado técnico de la misma en sus diversas formas, lo que ha estampado o adquirido. Esto requiere una explicación.

La moral, por ejemplo, se basa en un sentimiento que descansa en lo más profundo de nuestro ser, en la voz "suavemente audible", según Goethe, de "lo que hay que hacer y lo que hay que huir". Se expresa en la sociedad humana en mandamientos morales y leyes estatales; éstas son la tecnología de la moralidad. Cuanto más claro y seguro esté arraigado en un pueblo el sentimiento de lo correcto y lo incorrecto, menos requerirá una complicada tecnología jurídica, más cultura del alma poseerá. Por eso es un juicio totalmente engañoso ver en la minuciosa enumeración de acciones ordenadas y prohibidas de la vida cotidiana una expresión emanada de la alta moralidad.

Todo lo contrario: es una señal de que el énfasis de la moralidad no reside en el interior del ser humano, sino que ésta debe determinarse de forma puramente externa, siendo decisivas la recompensa y el castigo por la observancia. Y aquí es característico para el espíritu judío que la simple moralidad del bien y del mal haya dado lugar a una maraña de leyes y a comentarios que duran siglos. Sólo para el Sabbat hay 39 párrafos de actividades prohibidas, se supone que Moisés recibió 365 prohibiciones y 248 mandamientos en el monte Sinaí. Sobre esta base, sin embargo, la ley judía ha construido en primer lugar con miles de normas de comportamiento que deben seguirse más estrictamente. Aquí ya no se trata de la expresión de un sentimiento moral, sino simplemente del conocimiento y dominio de reglas técnicas. "Quien conoce la ley, es virtuoso", dice Jesús Sirach. Y Bernhard Stade, un investigador favorablemente inclinado hacia los judíos, después de todo, informa: "Falta la idea de medir las acciones según su contenido o según el sentimiento del que emanan... Las acciones se juzgan de forma diversa, sobre todo, según se hayan hecho en Canaán o no, se limiten a israelíes o a extranjeros". Tenemos aquí los comienzos del Talmud posterior, que bajo esta perspectiva no es otra cosa que un aparato técnico minuciosamente complicado con cuya ayuda deben resolverse todas las cuestiones. Pero como el dominio de esta herramienta requiere una gran resistencia, incluso entre los judíos no eran demasiado numerosos los hombres que a cada paso de la vida (ya se trate de la sinagoga o del retrete, da lo mismo) tenían a mano una cita de Moisés o del Talmud. Estos adeptos de la ley eran entonces también las personas más veneradas, su nombre penetraba en todas las tierras habitadas por judíos, la erudición en sí misma gobernaba. Tan grande era la alta estima por el conocimiento puramente como tal, que incluso un Goy erudito a menudo tenía que ser visto como un ser humano. Si el padre Samuel prohibía al ser humano (esto significa al judío) asociarse con el Goy, dijo Meir: "El ser humano debe tener tres bendiciones en cada día, a saber, que dios no me ha hecho un Goy, una mujer, y que no me ha hecho una persona ignorante", entonces se declaraba posible, después de todo, mantener relaciones con un Goy erudito.

Pero hay que señalar una distinción fundamental entre saber y conocimiento. Pues se puede constatar fácilmente, que los indios tendrían un saber amasado, que sólo se podría dominar después de décadas de trabajo, y tendrían entonces en consecuencia un espíritu relacionado con el judío. Entonces hay que notar que el conocimiento del indio emanaba del anhelo de conocimiento de la conexión del mundo y de nuevo corre hacia el conocimiento purificado y simbólico, que este conocimiento por lo tanto sólo sirvió como medio para un propósito que se extiende más allá del mismo. El judío, a lo largo de toda su historia, ha rechazado la búsqueda del conocimiento de sí mismo, ha evitado cualquier idea metafísica como una enfermedad infecciosa y ha perseguido a las pocas excepciones que coqueteaban con la filosofía. El conocimiento de la ley era para el judío un fin en sí mismo.

Este espíritu técnico, que ha convertido el sentimiento moral en un sistema de prohibiciones y mandamientos, que, en su monstruosa confusión y en su esgrima sin espíritu con espejos, no tiene igual en la literatura mundial, es necesariamente antimetafísico, pues de otro modo no podría haber surgido en absoluto. Un espíritu dirigido a lo externo debe tener una respuesta para todo, ya que interiormente no siente nada sin fondo, infinito. Pero una fuerza formativa pertenece incluso a esta entonces necesariamente estrecha visión de la vida. Y para ello, el espíritu judío no ha suministrado mucho más que la eterna tautología: dios es dios.

En tierras extranjeras, el judío aprendió por primera vez algo de dios como creador del universo, de los mitos de esta creación, de la Caída (del hombre), del principio bueno y malo, de la inmortalidad del alma.

En el choque con las ideas extranjeras, el espíritu judío mostró su individualidad característica. Las imágenes y los mitos se convirtieron en anécdotas en sus manos, el intento de ilustrar una experiencia interior se interpretó como un hecho histórico material. De la Caída del hombre, el símbolo sumerio-acadio de un acontecimiento espiritual, pasó a ser un relato histórico, la serpiente no era en realidad más que una serpiente, la manzana realmente una manzana, todo un asunto cotidiano. Cuando los judíos oyeron hablar a los persas de la inmortalidad del alma

humana, cuando oyeron hablar del Salvador del Çaoshinaç, que redimiría al mundo del poder del principio par para establecer un reino de los cielos, al que entrarían no sólo los piadosos, sino también, aunque tras un duro castigo, todos los innumerables pecadores, entonces captó de este principio de amor redentor del mundo sólo la idea del Mesías gobernante del mundo. El reino de Dios se convirtió en un estado esclavista en el que los judíos gobernarían como tiranos. El mito de la creación del mundo se convirtió para los judíos en el punto principal de su posterior cosmovisión; cerraba su visión de la vida para siempre. Su ingrediente era que había sido creado de la nada. En cualquier caso, los judíos estaban ahora plenamente informados de todo: el dios judío crea un día el mundo de la nada, existe para servirnos y dará el gobierno en el reino venidero sobre toda la gente. Uno ve, la imagen se completa, la vista lógica.

En una antigua canción india dice:

*La oreja se levanta, me abre el ojo
La luz de mi corazón cobra vida
¡El espíritu atrae la búsqueda a grandes distancias!
¿Qué debo decir y qué debo componer?*

¿No es como si un ala del infinito, con estas palabras de los cantores indios, batiera un amplio aleteo y se elevara por encima de toda restricción terrenal? O como si la melodía que concluye una de las palabras filosóficas más antiguas sobre la creación del mundo terminara así:

*El que ha hecho este mundo o no,
¿Lo sabe o da igual que no lo sepa?*

De nuevo, termina con una pregunta. Estas sensaciones hacia la eternidad son la realización del espíritu, que como milagro prematuro vive en las personas, del "sabio espíritu sin edad". El indio siente dentro de sí algo eterno, se ve frente a un infinito, no puede cerrarse a todas las puertas del espíritu. El espíritu judío, sin embargo, se asusta de tales conceptos, si se le enfrentan. El Antiguo Testamento es testigo de ello. Y Juda Halevi, tal vez la personalidad más simpática que ha producido el judaísmo, se expresa poéticamente, estremeciéndose por dentro, como sigue:

*No me dejes tentar por la sabiduría griega,
Que no da frutos, como mucho flores,
¿Y su contenido? "El universo no creado
Ante todo tres, rodeados de mitos".
Escucha con avidez sus palabras. Vuelve,
El pene en la boca, el corazón vacío, insatisfecho.
Por eso busco canciones en el camino de Dios
Y evitó el camino de la falsa sabiduría.*

El judío no puede captar el mythos y el símbolo, pero si los adopta, entonces se convierten en la magia más salvaje (véase el Sohar, la Cábala), por eso también Cristo y la enseñanza del reino celestial, lo "interno dentro de nosotros", le resulta repulsivo, siente aquí el ataque más fuerte contra su naturaleza. Cómo habla el Talmud de Jesús, ya lo hemos visto' pero es importante subrayar que también los autores judíos, que no piensan estrictamente talmúdico, no tienen opiniones divergentes sobre este punto. En efecto, no siempre se encuentra un odio, al menos no pronunciado, sino siempre una incomprensión total hacia la personalidad Jesús. Todos ellos se sitúan en el punto de vista de que Cristo no era en absoluto el portador de una nueva moral, más bien sólo había adoptado las enseñanzas del gran Sanedrín, a saber, Hillils, el presidente del mismo; las diferencias entre él y los fariseos son historias malintencionadas posteriores, etc. Todas las reservas de la erudición judía se sacan a relucir con este fin. Algunos ejemplos de la

gran literatura. El rabino *Josef Eschelbacher* dice: "Así como para la doctrina de dios, también para los mandamientos del derecho, la moral y la caridad, el Antiguo Testamento ha sido y sigue siendo la fuente principal del cristianismo". Desgraciadamente es así, pero Cristo es inocente de ello. Con toda intención se enfrenta a la tradición transmitida hostilmente: "Habéis oído que se ha dicho a los ancianos, pero yo os digo..." "Hijos del diablo, cría de serpientes y de víboras". Ya el hecho del odio milenarista contra Cristo es la prueba más infalible de que la naturaleza judía se conoce a sí misma lejos de la personalidad Cristo. ¿Pero se supone que debemos seguir enarbolando la bandera del Antiguo Testamento? No, mientras nuestros hijos tengan que venerar las historias inventadas de los archisabios de Jakob, Laban, Juda como documentos de religión, mientras el espíritu del Pentateuco y de Hesekiel sobrevuele en nuestras iglesias, por tanto tiempo aún no ha nacido una religión digna de nosotros. "Los evangelios simplemente no son una doctrina religiosa independiente e internamente consistente", dice el mismo rabino, "Jesús nunca pudo ni quiso proporcionar tal cosa. Un cristianismo sin la sólida base del Antiguo Testamento flota en el aire y huye en una niebla fugaz cambiando de forma una y otra vez".

Aquí está de nuevo el miedo judío a una figura no atada a las botas españolas, y aquí de nuevo no se habla de religión como imagen del interior humano, sino de leyes técnicas, fundamentos, etc.

Según el rabino Bäck, no hay rasgo bueno alguno de cuyo profeta no haya aparecido el judío; él ha sido el predicador de la reverencia, la idea del deber, de la lealtad y del humanitarismo brotan de él, el desinterés de los sentimientos, la tolerancia hacia los que piensan diferente siempre han estado en casa con el judío... Todo esto se presenta con el adorno de algunos pasajes del Talmud que suenan muy bien, sacados de contexto: el judío aparece en su mayor gloria. Según Bäck, la fuerza de Jesús reside únicamente en que se dirigió exclusivamente a los judíos. Por lo demás, el sabio rabino no considera en absoluto necesario mencionar a Cristo. Si se observa más de cerca su obra, se advierte que Kant y Goethe, a medias, se han erigido en padrinos, cuyas ideas fueron luego atribuidas a los judíos según el método probado. Cómo ya Goethe advirtió contra otro rabino (Mendelssohn): "¡Oh, pobre cristiano! Qué mal te irá, si poco a poco habrá tejido a tu alrededor sus pequeñas alas vinculantes". *Abraham Geiger*, una de las mayores autoridades del judaísmo liberal, tampoco habla bien del cristianismo: "Las ideas y sentimientos del cristianismo son de una gran vaguedad, están en conflicto con todas las certezas populares, de modo que no pueden echar raíces en ellas, meros fantasmas que niegan la vida real, sueñan con una vida sin carne imaginada, ensanchan el abismo entre el espíritu y el cuerpo, de modo que ven la dicha en su destrucción". Hay que leer atentamente este pasaje, contiene en pocas palabras toda la cosmovisión judía. Como el cristianismo se resiste al folclore judío, está "en conflicto con todas las certezas folclóricas".

De ahí que resulte comprensible que el hombre de Galilea, "fértil vivero de supersticiosos borbotones", aparezca ante el Sr. Geiger bajo una luz singular. "No podemos negar a Jesús una profunda interioridad, pero de ideas nuevas... de una gran obra de reforma, no hay ni rastro. En Jesús había una extraña mezcla de claridad de razón, nubosidad espiritual y fanatismo, como la que encontramos a menudo en hombres de esta clase, y depende simplemente de las circunstancias, si de la aparición de tales hombres se desarrolla una secta que desaparece o una federación religiosa duradera".

De ahí que Cristo perteneciera realmente a un sanatorio.

Más claro y honesto es Hirsch *Graetz*, que ve en Jesús al "recién nacido con la máscara de la muerte"; esto ya recuerda algo al lenguaje del Talmud. Y el talmudista de hoy no deja nada que desear en la claridad de su manera de expresarse. El Dr. *Lippe*, cuyos escritos como "los sabios españoles" deben ser leídos (Dr. Bursin) escribió entonces también en el año 1897: "Hace aproximadamente 1.900 años que un gobernador romano de origen alemán, de nombre Poncio Pilato, mandó asesinar a miles de judíos, entre los cuales se supone que también se encontraba uno a quien los pueblos arios, mucho después de su ejecución, ascendieron a dios. Por el asesinato de este hombre-dios, los arios han derramado desde entonces numerosos ríos de sangre

judía sin haberlo vengado aún después de 60 generaciones... La iglesia cuida de que el símbolo de la cruz-gallo no se aleje de su propósito original (el asesinato)". Estos diversos niveles en las expresiones de los eruditos judíos muestran una incompreensión tan abismal que uno no debe cansarse de señalar una y otra vez el peligro que un espíritu judío, si es admitido a la eficacia dentro de una comunidad cristiana, debe necesariamente traer consigo, lo quiera o no. (Aparte del ambiente germánico, mucho más extraño aún.) *Zunz* llamaba a la judería el grillo de su alma. Pues bien, el judío no se libra de este "grillo", aunque se bautice diez veces, y el resultado necesario de su influencia es siempre y en todas partes el mismo: desespiritualización, descristianización, materialización.

Esta es la idea que uno se lleva a casa de la historia del espíritu judío. De la religión, la filosofía surgen manuales técnicos; incluso los hombres más grandes no hacen excepción. Uno se somete al esfuerzo de leer el *Moreh Nebukim* de Maimónides, una obra gigantesca de tremenda erudición y, sin embargo, tan carente de toda verdadera grandeza de alma y espíritu. Muchos nombrarán también a Spinoza. Pero según Jowett ya no cabe duda de que Spinoza debe todas sus verdaderas ideas al intelecto de dos hombres: Descartes y Giordano Bruno. Como genuino técnico judío, el suyo ha logrado la obra maestra de llevar estos opuestos a un denominador común y acoplarlos en un "sistema" sofisticado. Que pudiera hacer esto, demuestra que no entendían a ambos. Pero que Spinoza coqueteara con el panteísmo de altar, le acarreó naturalmente la más encarnizada hostilidad de los judíos de entonces; pero en el procesamiento de la misma, era un judío igual que un rabino. Aseguraba con franqueza que todo podía explicarse de la manera más cómoda sin tener que aceptar un misterio, un secreto. *J. Freudenthal* lo reivindica entonces con razón para el judaísmo, el Dr. *Spiegler* también lo hace. Califica al filósofo de "asimilacionista" e intenta demostrar que debemos todo el conocimiento a los judíos. Así, Spinoza es "el más grande de todos los filósofos", el "mayor héroe de la filosofía de la era moderna", Mendelssohn "ennobleció la lengua alemana y a través de sus obras popularizó la filosofía, gracias a lo cual ésta se desarrolló hasta un florecimiento antes inimaginado", "formó con su dirección elevadora a la nación alemana a lo filosófico", etc. Si se examina más de cerca su *Gallimathias*, se aprende más de él que de muchas obras antisemitas.

Al igual que en la moral y la religión, el espíritu judío se expresa también en la ciencia y el arte. Los judíos se jactan de haber dado a la ciencia a través de todas las épocas un gran número de hombres excepcionales, sobre todo en el campo de la medicina. Casi todos los reyes, dicen, tenían un médico judío, en quien podían confiar más que en sus colegas cristianos. Aunque es incontestable que la influencia natural que ejerce un médico sobre una persona enferma fue un fuerte incentivo para esta profesión por parte del judío y abrió un amplio campo de especulación, y también ha sido utilizada en toda su extensión, queremos suponer, no obstante, que la medicina también ha tenido otro interés para los judíos. Cabría esperar entonces que hubieran tenido que ser ellos los primeros en establecer la anatomía científica. Pero muy lejos. El impulso irrefrenable por la investigación que llenaba a un Leonardo, que le obligaba, bajo riesgo de su vida en sótanos subterráneos, a estudiar la milagrosa estructura del cuerpo humano y a dar cuenta de sus funciones mediante dibujos de una exactitud tan fenomenal, que aún hoy no han sido superados, su vista brillante, las ideas creativas de Descartes, de Copérnico, todo eso no encuentra contrapartida entre los investigadores judíos. A pesar de todos los conocimientos, falta la intuición brillante, la energía creadora. Desde Kant, distinguimos entre entendimiento y razón. Por el uno entendemos la capacidad de combinar los datos aportados por los sentidos en una imagen y de ligarlos bajo la forma de la causalidad; por la otra, la capacidad de ligar estos juicios de la razón en una unión. El entendimiento crea el conocimiento, la razón crea la ciencia, el conocimiento formado. Pero aunque la razón, por otra parte, resume lo dado, no por ello deja de ser activa espontáneamente, en la medida en que extiende sus antenas como idea audaz y conductora. La idea del átomo, la ley de la conservación de la energía, la teoría del éter, no son, al fin y al cabo, cosas que se le puedan ocurrir a cualquier bobo, que tampoco se pueden demostrar fácilmente de forma lógica o empírica, sino que son intentos a tientas de la razón creadora, de la

"imaginación sensual exacta", como la llamaba Goethe. Iban de la mano de una investigación empírica incorruptible.

Resulta entonces difícil delimitar con toda nitidez la esfera del espíritu judío. Siempre ha dominado esa área de la ciencia que se llena sólo con la razón. La falta de imaginación y búsqueda interior, que en la religión y la filosofía condena al judío a la infertilidad, hace su aparición en la ciencia. Ni una sola idea científica creativa ha surgido de una mente judía, en ninguna parte ha mostrado nuevos caminos. De hecho, todavía hoy los talmudistas toman a los viejos rabinos bajo su protección y afirman que "ya hace milenios" se dedicaron a las ciencias y anticiparon muchos descubrimientos modernos. El Dr. Lippe, por ejemplo, afirma en el tratado Berachoth que quien coloca su cama de norte a sur concibe hijos de sexo masculino. Hacía poco que había leído lo mismo en un libro de medicina. En el Talmud se menciona además que ya habían vivido cientos de generaciones antes de Adán; esto lo había demostrado entonces la antropología más moderna. Adán no era en absoluto la encarnación del primer ser humano, sino sin duda una personalidad histórica. Nosotros además que los descubrimientos modernos habían probado que una persona que se ocupa de una sola ciencia sufre de dolencias estomacales, pero uno que se dedica a muchas se pone nervioso. Los antiguos rabinos también lo sabían. Porque está escrito: "La mayor parte de los eruditos mueren de enfermedades estomacales. Si el erudito se pone nervioso, entonces es su iluminación (inteligencia) la que lo agita. Ben Soma y Ben Asai se ocuparon aparte de la doctrina de la ley, también de la ciencia filosófica, y ambos se pusieron nerviosos."

Otro celoso talmudista, el Dr. med. *Kornfeld*, ha demostrado "estrictamente científicamente que la circuncisión altera de tal manera el organismo humano que sólo la persona circuncidada es capaz de absorber la enseñanza". Tal cosa es enseñada, impresa, creída por dos tercios de un pueblo que hoy quiere convencer al mundo actual de que ¡es indispensable! Si esos son los "brillantes" resultados del espíritu investigador judío, uno no puede resistirse a sonreír ante la perogrullada tan ingenuamente exhibida. Cuando el despertar del espíritu europeo, desde el norte de Italia hasta Inglaterra, desde España hasta Polonia, defendió el pensamiento libre y la investigación, y cuando los hombres creativos enseñaron mediante ideas pioneras a cuestionar la naturaleza, todavía no había campo de actividad para el judío. Y cuando los hombres que navegaban alrededor del mundo se atrevían a viajar en la distancia, cuando los descubridores del mundo inventaban aparatos asombrosos para escudriñar los cielos y descifrar las leyes del cosmos, el judío, como en la época de Salomón, se ocupaba del comercio de caballos, la usura y, en el mejor de los casos, de argucias lógicas desde Inglaterra hasta Austria. Nunca se pudo encontrar en él la disposición del espíritu que busca en la amplitud y la profundidad, que Balzac designó más tarde tan bellamente, cuando lo llama un poder que obliga a un erudito germánico a caminar cien millas para mirar a los ojos de una verdad que se ríe de él.

El siglo XIX

Pero la esencia de la investigación científica cambia en el siglo XIX. Si, gracias a los esfuerzos de hombres abnegados, la ciencia ha llegado tan lejos como para seguir la pista de las leyes básicas del cosmos, ahora se unió un motivo, que antes podía destacar menos: la técnica, la utilización directa promoviendo el procesamiento de los conocimientos acumulados. El hombre comenzó a convertirse cada vez más en esclavo de su creación, la máquina, la tecnología tomó cada vez más ritmo en la vida. ¡Y esto significó la brecha por la que el judío se zambulló en nuestra cultura! Goethe lo había supuesto, cuando hizo hablar a Wilhelm Meister: "La maquinaria que toma la delantera me asusta; avanza como una tormenta, despacio, despacio, pero ha tomado su dirección, vendrá y golpeará". Y golpea directo al corazón. Hoy en día ya estamos tan

animalizados que el valor de una idea se juzga únicamente por su utilidad práctica. De ahí la valoración de la personalidad.

Si en el siglo XIX también trabajaban mentes brillantes (quién querría negarlas con Faraday y Mayer), entonces multitud de trabajadores cualificados y perseverantes podían, no obstante, trabajar en el campo de la ciencia. Schiller dedicó el siguiente refrán a Kant y a sus comentaristas:

*"¡Pero cómo un solo rico da de comer a tantos mendigos!
Si los reyes construyen, los carreteros tienen trabajo".*

Reyes que construyeron donde Kant, Goethe, Mayer, Cuvier, Müller, Baer y muchos otros, no había un solo judío entre ellos. Pero se extendieron tan ampliamente entre los carreteros, gracias a su prensa adquirieron tal influencia, que consiguieron suprimir a cualquier rey. Sencillamente, son comunistas en todas partes. Si un profesor Ehrlich es alabado ante los alemanes por los periódicos judíos como un nuevo salvador (¿y cuáles no lo fueron hasta 1933?), más grande que Cristo, es proclamado como el mayor genio del siglo, entonces eso es, aparte de la incapacidad orgánica para distinguir entre lo grande y lo pequeño, propaganda intencionada con fines nacionales. También el profesor Jaques Loeb, que ha escudriñado con mucha laboriosidad la enfermedad del patriotismo para descifrarla como una sobreestimulación de los tejidos, pertenece, junto a todos los demás hombres de su raza y embargados por su espíritu, a los eternamente ajenos a nosotros. También aquí se tiende a convertir un principio de investigación (el mecanicismo) en un dogma rígido del materialismo. Este objetivo estuvo a punto de alcanzarse.

No hay que malinterpretarme. No afirmo en absoluto que el judío sea el único culpable de la materialización animalista de nuestra vida, sino que constato el hecho de que puso todo su poder en energía y dinero al servicio de una tendencia totalmente exteriorizadora y además tuvo que hacerlo correspondiendo a toda su naturaleza milenaria. El carácter alemán, abandonado a sí mismo, habría recuperado pronto su equilibrio; a través del poder judío en la prensa, el teatro, el comercio y la ciencia, esto se le hizo casi imposible. Nosotros mismos hemos tenido la culpa; pues no se debería haber emancipado al judío, sino haber tenido que hacer leyes de exclusión insuperables para el judío, como las que Goethe, Fichte, Herder exigieron en vano. No se permite que el veneno esté por ahí sin vigilancia, no se le conceden los mismos derechos que a la medicina, sino que se guarda cuidadosamente en la cajita negra. Esto es lo que ha ocurrido finalmente -después de 2.000 años- en el Reich nacionalsocialista.

Naturalmente, del ámbito del arte cabe decir lo mismo que de otros ámbitos de nuestra vida. El rasgo, dirigido a lo externo, de nuestro tiempo ha puesto también su sello en él. Ya el tierno Wackeroder sintió su espíritu por adelantado, cuando escribió: "Los más nuevos parecen no querer en absoluto que uno participe en lo que nos presentan; trabajan para señores finos que no se ennoblecen ni se conmueven con el arte, más bien quieren cegarse y cosquillearse al máximo."

Este cegamiento y cosquilleo es hoy el grito de guerra, y tras él se alza una falange cerrada, el espíritu judío. El marchante de arte judío pide hoy sólo obras que puedan estimular la sensualidad, el director de teatro judío lo mismo y el editor igualmente. Hoy nuestros críticos judíos no buscan la voluntad seria de formar, sino más bien la técnica, la pretensión de una obra. Los artistas judíos según esto tienen un canal favorable, pues donde la medida es externa, pueden dejarse ver. Por ejemplo, el tan alabado Max Liebermann nunca habría gozado de este reconocimiento hace 300 años. El hombre tiene su lugar en la historia del arte como pregonero del arte francés, con lo cual su importancia también se agota. Pues la técnica de sus cuadros debería, en el mejor de los casos, haber enfriado, pero no ocultado el vacío interior. Cuanto mayor se hacía Liebermann, más superficiales, más intencionadamente efectistas, se volvían sus cuadros. Los jóvenes judíos se sitúan mayoritariamente en el campo del bolchevismo artístico, del futurismo. Que los representantes de esta tosquedad consiguieran informar al máximo sobre el alma y las indecibles experiencias interiores, va con la locura de nuestros días hasta 1933.

Un ejemplo típico del espíritu artístico judío son los virtuosos que recorren toda Europa. Cantantes, violinistas, pianistas dominan su instrumento con la mayor destreza, los actores interpretan sus papeles con la mayor hinchazón, los directores de teatro judíos dominan la técnica escénica con un refinamiento apenas superado. Pero, de nuevo, todos estos niños milagro judíos, todos estos virtuosos, ¿se han convertido en artistas creativos? Han tratado de forzar la calidad a través de la cantidad y han dado al arte medios que trabajan todos sobre lo sensual. Mahler imaginó como ideal una orquesta de mil voces, Reinhardt abrió un circo teatral con cientos y cientos de participantes. Había que traer de todo para aplastar al público. Profundizando, otros trabajaron luego en sus operetas y "éxitos", en la publicación de novelas basura y así *ad infinitum*.

Un artista que no he mencionado hasta ahora y cuyo nombre puede haber pasado por la mente de muchos, *Heinrich Heine*. Heine ha sido reconocido como uno de los judíos más inteligentes, que gracias a su "dirección intelectual helenística" debía ser capaz como ningún otro de hacer justicia al alma europea. Pero lo que he dicho en general, que es lo externo lo único que se puede comprender y sobre lo que se pone el acento, esto se nos aparece también en Heine. Aparte del "Libro de los cantares", sus obras pueden haber caído en el olvido, pero convendría echarles un vistazo serio por una vez; no para obtener placer, sino más bien para ver cómo el sentimiento y el pensamiento europeos y específicamente alemanes se reflejan en la mente de un judío de talento, que, nacido en la risueña Renania, mamó los cuentos de hadas y las sagas alemanas con la leche de su madre. Este hombre creció, se graduó en un colegio alemán, en una universidad alemana, estudió la historia intelectual y la filosofía de Europa, y plasmó sus opiniones al respecto en numerosos escritos.

Lo primero que constituye una espina clavada en el costado de H. Heine es el cristianismo. Podemos ser siempre tan librepensadores, nunca un gran europeo ha hablado con tanto desprecio impertinente de la manifestación de Cristo. El cristianismo no es más que la "vía de acceso a la cultura europea", por lo demás una "idea estudiantil exagerada", y "la humanidad está harta de hostias consagradas" y "sedienta de pan fresco y carne bonita", hay que sacrificar grandes sacrificios propiciatorios a la materia", pues "el cristianismo, incapaz de destruir la materia, la ha infectado por todas partes". Debemos vestir a nuestras mujeres con nuevas camisetas e ideas como si hubieran sobrevivido a la peste".

Lo mismo ocurre con la idea de lo sobrenatural en la inteligencia judía. Se puede incluso opinar diversamente sobre la naturaleza del cristianismo. Pero la manera en que Heine se expresa nos muestra una disposición intelectual totalmente diferente de la de los europeos. Es el espíritu de la ley del Antiguo Testamento. Heine habla de manera similar sobre la filosofía alemana.

Pasa por alto la vida de Kant con una broma: "La historia de su vida es difícil de describir, pues no tuvo ni vida (!) ni historia (!)". La vida exterior de estricta sencillez es para Heine el límite de la comprensión, el deber cumplido en silencio, la reserva que no lava constantemente la propia ropa sucia ante los ojos de todos, como a Heine le gusta hacer, es para él un enigma. La opinión de Heine sobre el hombre Kant, de cuya obra afirma saber que ha provocado una revolución intelectual, se extiende hasta el viejo solterón de la pequeña pipa española.

Que el divertido Heine arremete contra el estilo de Kant, es evidente: "En este sentido, Kant merece más reproches que ningún otro filósofo...", dice, y añade con benevolencia que antes, sin embargo, había tenido "una forma de escribir a menudo divertida". Heine es capaz de explicarse la forma adecuada para la escuela en que Kant había temido que la ciencia perdiera de otro modo parte de su dignidad. En efecto, surge la idea de que la línea de ideas de Kant requería un lenguaje mesurado, pero no, Kant es simplemente un "filisteo". "Sólo un genio tiene para la idea nueva también las palabras nuevas, pero Immanuel Kant no era un genio". Que el genio, por encima de todo, consista en la idea creadora, tampoco parece ocurrírsele a Heine, para él, genio y lisura externa son esencialmente lo mismo. No hay mucho que añadir a esta opinión, un genio como el que Heine imagina probablemente nunca habría dejado que Kant se pusiera a trabajar en serio. - Que Kant hubiera demostrado que Dios no puede ser demostrado y hubiera expuesto que la razón teórica debe limitarse únicamente al ámbito de la ciencia exacta, que la creencia en Dios

puede concluirse únicamente a partir de la experiencia interior, Heine ve en ello una "farsa". "Tuve que suspender el conocimiento para hacer sitio a la fe", dijo Kant. Y esta fe pura, no judía y no histórica, nacida de experiencias interiores, eso es lo que pretendía Kant. Que Heine no entendiera a Kant, no es ninguna vergüenza, también les ocurrió a hombres más grandes, pero *cómo* lo malinterpretó y *cómo* se atrevió, sin ninguna amplia justificación objetiva, a entregarse preferentemente a las bromas, eso es lo que parece característico. No se puede entrar aquí en más detalles, una vez hecho consciente, uno se encuentra con el "cosmopolitismo filosófico", como lo llamaba Heine, la superficialidad, la lisura técnica y el retrato efectista, como podríamos llamarlo, por todas partes. El mismo espíritu revolotea en "El libro de los cantares", demasiado mimado por nuestras damas de tocador, y en "Romanzero". Un sentimentalismo empapado, emparejado con bromas lascivas, un retrato relacionado únicamente consigo mismo, un eterno esfuerzo por situarse lo más alto posible. Si uno ha captado este espíritu, entonces no se dejará cegar ni siquiera por docenas de poemas formalmente logrados. Las imitaciones de Heine de las canciones de Goethe y del folclore alemán probablemente ya habrían caído en el olvido, si no hubiera insuflado al vacío marco uno de los más grandes artistas, Robert Schumann.

En cuanto al tan popular "Loreley", hay que señalar que es la imitación casi exacta del poema de un conde alemán (Loeben). Cómo Heine imagina la vida y el espíritu alemanes, se ve en su poema "Alemania", quien quiera saber cómo era aún posible entonces que un francés se convirtiera interiormente en alemán, que lea a Chamisso.

*Tú, mi querida patria alemana, has
Me ha dado lo que pedí, e incluso más.*

*No tengo que pedir, no quejarme
Para darte las gracias de corazón piadoso.*

No puedo presentar en detalle todas las transformaciones que sufrió el espíritu de Heine en el procesamiento del pensamiento europeo: pronto se presenta como protestante, luego como ateo, difama de la manera más vil a todos los intelectos que piensan diferente, para, al concluir la filosofía europea, renunciar a ella como ajena a su naturaleza e incomprensible, y volver conscientemente al judaísmo. A pesar de todo el aparente cosmopolitismo, su carácter era más fuerte que toda la influencia, todo el poder de las ideas culturales europeas. En su lecho de muerte, Heine dijo: "No necesito volver al judaísmo, ya que nunca lo he abandonado". Y de los judíos, juzga igual que un rabino: "Moisés tomó a la pobre tribu de pastores y creó de ella un pueblo grande, eterno, sagrado, un pueblo de Dios, que podía servir a todos los demás pueblos de patrón, sí, a toda la humanidad como prototipo: ¡creó a Israel!". Y más adelante: "El hombre creía reconocer al judío, porque uno había visto sus barbas, pero más nunca hizo su aparición, y como en la Edad Media, son en la era moderna también un misterio errante. Puede que se revele el día del que los profetas predican que sólo habrá un pastor y un rebaño y el justo, que esperó pacientemente la salvación de la humanidad, reciba su glorioso reconocimiento."

Son palabras que todo europeo debería tomar nota, especialmente en una época en que la ola judía ha alcanzado una altura sin precedentes y amenaza con inundarlo todo. En ellas vive el espíritu del Talmud y la ley del Testamento, que dice: "Sólo para vuestros padres ha tenido Dios el deseo de amarlos, y después de ellos es su descendencia, a la que ha seleccionado sólo de entre todas las gentes".

Pero no puedo negarme a referirme una vez más a la relación de Heine con Goethe. Es similar en cuanto al cristianismo y a Kant: por un lado, finge estar lleno de gran respeto y ve en él a un gran maestro, pero entre cada elogio lanza los comentarios más superficiales que distorsionan más crudamente la imagen de Goethe.

Cuando Goethe trató fríamente a los románticos y más tarde los rechazó tajantemente, Heine dijo: "Goethe puede actuar con gentileza, pero debe la mayor parte de su renombre a Schlegeln".

"Sólo se oye a Goethe y siempre a Goethe, aunque aparecieran poetas que no le iban a la zaga en energía e imaginación". Aquí suena en prosa lo conocido: "Y si se nombran los mejores nombres, también se nombrarán los míos". Que Heine, que al fin y al cabo se consideraba a sí mismo un verdadero poeta, se comparara con Goethe, en realidad ya demuestra con sorprendente claridad que no tenía ni idea de que la poesía es algo más que versos piadosos.

"Goethe tenía miedo", así continúa, "de cualquier autor independiente y original y ensalzaba y alababa a todas las mentes insignificantes y mezquinas: sí, lo llevó tan lejos que finalmente la carta de perdón de la mediocridad fue digna de ser alabada por Goethe".

Además, acusa a Goethe de indiferentismo religioso, de que no comprendía el entusiasmo filosófico o no quería comprenderlo para no ser arrancado de su "ánimo tranquilo", de que había tenido miedo de decir sus convicciones, de que "sólo se ocupaba de los juguetes artísticos, la anatomía, el estudio de los colores, la botánica y la observación de las nubes en lugar de los más altos intereses de la humanidad". Heine dice además reflexivamente: "El desdén de Goethe por entregarse al entusiasmo es tan repulsivo como infantil". Lee de "Fausto" que Goethe había reconocido la insuficiencia del espíritu al insertar en Fausto la exigencia de "los placeres materiales y la carne"; el diván oeste-este era un arrojarse en brazos de la sensualidad y la fase final del arte poético de Goethe, etc... Así sigue, pero en otros aspectos, con el sombrero devotamente en la mano.

El enemigo más acérrimo de Goethe difícilmente podría haber ideado una imagen más distorsionada, y querer refutar a Heine es superfluo.

Si el gran Balzac había admirado al mismo tiempo a Goethe con reverencia, si Carlyle había recibido a Goethe con amor, si Taine había llamado a Goethe el espíritu más cultivado que jamás había vivido, y un Dostojewski ponía en su boca una oración por Goethe en la que da expresión a su gran admiración, algo parecido no sucedía con Heine y no podía suceder.

Schiller había dicho: "Según mi más íntima convicción, ningún otro poeta se le acerca ni de lejos (a Goethe) en profundidad de sentimientos y en ternura de los mismos, en naturaleza y verdad y simultáneamente en alto servicio al arte... Pero no son los méritos de su espíritu los que me unen a él. Si como ser humano no tuviera para mí el mayor valor de todos aquellos con los que me he relacionado, entonces admiraría su genio sólo en la forma...Tiene una alta verdad y bondad en su naturaleza y la mayor seriedad por lo correcto y lo bueno, por eso los chismosos e hipócritas y sofistas siempre se han sentido mal en su proximidad."

H. Heine pertenece también a este último tipo de personas, que abrieron descuidadamente de par en par las cerraduras de su superficialidad. Es fácil imaginar cómo se sintió Heine cuando visitó a Goethe. A la pregunta de Goethe sobre su actividad, Heine respondió de forma importante que él también estaba escribiendo un "Fausto". La gélida respuesta de Goethe: "¿No tienes nada más que hacer en Weimar?". Heine no habrá superado esto en toda su vida, y ésta, aparte de la incapacidad orgánica, puede haber sido también una de las razones del celo mimador de Goethe. Pero nos llevaría demasiado lejos seguir aquí más de cerca el carácter de Heine.

Sé que me desvíó algo de la línea recta del tema, pero la naturaleza de un sentimiento y de un pensamiento se revela en tales detalles. Si los representantes de todas las naciones de Europa ven en Goethe al más grande poeta y ser humano, dos judíos, y dos de los judíos más inteligentes, lo apuestan todo a la distorsión de esta imagen humana. El uno, Heinrich Heine, se rebaja al reproche de cobardía moral, el otro, Ludwig Börne, dice, cuando Goethe había muerto: "¡Ahora por fin tendremos libertad!". - ¿Se puede realmente lastimar por tales hechos sin palabras, si se supone que el más grande de todos los alemanes es un cobarde y un obstáculo para la verdadera libertad? ¿No deberían estas palabras hacer reflexionar a todos los alemanes? ¿Y debería dar aún más que pensar el hecho de que la ciudad natal de Goethe, Frankfurt am Main, no hace mucho erigiera un monumento a este Ludwig Börne?

No, es el símbolo de una tendencia consciente o instintiva. Pero esta tendencia significa una lucha contra toda "profundidad de sentimientos y ternura de los mismos", como alabó Schiller a Goethe, y cuyas palabras también expresan bellamente la esencia del alma europea. Y quiero

añadir aquí las palabras de advertencia de Goethe para todos aquellos que todavía dan valor a nuestra cultura: "No toleramos a ningún judío entre nosotros, pues ¿cómo habríamos de concederle una participación en la más alta cultura cuyo origen y tradición niega?".

El carácter judío

Energía judía

Es algo desagradable para quien escribe poder hablar sólo después de cosas que, al aparecer juntas, forman una unidad. La dirección y la naturaleza del espíritu corresponden siempre al motivo del personaje, determinado por él. Un personaje no se deja retratar. "En vano", dice Goethe, "nos esforzamos por retratar a un ser humano, pero presentemos sus hechos, y nos enfrentaremos a una imagen del personaje". Todo lo anterior ha retratado tales hechos de la naturaleza judía; las conclusiones han de sacarse aquí y luego ver si lo que se mostraba de la naturaleza de los judíos también ha entrado en la esfera de su autorreconocimiento. Goethe dijo: "La naturaleza judía: la energía, la razón de todo: Goethe, como siempre, da así en el clavo con maravillosa agudeza. La historia del judío, que me he esforzado en dibujar en breves trazos, muestra una tenacidad de carácter como casi nunca habíamos tenido ocasión de observar en un pueblo.

La gente del 20th siglo vive una existencia en la cual los cambios, las invenciones, las noticias etc. apenas inundan adentro tan; el manifoldness y el cambio son los impulsos que determinan nuestra vida pública y también dan la dirección a nuestro pensamiento. Estamos fácilmente incluidos a sonreír, si uno nos habla de algo rígido, inmutable; la vida actual ha traído consigo que el tiempo libre se midiera tan corto, que faltara la oportunidad de ver en lo múltiple la unión, y que la capacidad se hiciera cada vez más pequeña para mirar a través y comprender complejos más grandes de acontecimientos mundanos. El hombre práctico, que sólo conocía el presente y lo evaluaba junto con el pasado y el futuro sólo desde la perspectiva de experiencias personales coincidentes, era el que marcaba la pauta, y nos resulta difícil hacer que una persona así sea consciente de otras perspectivas. Y, sin embargo, debemos decirnos a nosotros mismos que existen poderes que, sin menoscabo de nuestro fugaz presente, alteran ciertamente su apariencia, pero en esencia siguen siendo siempre los mismos. A estos poderes pertenece la voluntad semita-judía.

No podemos explicar el fenómeno de la energía judía, más bien debemos aceptarlo como un hecho históricamente probado. Dispersa por todas las tierras, la voluntad por la vida nacional, excluyendo todo lo demás, siempre ha permanecido igual; hoy los judíos son significativamente más numerosos que en la antigüedad. Lo que Schopenhauer descifró como voluntad ciega e incondicional conforma la naturaleza del judío; en torno a este impulso, orientado unilateralmente en torno a todo lo terrenal, se agrupan todas las capacidades y debilidades. Dotada de una comprensión práctica, esta pulsión fue capaz de forjar todas las herramientas para su dominio. El antiguo mito del oro como símbolo del poder mundial, alcanzó forma en el pueblo de los judíos; su objetivo siempre estuvo dirigido a este oro como medio para servir a la voluntad de poder a satisfacción. Tuvo que renunciar al talento para la imaginación divina así como a la creación del arte más elevado, fue incapaz de captar una idea de dios cósmico (el dios de los judíos es incluso hoy un dios nacional), fue incapaz de acuñar ideas científicas y fue incapaz de amar. "Sólo quien renuncia al amor, alcanza el poder", dice Wagner. Tuvo que renunciar a este amor, ya que buscaba el sometimiento. El fundamento básico [Wesensgrund]: el conductor desenfrenado, el objetivo: la dominación del mundo, los medios: el astuto sentido práctico y la energía.

El judío debe ser interpretado desde estos tres puntos. Sus leyes morales, su falta de escrúpulos, su falta de imaginación, su voracidad, su astucia, su cientificidad técnica [Wissenschaftlichkeit], su trabajo político, etc., todo puede remontarse a ello.

Hemos seguido esto históricamente en Portugal y Francia, pero vimos esta naturaleza del judío aparecer siempre y en todas partes, la observamos en el Talmud, la encontramos comprometida en sus maquinaciones en la Masonería, conspirando en la Internacional con su revolución de asilo lunático y el desencadenamiento de todas las pulsiones. En este momento, el judío se elevó en lo alto, en toda la gente; y esto por necesidad. Ya lo dije antes: el principio libre de la moralidad de las personas pone un obstáculo en el camino en todas las personas a la pulsión incondicional, pero el judío obtiene a través de su doctrina moral, que sanciona esta pulsión hacia todos los no judíos, un impulso de energía sin igual. En tiempos carentes de inhibiciones, el hombre más inescrupuloso debe empujar hacia la cima, especialmente si todas las demás habilidades están hechas a su medida. De ahí que el judío sea siempre y en todas partes el portador de la idea de destrucción.

La energía de los judíos es entonces un rasgo de carácter específicamente semita. Los semitas han conseguido imponer a los pueblos sometidos o atrapados, con fuego y espada, con palabras y textos, el fanatismo que se deriva de este rasgo. Bajo el poder de su estéril pero tremenda voluntad, el proceso de carácter [Charaktergang] de los pueblos ha sido alterado.

Este continente de sangre semita ya ha barrido repetidamente las tierras como un torbellino. Convocada a la acción en Arabia por Mahoma, la voluntad sometió a Persia y la forzó bajo su dominio con brutal violencia; derribando todo lo que se le ponía por delante, pasó marchando por el norte de África, cruzó las columnas de Hércules, corrió por España y finalmente encontró en el sur de Francia una contraacción unida. El día en que Karl, Martell obtuvo la victoria en el sur de Francia, sin embargo se ganó la primera batalla contra el fanatismo religioso, la intolerancia religiosa, de hecho sólo en la esfera política. Obligado a huir, el Islam se volvió hacia el sur. A lo largo del Sáhara, sometió gradualmente a una tribu popular tras otra, encontrando una resistencia cada vez más férrea. Y si uno se pregunta cómo se puso en marcha esta voluntad semítica, entonces escuchamos al jefe de la expedición alemana de investigación del África interior, Leo Frobenius. Después de haber sido duramente golpeado militarmente, el Islam ya no podía cargar violentamente, "más bien se coló en las trastiendas de los palacios sudaneses calzando las zapatillas de la cómoda vida mercantil". Durante mucho tiempo se ha creído que los autores árabes veían la historia de Sudán "a través de las gafas grises del Islam" y la consideraban portadora de cultura. Pero no es así. "El Islam en Sudán está por todas partes injertado en culturas más antiguas", dice el investigador nombrado.

Los representantes del Islam conquistaron por asalto tierras con escaso poder político, aquellas con una fuerte voluntad vital, por otra parte, según la receta probada por el tiempo "por la vía pacífica", esto significa que inyectaron conflicto y discordia entre las dinastías. Pronto apoyaron a uno, pronto al otro gobernante, para finalmente plantar su estandarte en el muro tambaleante. Y de cualquier manera: ella misma improductiva, después de que el Islam hubiera ahorcado a todos los "cabecillas", atrajo por la fuerza a todas las fuerzas a su servicio, a la más amarga esclavitud. Frobenius dice de esto: "Los romanos alcanzaron su cenit en el trabajo colonial en la medida en que daban a los pueblos subyugados trabajo obligatorio en el sentido de promoción del trabajo. El romano sólo pagaba los intereses, pero el árabe robaba el capital, todo el "yo mismo"".

El primero fue el resultado (a mediados del siglo XIX) del fanatismo; el segundo se produjo a finales del siglo XIX, cuando una oleada árabe, esta vez procedente del este, inundó todo Sudán, sometió a todas las personas dedicadas al cultivo que vivían allí, devastó literalmente la tierra y, viviendo ellos mismos en tiendas de seda, pronto los transformó en horribles caníbales.

Este poder de la energía semítica y del fanatismo semítico, pasado por alto en todo su alcance, también se encuentra en la idea judía, la idea de la sagrada raza judía, comparada con la cual todas las demás son impuras, y de la religión judía, comparada con la cual todas las demás son paganas.

Esta pequeña excursión debería sacudir la conciencia ingenua como si la idea judía fuera un asunto insignificante, sí, como si no existiera en absoluto. La conquista es "pacífica", esto significa que las rencillas existentes deben ampliarse, la reconciliación frustrarse, para establecer finalmente sobre los muros que se derrumban la "esperanza histórica": la dominación mundial del reino de los judíos, el reino del Mesías.

Dominación judía del mundo

Muchos pueblos han aparecido conquistadores, muchas personalidades han ascendido a gobernantes. Esta lucha por el poder no debe condenarse incondicionalmente, a menudo es incluso una necesidad moral; la antigua Roma, por ejemplo, se vio inmersa en una mezcla de pueblos; para proteger a su familia, a su Estado, el romano tuvo que rodearse de un sólido baluarte. Llevó la ley, el orden y la moral a las regiones conquistadas, y sólo cuando siempre nuevas tribus populares inundaron Roma, cuando sirios, africanos, depravados soldados-emperadores tomaron el control de las cosas, entonces la justificada voluntad de poder se convirtió en desenfadada codicia de poder, Roma se marchitó. Una tremenda voluntad de poder vivía en Bismarck, Napoleón también, pero mientras que, en el primero, esto fue domado y ennoblecido por una idea elevada, en el segundo, la voluntad de poder corrió por toda Europa sin límites. A diferencia de todos los pacifistas, no veo ningún delito en la voluntad de poder como tal, decisivamente es sólo el carácter del pueblo o de la personalidad que está detrás de ella. Una vez, una idea social, civilizadora, cultural puede realizarse a través de ella, otra vez, tierras y pueblos saqueados son el resultado del efecto del poder. En todas partes donde ha actuado el carácter judío, lo vemos también en su máximo desarrollo de poder de una infertilidad total. Nunca un pueblo ha mostrado tanta codicia por el poder como el judío, no venciendo por cualquier logro, sino simplemente porque se veía a sí mismo como el "elegido"; nunca un pueblo, sin embargo, ha logrado hacer tan poco con el poder obtenido como, de nuevo, el judío. El sentimiento del esclavo, que, después de todo, es el evangelio judío real hacia dios (no el sentimiento del niño como con el hombre indo-germánico), miente profundamente en la sangre del judío, de modo que, sin embargo, el esclavo convertido caballero monta su caballo a la muerte, sea ambos fáciles entender.

El afán de poder del judío también está formado, en consecuencia, de forma diferente al de los antiguos romanos, Alejandro, Bismarck o Napoleón. No exige respeto y obediencia como amo como algo evidente, el judío no se erige abiertamente como personalidad al frente de su obra, sino que recorre su camino a través de enemistades, mentiras, engaños y asesinatos, se erige como camarada secreto de sentimiento comunista entre bastidores del trabajo destructivo. Toda la historia judía es una prueba de ello.

Así habríamos reescrito totalmente la naturaleza del carácter judío. Ahora bien, después de todo, es evidente que este carácter se expresa no sólo instintivamente, sino que también encuentra su resultado intencional en la escritura. Ya se ha dicho bastante sobre la literatura de la edad antigua, sólo quiero referirme brevemente a la promesa de poder devorar a toda la gente, que dios pondría en manos de los judíos, que las princesas serían sus nodrizas, que toda la plata y el oro les pertenecerían un día, que todos caerían a sus pies para lamer el polvo y que los judíos chuparían la leche de los paganos y los pechos de los reyes los amamantarían. No quiero entrar en mayores detalles sobre todo eso. Pero estas viejas ideas nunca se olvidaron. Una y otra vez, la codicia desinhibida por gobernar en este mundo aparece como principio, demanda "legítima". El Santo se dirigió a los israelitas: "Vosotros me habéis convertido en el único gobernante del mundo, por lo tanto yo os convertiré en el único gobernante de este mundo". Si los judíos ganaban puestos influyentes en cualquier tierra, la situación de la comunidad judía era siempre espléndida como resultado, entonces este poder era visto a menudo como la primera señal de la dominación

mundial que se avecinaba. Así, por ejemplo, los judíos vivieron bajo León X. en tal embriaguez que preguntaron en Jerusalén si no se había hecho notar un signo de la inminente redención. De ahí que diversos "Mesías", que aparecieron no pocas veces, tuvieran gran éxito. Así apareció en Roma un tal David Reubeni con la noticia excitante para todos de que un gran ejército estaba reunido bajo el mando de su hermano, que sólo necesitaba armamento para conquistar la tierra santa. Estafó con sus discursos no sólo a los judíos, sino también al Papa, que le proporcionó recomendaciones. David marchó por Italia celebrado como un rey. Luego viajó a Alemania, donde fue encarcelado y más tarde encontró un final infausto. Un tipo similar fue Sabbatai Zebi, que prometió al mundo deponer al sultán y luego liberar Palestina del dominio turco. Viajó a Constantinopla, fue encarcelado y se convirtió en musulmán. La judería ha producido tales aventureros totalmente patológicos en gran número.

En el Sohar, la infame obra principal de la cábala judía, la esperanza judía encuentra la siguiente expresión: "Si el 60th y 66th año cruzará el umbral del primer milenio del mundo (65,060/66, esto significa 1300/1306), el mesías se mostrará", pero todavía pasará algún tiempo hasta que todos los folks sean derrotados e Israel será recogido. Cuando un cierto Mardechai ascendió a los más altos honores del estado en Persia, el pueblo acuñó el siguiente verso:

*Un espléndido gobernante es Mardechai
Poderoso en el gobierno, popular entre el rey y los grandes hombres,
Su nombre está en boca de grandes y pequeños,
Dios concedió el gobierno a la gente sagrada en sus días.*

Estas líneas de pensamiento vuelven una y otra vez. Ya en el siglo XIX oímos hablar a algunos masones judíos, también al poeta "alemán" Heinrich Heine. Estaba totalmente claro para él cuando escribió las palabras de un pastor y un rebaño. Y una confesión distintiva se encuentra en su patrimonio, que cada alemán debería escribir detrás de sus orejas: "¿Ha terminado la misión de los judíos? Yo creo: cuando venga el salvador mundano: industria, trabajo, tú. El salvador mundano viene en tren. Michel le prepara el camino". (Desde 1933, Michel ha despertado por fin).

No quiero despedirme de las manifestaciones del pasado judío sin mencionar para concluir a una personalidad que me parece en todos los aspectos la encarnación de todo lo que se deja designar como judaísmo: Isaak Orobio de Castro (1616-1687); sin duda uno de los judíos más significativos de su tiempo. Destacó primero como profesor de filosofía en Salamanca, luego fue entregado al tribunal de la inquisición, tras su liberación viajó a Francia, donde llegó a ser profesor de medicina. Más tarde viajó a Amsterdam, donde terminó sus días. La limitación única del carácter judío y la voluntad despiadada del judío trabajando juntos para producir una unión característica se nos muestran en la visión de la vida de este hombre. Esta visión de la vida descansa sobre dos pilares típicamente judíos: de un dogma inalterable (aquí la ley del Sinaí), el odio contra los cristianos, la dominación judía del mundo.

Con instinto seguro; descarta el absolutismo de los profetas (que, después, intentaron en vano reformar a la judería obstinada). "El reconocimiento del verdadero dios no depende en absoluto de las revelaciones proféticas. Got ha ordenado a su pueblo el culto con el que debe servirle, y este culto es independiente de lo que los profetas quieran aún proclamarle." "Los profetas que son los oráculos del cristianismo y sin los cuales los cristianos no habrían podido tener un Mesías han seguido concienzudamente la ley sagrada, sus profecías se han cumplido sólo con las amonestaciones hacia los hijos de Israel para hacerles mantener la ley dada por Moisés. ¿Cuáles se ven contra los que la descuidan? Si es dios, quien e hizo la ley, de que ha sido escrita por su mano, si es proclamada por su boca, que es inviolable y no puede cambiar nada de ella, simplemente no debe existir". "No se puede creer que dios haya urgido durante tanto tiempo el cumplimiento de su ley, que había dado en el Sinaí y luego repetido palabra por palabra en el monte Horeb, si ha estado incompleta". Esta línea de pensamiento vuelve de nuevo con la mayor

tenacidad en varios lugares. Una estrechez intelectual semejante ha desembocado en el principio romano, donde la voluntad veterotestamentaria ha obtenido la victoria sobre el libre pensamiento. Para am Orígenes todavía podía escribir, después de todo: "Si nos atenemos a la letra y lo que está escrito en la ley a la manera de la gente común, entonces tendría que sonrojarme al afirmar que es Dios quien ha dado estas leyes; entonces las leyes de los hombres, por ejemplo, los romanos, persas, atenienses, espartanos serían más excelentes y más razonables". Orígenes era simplemente un hombre libre, pero el punto de vista del "pueblo llano" triunfó hasta hoy, cuando una segunda reforma se presenta ante la puerta para desprenderse totalmente del espíritu judío y liberar por fin al Nuevo Testamento de las garras del Antiguo.

De Castro no se cansa, y con razón, de aportar pruebas de que Jesús nunca pudo ser el Mesías prometido a los judíos. "¿Qué ha cumplido de las profecías? ¿Ha tenido alguna vez poder sobre los israelitas? No se ha sentado en el trono de David, no ha mantenido a su pueblo en la verdad, su familia era una de las más comunes y sus hechos demuestran que no ha sido el Mesías correcto." Si está escrito que, en el tiempo del Mesías, toda la gente justa de su folklore, todos los refugiados de Israel serán reunidos de las cuatro regiones del mundo, entonces el espíritu tan adoptado por la religión cristiana debe, después de todo, admitir que Cristo no ha hecho eso. "¿Quiénes son los pobres del mundo, que él ha establecido con justicia? ¿Ha poseído alguna vez un Sanedrín honorable, al que sólo Dios ha dado el derecho de juzgar?"

Cristo se equivocó y, por la falta de respeto que mostró hacia la ley de los padres, obligó al sagrado Sanedrín a condenarle a muerte. Si el veredicto no hubiera sido justo, entonces habría habido alguien que lo defendiera, pero a pesar de que se le pidió que lo hiciera, nadie se ofreció.

Probablemente hay que conceder a los judíos, después de todo, la capacidad de conocer su ley, pues ellos mismos la han acuñado a partir de su espíritu, y también hay que concederles el derecho a oponerse a nuevas interpretaciones, pues siempre fueron populares. Ellos tienen, sobre la base de su ley, por lo tanto, su sentimiento y pensamiento, designado, a través de pronto dos milenios, el espíritu Cristo como ajeno y hostil con claridad inequívoca; esto decide, independientemente de lo que queremos secreto en el Pentateuco y en los profetas. Dos almas se enfrentan aquí como el fuego y el agua. De ahí que De Castro, de acuerdo con toda la judería, vea en Cristo a un "engañador"..., "que tiene la fatal semejanza con la serpiente seductora de Eva de haber infligido la misma desgracia en el mundo". Cristo había arrancado cañas en sábado, había comido carne prohibida; "es imposible perdonar nada de lo que ha dicho, porque dios, viendo de antemano que un día se levantaría un hombre para seducir a los suyos, había ordenado a través de sus sagradas escrituras ser un guardián, y había prohibido todo lo que Jesucristo quería introducir". "Apenas se había dado a conocer Cristo, había aportado pruebas fehacientes de su falta de respeto a la ley divina; y sólo después de una investigación absolutamente exacta e imparcial, que demostró que su doctrina y su moral contradecían la voluntad de Dios, fue condenado a muerte".

Oímos esta afirmación de boca de todos los judíos, pero siempre domina la consigna de un posible acercamiento. Y de Castro exclama desde lo más íntimo de su corazón: "La dependencia en que vivían los judíos cuando se empezó a introducir el cristianismo les impidió destruirlo de raíz". "Si los judíos no hubieran estado bajo el yugo de los romanos, si hubieran tenido el poder como en tiempos de David y Salomón, este culto a los ídolos habría terminado inmediatamente después de su comienzo". Esto es bastante contundente, y la misma línea de pensamiento proviene del ya nombrado Dr. Lippe, sí, con motivo de la historia de Abel y Caín, dice: "La variedad de la expresión de la conciencia religiosa se extendió hasta el fratricidio. Qué profunda verdad!"

Aparte del espíritu rígido y la hostilidad hacia Cristo (que, naturalmente, es superada con creces por la hostilidad hacia la sangre germánica), va la exigencia evidente del dominio sobre los demás. Viene una y otra vez: no se basa en la capacidad, en el logro, sino únicamente en la promesa de Moisés y los profetas. "Dios ha prometido a su pueblo la felicidad en esta vida y toda la dicha en la otra. Le ha dicho que todas sus persecuciones por parte de las naciones terminarán

para siempre, que gobernará sobre ellas, que poseerá abundante plata y oro en lugar de plomo y hierro..."

Debo satisfacerme con estas referencias, pero ya muestran con claridad inequívoca una estructura autocontenida e inmóvil del ser [Wesengefüge]. "Cabezas duras" tienen los judíos, según Hesekiel, en efecto; ante la lectura de textos judíos, uno puede ser llevado a la desesperación por la dureza de cabeza y, con mayor erudición, por la terquedad. Pero si esta influencia pasa realmente a las masas, entonces la desesperación es real y general. Un ejemplo dicho: el presente.

También ella, con su dominio incondicional de la naturaleza judía, como se ha mostrado, ha sido lentamente predeterminada, fruto de fuerzas ya activas en el pasado. Ya me había referido al funcionamiento de la máquina, que preparó el terreno para las fuerzas judías del materialismo. A través de su creciente ampliación, a través de la especialización cada vez más importante, el obrero fue condenado a una actividad cada vez más sin objeto; sin objeto para él, porque veía salir de la fábrica un producto cuya construcción, cuyo funcionamiento le resultaba incomprendible. Si el campesino se había visto obligado por su trabajo a planificar el futuro, a pensar en los medios para su seguridad, el obrero de la fábrica perdía esto, se dedicaba a un trabajo puramente mecánico. Había quebrado, como diría Goethe, por la "actividad incondicional". La semilla envenenada de la doctrina marxista cayó en masas tan inclinadas".

El socialismo, tal como Marx lo creó como sistema, no es naturalmente sólo una lucha por cuestiones económicas, sino una visión del mundo sobre todo. Dos impulsos se han convertido en hitos de su doctrina: la brutal lucha de clases y el internacionalismo.

Sin entrar en la ciencia "burguesa" de la etnología, todos los pueblos fueron declarados iguales con la plenitud de poder de un fanático; lo que los hacía aparentemente desiguales eran sólo injusticias sociales, y las luchas religiosas y políticas se revelaron como las luchas de clases de los grupos sociales. Puede ser muy interesante iluminar la historia por una vez desde esta perspectiva, y naturalmente nadie debería subestimar el funcionamiento de la estructura social, pero es característico que esta semilla de pensamiento pueda convertirse en el dogma fundamental de toda una vida. Remontarlo todo a un principio abstracto y llevarlo a cabo con fanatismo, ese es de nuevo el mismo espíritu y carácter que sólo tiene el "Dios es Dios y nosotros somos su pueblo" para enfrentarse a todo el pensamiento de la India y de Europa.

Debemos ver en este dogma un peligro para toda nuestra cultura, una antorcha lanzada a cada comunidad nacional: no hay que intentar trabajar unos con otros, sino unos contra otros. Que el conflicto de intereses sea un hecho existente, sigue marcando una enorme diferencia, ya se invoque en todas partes el principio de la brutalidad o el de la cooperación recíproca. La dirección del pensamiento es decisiva, no los acontecimientos ocasionales; y la dirección del pensamiento llevada a las masas obreras era la de la tendencia que subvertía a la alemana compartida. Si un Thomas Moore quiso excluir de su "Utopía" a las personas no religiosas, si incluso los revolucionarios franceses tuvieron el deseo de acercarse a un símbolo, si un Karl Ernst v. Baer incluso no quiso saber nada de una ciencia que podía matar el sentimiento religioso, entonces el espíritu de Marx se situó en un punto de vista antirreligioso, total y puramente materialista. Toda historia y ciencia es materialismo, toda religión es regla de sacerdote, todo trabajo es cantidad. Toda comprensión carece de calidad y personalidad como fundamento de la misma en el conjunto del sentir, pensar y actuar, es la ya nombrada visión técnica. La visión marxista del mundo simplemente barre con una escoba rígida que todo lo iguala sobre las masas. Si los obreros siguen uniéndose, si siguen representando enérgicamente sus intereses, si los alemanes forman grupos de lucha entre ellos, el carácter popular unificador acabará produciendo algo beneficioso, por el contrario, cuando un espíritu extranjero quiere imponerse en la concepción del mundo o en el terreno social, y lo hace con una intolerancia que rechaza fanáticamente todo lo demás, entonces toda persona que piense seriamente debe plantearse la pregunta de si eso no significa un gran peligro. Además, el internacionalismo predicado es antinacional, y esto significa en principio la guerra civil en todos los pueblos y la caída de todos los cultoretas de Europa. Werner Sombart,

por ejemplo, dice expresamente que las asociaciones internacionales burguesas pisan terreno nacional, el internacionalismo proletario sería y debe ser pronunciadamente antinacional. El conflicto de intereses había tomado en los últimos años, gracias a la prudente dirección de algunos socialistas alemanes, una forma que renunciaba a la dictadura del proletariado y esperaba el gobierno del socialismo del cambio en la forma de pensar. Pero en la época actual, donde la disciplina y la resistencia moral aflojan, son en todas partes los judíos quienes la predicán en su forma más brutal.

Y esta rigidez del dogma, que no se dejaba desviar por nada, enseñada por una energía milenaria de un estrato de la población que vivía en circunstancias difíciles, una masa que no sabía nada de historia, que poco conocía el valor y la impronta de su propia alma popular, tenía que arraigar. La doctrina que situaba la insatisfacción con el empresario en una visión que debía basarse en la historia, que presentaba la lucha de clases como único factor de la historia del mundo, tenía que encontrar adeptos. El hacer que era incapaz de visualizar la meta siguiente, se fijó inmediatamente, como un niño que no sabe de nada, una meta totalmente imposible, toda la humanidad.

Muchos hombres honrados se han decidido por el socialismo, pero la mayoría de los europeos se han opuesto enérgicamente al internacionalismo en el sentido de antinacionalismo y a la revolución. Incluso un August Bebel dijo en su vejez que todavía no estaba nada seguro de a quién pertenece la patria, si a los ricos o a los pobres, y quien pronunció esas palabras fue quien, después de todo, había protestado contra la anexión de Alsacia-Lorena, quería coger él mismo el fusil para defender la patria, si fuera necesario. Después de todo, él y otros hombres habían reconocido el valor indispensable de la nación, habían reconocido también la catástrofe que conjuraba la revolución y no querían participar en ella.

Pero cada uno debe preguntarse primero: ¿cómo es posible que la llamada al internacionalismo, más precisamente, al caos de los pueblos, se grite cada vez con mayor energía desde el centro de un pueblo que durante miles de milenios, en la más rígida solidaridad nacional, ha preservado su carácter y mantenido en alto su legado? La respuesta es la siguiente: *El llamamiento al internacionalismo en el sentido del antinacionalismo es el llamamiento de la judería nacional, el llamamiento a la lucha de clases en el sentido de la guerra civil es el llamamiento del explotador que no conoce clases.*

El significado de toda democracia entendida por los judíos, de todo socialismo entendido por los judíos, de toda libertad entendida por los judíos, significa la subyugación de todas las demás naciones, de todos los demás derechos, como la ley judía exigía hace dos mil años, debe exigir hoy y en el futuro. Si pudiéramos constatar en la observación de la historia judía la unicidad del judío, si tuviéramos que recurrir a *nuestro* legado espiritual como contrapeso contra la influencia del espíritu judío, entonces, en verdad, no la tolerancia humana, sino probablemente la estatal, debe cesar, en vista de la terrible necesidad con que el carácter judío, secretamente o habiendo ganado poder, se confirma. Todo europeo debe ser consciente de que está en juego todo lo que nuestro espíritu, nuestro carácter ha transmitido como legado heredado para su cuidado y administración, y que la tolerancia humanitarista hacia los agresivamente hostiles significa simplemente el suicidio. Convendría tomar nota de las concisas palabras de J. H. Voh: "Uno exige con suficiente audacia que la tolerancia genuina sea tolerante también con la intolerancia. De ninguna manera. La intolerancia siempre está actuando y trabajando, también puede ser dirigida sólo a través de la actuación y el trabajo intolerante."

Consecuencias

Llego al final. Para evaluar el peligro judío, tuvimos que seguir las huellas del judío, tuvimos que observar la naturaleza de su sentir, pensar, actuar e iluminar lo necesario, siempre recurrente.

Sólo a partir de esta toma de conciencia y del cuidado intencionado de nuestra naturaleza es posible afrontar el peligro de la judeización [Verjudung]. Antes, al revocar los derechos civiles del judío, se le quitaban también los derechos humanos. En adelante, ambos conceptos deben permanecer separados. Fichte dice: "Deben tener derechos humanos, aunque no nos concedan los mismos a nosotros... pero darles derechos civiles, para eso al menos no veo otro medio que cortarles la cabeza una noche y pegarles otras en las que tampoco haya una sola idea judía. Para protegernos contra ellos, no veo otro medio que conquistar para ellos su tierra prometida y enviarlos a todos allí."

Lo que Fichte entendía por derechos humanos se desprende de las siguientes palabras: "Sólo tienes pan para hoy, dáselo al judío que pasa hambre a tu lado". Lo mismo debemos pensar nosotros. Debemos conceder al judío como ser humano la protección de la vida como a cualquier otro ser humano, pero debemos proteger legalmente nuestra etnia, debemos ser capaces de nutrir y purificar su singularidad sin que el espíritu ajeno, judío, necesariamente hostil, gane influencia. Los objetivos están claros, ahora en breve los medios. Económicamente, el judío ha ganado poder a través del interés, la usura, el dinero. Antes directamente, hoy a través de bancos y negocios bursátiles. La ruptura de la regla del dinero, un medio durante tanto tiempo infructuoso, ha resonado hoy de nuevo como grito de guerra. Si logra cumplirlo aunque sólo sea parcialmente, el hacha será puesta en el árbol de Judá.

Nacional-políticamente no se puede decretar:

En primer lugar, se reconoce a los judíos como una nación que vive dentro de Alemania. La denominación o la falta de denominación no desempeñan ningún papel.

En segundo lugar, judío es aquel cuyos padres, cuyo padre o madre, son judíos por nación, judío es en adelante quien tiene un cónyuge judío.

En tercer lugar, los judíos no tienen derecho a ocuparse de la política alemana de palabra, texto y obra.

En cuarto lugar, los judíos no tienen derecho a ocupar cargos estatales ni a servir en el ejército como soldados ni como oficiales. En su lugar, entra en cuestión un servicio de mano de obra.

En quinto lugar, los judíos no tienen derecho a dirigir instituciones culturales estatales o comunales (teatros, galerías, etc.) ni a ocupar puestos de catedrático o profesor en escuelas y universidades alemanas.

En sexto lugar, los judíos no tienen derecho a participar en comisiones estatales o comunales de examen, control, censura, etc.

Los judíos no tienen derecho a representar al Reich alemán en los tratados económicos; tampoco tienen derecho a estar representados en la dirección de los bancos estatales y las instituciones de crédito comunales.

En séptimo lugar, los judíos extranjeros no tienen derecho a establecerse permanentemente en Alemania. Se les niega la aceptación en la federación estatal alemana en cualquier circunstancia.

En octavo lugar, el sionismo debe ser apoyado enérgicamente para transportar un número determinado anualmente de judíos alemanes a Palestina o al menos a través de la frontera.

Desde el punto de vista político-cultural, sólo entonces las administraciones realmente alemanas deben ocuparse, mediante la convocatoria de los artistas alemanes más significativos, de que ya no sea posible inyectar veneno en el folklore como ocurre hoy a través de editores, directores de teatro, propietarios de salas de cine, de que se traiga especialmente a maestros alemanes. Pero lo más importante no puede conseguirse por decreto: una cultura alemana. La ley sólo puede eliminar todas las inhibiciones, entonces el propio folk debe hablar. Y quien tenga oídos para oír, mientras escuche el anhelo de ello entre miles. Muchos de los mejores ya no están en contacto con ninguna iglesia, se han alejado del dogma, pero aún no han encontrado un fait; otros construyen su mundo en soledad. Pero la religión, si quiere ser fuente de cultura para todo un pueblo, debe ser común. El individuo necesita la fuerza de un todo, no son muchos los que pueden conseguirlo sin que salga ileso. Ya es hora de que las historias de Abraham y Jakob, de Labán, José, Judá y otros archienemigos dejen de una vez de hacer sus maquinaciones en iglesias

y escuelas. Es una desgracia y una vergüenza que estas encarnaciones de un espíritu totalmente engañoso y deshonesto se presenten como modelos religiosos, sí, como los padres espirituales de Jesús. El espíritu cristiano y el espíritu "sucio judío" deben ser separados; la Biblia debe ser diseccionada con un corte afilado como Cristo y Anticristo. Debe salir a la luz la verdad de que hombres individuales del pasado israelí lucharon en vano contra el espíritu judío cada vez más fuerte (Amós, Oseas), que este espíritu siempre presente, sin embargo, triunfó, que ve al [espíritu] cristiano como su enemigo mortal y es sentido igualmente por él como adversario.

En lugar de las viejas historias judías, deberían elevarse por fin los tesoros del pensamiento indogermánico, los modelos que fueron distorsionados en el espejo judío. Habría que despertar los mitos indios de la creación, el canto de unión de los Dhigatamas, las maravillosas historias de los Uzanishads, los dichos de épocas posteriores. El hombre debería relatar el drama mundial de los persas, la lucha de la luz con las tinieblas y de la victoria del salvador del mundo. El hombre debe relatar también la sabiduría griega y germánica, la creencia en la inmortalidad y el simbolismo de la naturaleza. Entonces llegará el momento de un gran renacimiento; tal vez esté más cerca de lo que creemos.

*"El zumbido se convierte para los oídos del espíritu,
ya ha nacido el nuevo día",
el día de la idea germánica.*



**Hundreds of books
Translated from the
Third Reich originals!**

**RJG Enterprises Inc.
PO Box 6424
Lincoln NE 68506 USA
www.third-reich-books.com**

